

Casa de los espejos

POESÍA - MINIFICCIÓN - CUENTO

Compiladores:

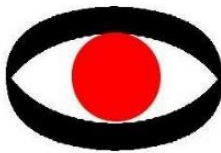
Melisa Cosili3n Cano, Juan Carlos Gallegos, Chepy Salinas Dom3nguez
E. Adair Z. V.

Antolog3a



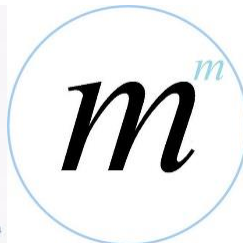
Casa de los espejos

ANTOLOGÍA



CLETA UNAM

Centro Libre de Experimentación Teatral y Artística



ePub v 1.0

julio 2020

Antología – Casa de los espejos

Casa de los espejos

Cleta-UNAM, Ediciones Ave Azul, Maya Cartonera, Minimanía ® 2020

Compiladores: Melisa Cosilión Cano, Juan Carlos Gallegos, Josefa Salinas Domínguez, E Adair Z V.

Portada: Jimena Sofía Sosa Salazar, *La leyenda del hilo rojo*.

Ilustraciones interiores: Donaji Ulloa, Sergio Sánchez Santamaría, Guillermo Jiménez González, Josefa Salinas Domínguez

ISBN digital: En trámite.

CLETA-UNAM - Ediciones Ave Azul - Maya Cartonera - Minimanía

Fb: Ediciones Ave Azul

aveazul.com.mx

Tw: @aveazulmx

edicionesaveazul@gmail.com

Versión 1.0

Si te gusta lo que hacemos y quieres apoyarnos:

[paypal.me/EAdairZV](https://www.paypal.me/EAdairZV)

Las obras contenidas en este libro son propiedad exclusiva de sus autores. Queda prohibida la reproducción total o parcial con fines comerciales, salvo permiso escrito del autor y con su reconocimiento (CC by-nc-sa). La difusión es de carácter cultural, se permite y se agradece siempre y cuando se respete la autoría y obra de los autores.

Si deseas apoyar a nuestro proyecto, comunícate con nosotros.



Queda prohibida la reproducción total o parcial con fines comerciales, salvo permiso escrito del autor. // *Reproduction in whole or in part by any means without written permission of the author is prohibited.*

ÍNDICE

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR HUERTA.....	25
¿Soñarán los insectos con dioses?.....	25
CARLOS MARIO ARGÜELLO	30
La mejor noche de navidad.....	30
SERGIO ALARCÓN BELTRÁN	32
Posmodernidad rupestre.....	32
DAVID BARAJAS PINEDA.....	35
Bañarnos con flores	35
Día en calcetas	35
KARLA BARAJAS	37
Atención flotante.....	37
Sobrepotección	37
Terminamos	37
ATZ BRAVO	39
Marina.....	39
MARCELO BARBOSA.....	42
Despedida	42
Sonríe en los ojos.....	42
Ha fallado.....	42
RICARDO BUGARÍN.....	44
Hombres en problema.....	44
CLAUDIA CASTAÑUELA	47
Y aún me quedan uñas	47
ADRIANA CISNEROS GARZA.....	50
ISMAEL COLMENARES MÁUREGUI.....	53
A 70 noches, 70 años, 70 minutos	53
Natalia y Mariana.....	53
MELISA COSILIÓN	56
Hacer el amor en tiempos de guerra.....	56
Me permito dudar de mí.....	56
Hermanas de agua.....	57
NOHEMÍ DAMIÁN DE PAZ.....	61

Puerto Anapra	61
¡Salud!.....	61
SARA C DE LUCIO SÁNCHEZ	63
Demonios.....	63
EDUARDO EMBRY CASTRO	66
JOVANY ESCAREÑO DÁVALOS	68
El otro	68
ÁNGEL ALEXIS ESCOBAR FLORES	71
Episodio I - Rompimiento.....	71
Episodio II - Revelación	71
SANDRA GALINA FABELA POBLANO	73
El vuelo del aire	73
Ausencia inanimada.....	73
Poemínimos	74
OME GALINDO	76
Conciliación.....	76
Cinderella.....	76
Segundo cajón a la derecha.....	76
JUAN CARLOS GALLEGOS	79
Desde entonces*	79
El monstruo más horrible de todos**	80
Una de tres	80
MADAME FETISH	82
Una mañana desperté.....	82
MARIO FICACHI	84
La conferencia de las siete	84
PATRICIA FONSECA	87
Hilarando	87
AURORA FUENTES RODRÍGUEZ	89
A Lalo, Inés, Sindi y Susi	89
Recelo y llaneza.....	89
Contingencia.....	90
NELLY GALLARDO BORGES	93

La última hora.....	93
EDGAR DARINEL GARCÍA	94
La'babel	94
Contemplación.....	94
Jkot ts'i'	94
Un perro.....	94
Indicios	95
JORGE LUIS GONZÁLEZ	97
Poema	97
Yo, Isabel.....	97
DESDE MI ventana... ..	98
DANIEL GUZTER	99
Premura del tiempo.....	99
EDUARDO H. GONZÁLEZ	101
Manto de hojas y agua	101
ERICK ALAN HERNÁNDEZ ORTEGA	104
Soledades	104
MARICELA HERNÁNDEZ	105
¿Para qué?.....	105
LUZ IN TENEBRIS	108
Opresión.....	108
ENRIQUE A. LLAMAS RAMÍREZ	110
Mar.....	110
Somos	110
Estados.....	111
PEDRO LÓPEZ FERNÁNDEZ	113
Cuarentena	113
ROMÁN LÓGLEY	115
Luna pandémica.....	115
Abril 7/2020.....	116
Bajo la lluvia de mayo	117
ARACELI MANCILLAS ZAYAS	119
Naturaleza sin encierro*	119

LUIS EDGAR MANRÍQUEZ CHAVARRÍA.....	122
¿Pueden los temerosos, hablarnos de la esperanza?.....	122
MADÉLINE MARTÍNEZ.....	128
Virus	128
LUZ MÁRQUEZ	131
La libertad del canario	131
ALIXIA MEXA	133
En mi claustro	133
Soñé	133
JOSÉ CARLOS MONROY RODRÍGUEZ	135
Aplausos	135
Los platos rotos.....	135
Par mínimo.....	135
ISRAEL MONTALVO	138
Herbert Wells.....	138
J. L. MUCIÑO.....	140
Don De*.....	140
BEATRIZ MUÑOZ MORALES	142
Prisión	142
RUSVELT JULIÁN NIVIA CASTELLANOS	143
Los caídos	143
Grávida modernidad	143
En la pesadilla	144
MAURICIO OCAMPO C	145
Seguridad en tiempos de pandemia*.....	145
ERNESTO ISSAC OSORIO HERNÁNDEZ.....	146
Testamento, diario	146
JOSEFINA PATANÉ.....	149
Otra vida	149
Cada engranaje.....	149
Mi tiempo.....	150
ALEJANDRA PÉREZ CRUZ.....	152
Encerrado	152

Tártaro.....	152
NORMA PÉREZ JIMÉNEZ	154
Confinamiento	154
CARLOS R. KOBRA & HAYDEE R. CADENA	156
Esos tiempos	156
NORTON ROBLEDO	159
Encerrado en el laberinto de los días	159
La poesía un grito rompiendo el silencio	159
El universo lo sabe y guarda silencio.....	160
Te seguiré esperando toda una muerte.....	161
MARÍA DEL ROSARIO RAMÍREZ MARTÍNEZ	163
Los secretos de la espera.....	163
ALEJANDRO REYES JUÁREZ	167
Aletear de cactus.....	167
JONATHAN RINCÓN PRIETO	170
Temps Era Temps	170
IRMA RODRÍGUEZ	176
Ojalá que no sea tarde.....	176
RAMIRO RODRÍGUEZ	179
De reversa	179
Acto de contrición.....	179
Metáforas	180
CHEPY SALINAS DOMÍNGUEZ	182
Saludo de hoy	182
Pandemia 20.....	182
NEY ANTONIO SALINAS DOMÍNGUEZ	184
La tarde nunca será un lugar común	184
CHEMA SÁNCHEZ	187
Todo sea por el bien de los niños.....	187
MATEO DE JESÚS SÁNCHEZ	188
Crónica de pandemia	188
ALBERTO SÁNCHEZ ARGÜELLO	191
El precio.....	191
El día en que la humanidad volvió a salir	191

Los placeres de la vida.....	191
ORALIA LÓPEZ SERRANO	193
Desde la trinchera	193
Cristales rotos	194
ALICIA LEONOR TORRES ÁLVAREZ	197
Desde la trinchera	197
JOSÉ ANTONIO TORRES REYES	199
Instrospección 1ª. Auto reconocimiento	199
Instrospección 2ª. Vida familiar y social	199
Instrospección 3ª. Solidaridad.....	200
CARMEN ZENIL	203
Alrededor de tus ojos	203
Melodía interestelar	203
Cueva	204
Hasta derrotar el infinito	204
ALEJANDRO ZENTENO CHÁVEZ	206
Nejapa, San Luis Acatlán.....	206
ERNESTO ADAIR ZEPEDA VILLARREAL	208
Misiva de la rosa.....	208
CÉSAR ZETINA PEÑALOZA	212
Incómodo	212
Rota rutina	212
Extraña visión	212
AMILCAR ZÚÑIGA	213
Cuarentena	213
Desde la ventana	214

Atreverse a mirar

Adentrarse en una *Casa de los espejos* es siempre una particular aventura. Uno asiste para mirarse diferente, para encontrar en esos reflejos a veces graciosos y otros grotescos, el ser uno mismo. Qué curioso que sea distinto según el espejo que decidamos mirar.

A veces vivimos enajenados en una rutina, en sacar el día a día, y esa dinámica nos hace creer que al final eso somos. Pero no, sólo forma parte de todo el universo de cosas que para bien o para mal nos conforman. Cuán difícil se hace armar los pedacitos de aquello que solíamos ser, cuando lo que nos proporcionaba seguridad desaparece.

En estos días de confinamiento, resulta que somos aquellos extraños que se sientan a la mesa con alguien que creímos conocer. Las noches, cuando descargamos la cabeza en la almohada, son el conjuro perfecto para invocar esos demonios que permanecían consternados al calor de la rutina y el ajeteo; y ahí estamos intentando conservar aquella cordura que creíamos en posesión.

Pero no será así de trágico, también –para quienes tienen esa posibilidad- están las redes sociales y el internet. Quizá también nos reencontramos ahí, y los abrazamos como tronco salvavidas en estas tierras inundadas. Encontramos que quizá deberíamos aprovechar este encierro para aprender nuevas cosas, o reforzar conocimientos, retomar pendientes, tocarnos más a fondo, querernos diferente, soltar nuestras amarras y dejarnos fluir.

Estarán los amigos del otro lado de la línea telefónica, los amantes copulando para retomar con energía el día siguiente, los niños enseñándonos a vivir “un día a la vez”, el amor incondicional de nuestros compañeros animales, los instrumentos con los que convivimos invitándonos a tocarlos con respeto... También, quienes no pueden quedarse en casa, y así poderosamente nos obligan a reconocer el privilegiado encierro; los muertos, que pasan a la memoria sin los posibles rituales de despedida que nos hacen que duela menos su partida.

Esta antología es el resultado de la colaboración de cuatro entidades que se han tomado de la mano para abrazar juntas, desde las letras, a escritores y lectores por igual. Porque siempre la creación y la lectura ofrecen la posibilidad de entregar aquella pieza que creíamos faltante o extraviada de nuestro rompecabezas. Queremos también preguntarnos si de verdad la cuarentena debe ser una situación completamente indeseable y sufrible, o si tenemos la fuerza para mirarla desde otra perspectiva que nos permita crecer, que nos convenza de que la vida sigue valiendo la pena. Que nos muestre ese espejo para poder mirar la muerte de frente y sin miedo, sabiendo que es nuestro destino inevitable.

Personalmente desconozco qué vendrá después, cómo será esa “nueva normalidad” que ya se ha instalado en nuestro vocabulario, pero que aún es indescifrable. Apuesto a creer en la humanidad creativa y solidaria, que tendrá que revolucionar el pensamiento, los hábitos y las relaciones interpersonales y comunitarias para adaptarse a esta nueva realidad que vendrá al caminar juntos, cuidando de todos. Es necesario revolucionar la vida para poderla vivir.

Melisa Cosilión, Clela-UNAM

Minimaniacos

Las minificciones reunidas en esta antología abordan desde el realismo a la ciencia ficción, y desde el detalle cotidiano, con el cual se puede identificar cualquier persona que lea estas páginas, hasta elementos de cuentos de hadas o momentos con seres demoniacos. Llama la atención esta variedad de maneras de abordar el tema de la pandemia, que contrasta con la brevedad propia del género, de no más de una cuartilla de extensión: en algunos casos, los autores presentan textos de unas pocas líneas, incluso de un sólo par.

Las tramas ahondan en los problemas ante los cuales nos enfrentamos todos en menor o mayor medida, situaciones derivadas de la contingencia: la alteración de la vida normal, los sueños que se esfuman, la soledad que se ensaña con algunos, los placeres negados, el tiempo perdido, el salir al trabajo porque no hay otra opción y pese a la recomendación de no hacerlo, el no saber qué hacer, y sobre todo, a manera de condensación de lo anterior, lo vulnerable que puede llegar a ser una persona, a nivel físico, mental. Los casos más extremos de esta vertiente en la que se explora el arduo presente nos hablan incluso de crímenes, locura, el egoísmo profundo y el temer que la pandemia no acabe jamás. Aunque son más los textos que abordan los aspectos de duda, el temor ante lo incierto o el desarrollo de dramas personales (posturas naturales en la situación inédita, para nuestras generaciones, en que nos encontramos), hay otra cara de la moneda, más luminosa, y tiene que ver con el aprecio por estar donde se habita, la reunión con la familia, y los reencuentros con las personas que siempre han estado al lado de nosotros, pero a quienes no habíamos tenido tiempo de ver, perdidos como estábamos en las rutinas que la reclusión alteró.

En todas estas minificciones hay reflexión sobre lo más inmediato. Cómo se desarrollan los tiempos actuales, en su día a día y en sus detalles, de modo que aún los más fantásticos arrojan luz sobre lo que son estos meses: el temor a la enfermedad, que se muestra de múltiples modos,

incluso superior en comparación con los peligros que representan seres de la cinematografía, como los Terminator. Queda plasmada también en esta antología la desesperación ante una cuarentena que no termina, y que aumenta otro poco cada semana, y el hablar de los ejercicios de la escritura y la imaginación como un par de acciones que puede ayudar a pasar los días. Esto último puede abordarse al revés: la lectura de lo que otros han vivido y pensado sobre la pandemia, como actividad que ayude a no sabernos solos, a darnos cuenta que estamos juntos en todo esto. De este modo, queda hecha la invitación a leer, a asomarse a esos pequeños mundos terribles descritos por estos autores y autoras, para hacer catarsis al ver que el nuestro a pesar de todo no es tan malo, o al reencontrar en estas páginas verdades que nos rodean y nos pueden servir de asidero.

Minimanía, Juan Carlos Gallegos, Guadalajara, Jalisco.

Poemándolo

*La poesía es una bellísima, doncella,
casta, honesta, discreta, aguda, retirada, y
que se contiene en los límites de discreción
más alta. Es amiga de la soledad, las fuentes la
entretienen, los prados la consuelan, los arboles
la desenojan, las flores la alegran, y, finalmente,
deleita y enseña a cuantos con ella comunican.*

Miguel de Cervantes

De un día a otro nos cambió la vida. Se dejaron las calles, plazas, iglesias, mercados... Nos quedamos a la distancia; cómo nos cuesta saludar de lejos, no abrazar y visitar a los que queremos, la distancia nos duele.

Cada uno desde su trinchera se ha enfrentado, se sigue reconociendo y luchando contra la pandemia (Covid-19). La distancia duele porque vivimos y vemos las lágrimas de conocidos y amigos; compartimos la desesperación en esta lucha, para muchos solitaria.

Como en la alegría, la belleza, el dolor, la soledad, en todo lo que contemplamos, vivimos con descargas de sentimientos y emociones. Puede nacer la palabra que nos ilumine, nos reencuentre, revalore y revolucione.

Es por esto que esta antología nace, para dar espacio a las creaciones que han fluído de la pluma de tejedores de la palabra que desde su intimidad han abrazado la invitación para ser parte de la *Casa de los espejos*.

Cada poema es un espejo donde podemos apreciar los destellos que cada poeta nos comparte. Esperamos que esta antología sea de su agrado.

Pero sobre todo, que pueda encontrar un reflejo donde se reconozca y renazca la esperanza.

Maya Cartonera, Josefa Salinas D., Chiapas, 2020

Ver aves

Esta antología, *Casa de los espejos*, surge como una necesidad de mantener la esperanza en el porvenir, en que no hay un plazo que no se cumpla, y que tampoco hay un destino definitivo. ¿Cuál es ese destino fatalmente trazado por los hados y administrado por el Gobierno? Cómo saberlo. Cada uno de nosotros ha tenido que enfrentar las circunstancias a las que una pandemia nos ha orillado, por nuestros medios, con nuestros amigos y familiares, y en las mejores condiciones que nos encontró la emergencia sanitaria del Covid-19. Por eso es que no hay un camino único para responder a lo que habita en la casa hoy en día. Y menos aún cuando lo que tenemos se reduce a nosotros y a las personas que conocemos. O quizá tampoco eso. Y es que justamente si algo nos ha traído esta pandemia es la revelación devastadora de que las cosas no son cual parecen. La idea de la modernidad invencible, con una economía sólo temerosa de las guerras, la rutina como centro de nuestra vida, el salir día a día a contemplar el tedio. Nada tan ilusorio.

De la misma manera, nosotros somos otro haz en el espejismo, una afirmación perpetuada por la autocomplacencia y la pereza, por las pocas oportunidades para sacar los ojos de nuestra ensoñación, y tratar de explicarnos quiénes somos, quiénes son aquellos con que habitamos, cómo llegamos a todos esto. La pandemia nos ha orillado a muchos de nosotros a cuestionarnos la idea de poder afirmar tajantemente que nos conocemos a la perfección, porque sin nuestras rutinas parecemos no tener claro aquello que pensábamos que nos hacía ser nosotros: el trabajo, las fiestas, la familia, las aventuras, las cuentas del predial, la seguridad de que todo se repetía de manera amable para no sobresaltarnos. Lo mismo ocurre con las personas que nos rodean, a quienes juramos conocer mejor que ellos mismos, tanto o más que sus pensamientos íntimos. Ya sea una mascota, el hijo, los padres, la pareja, el vecino, o aquellos envejecidos cerillos en el súper, el golpe a la normalidad fue en verdad un porrazo al mundo que concebimos como la realidad. Tampoco podemos pecar de ingenuos, porque en la mirada rápida que se capta en

la sobremesa o en la pantalla de las reuniones virtuales, alcanzamos a descubrir esa misma extrañeza en las miradas que antes juraríamos conocer hasta el hartazgo.

De eso se trata la *Casa de los espejos*, una invitación desde la literatura para ahondar en el continuo descubrimiento que hemos estado haciendo cada uno de nosotros gracias a vernos forzados a romper nuestras confortables rutinas. También es un abrazo a la distancia, un acto de fe, un saludo o un jocoso susurro que dejamos navegar por la bendita internet, aquella protectora figura que nos ha permitido mantener la cordura o perder la privacidad en estos nuevos espacios de trabajo, que ha cortado el contacto pero también acercado a los amigos con nuevas tecnologías, que ha hecho que el papel de las familias se decante por sus bordes, a veces para bien y otras no mucho. Pero el llamado está hecho. Miramos dentro de las líneas y los caracteres para ver qué tanto nos podemos reconocer en las palabras de los demás, en sus pensamientos y en sus propias indagaciones sobre el alma humana. Porque es innegable que si algo nos ha traído esta alargada cuarentena ha sido la necesidad de reflexionar, de quitarnos la máscara que llevamos todo el tiempo por la calle, para palpar aquel otro rostro que hay por debajo.

CLETA-UNAM, Minimanía, Maya Cartonera y Ave Azul, se complacen en reunir a una buena cantidad de autores, hombres y mujeres de varias latitudes del México cuarentenado, y también de esas otras balsas en Latinoamérica y España, para contribuir a mantener el diálogo con el porvenir y retratar este momento tan peculiar que nos está tocando vivir, como testigos confundidos de ese alargado fin del mundo prometido que nomás no llega, pero que mantiene cada año con un toque muy único. En lo particular, desde Ave Azul nos complace poder trabajar de la mano de estas dos poetas y un fantástico escritor, quienes se han dado a la tarea de compilar las obras presentes en esta antología, y que también se han unido para traer un poco más de brillo al mundo, otro haz en el espejo donde necesitamos contemplarnos cuidadosamente.

Ediciones Ave Azul, 2020, Texcoco de Mora.

Casa de los espejos

Φ Miguel Ángel Aguilar Huerta Φ Carlos Mario Argüello (Col) Φ Sergio Alarcón Beltrán Φ David Barajas Pineda Φ Karla Barajas Φ Atz Bravo Φ Marcelo Barbosa (Brz) Φ Ricardo Bugarín (Arg) Φ Claudia Castañuela Φ Adriana Cisneros García Φ Ismael Colmenares Máuregui Φ Melisa Cosilión Cano Φ Nohemí Damián de Paz Φ Sara C. de Lucio Sánchez Φ Eduardo Embry Castro (Chi) Φ Jovany Escareño Dávalos Φ Ángel Alexis Escobar Flores Φ Sandra Galina Fabela Poblano Φ Ome Galindo Φ Juan Carlos Gallegos Φ Jorge Luis González Φ Madame Fetish Φ Mario Ficachi Φ Patricia Fonseca Φ Aurora Fuentes Rodríguez Φ Nelly Gallardo Borges Φ Edgar Darinel García Φ Jorge Luis González Φ Daniel Guzter Φ Eduardo H. González Φ Erick Alan Hernández Ortega Φ Maricela Hernández Φ Guillermo Jiménez González Φ Lux in Tenebris Φ Enrique A. Llamas Ramírez Φ Pedro López Fernández (Esp) Φ Román Lóglez Φ Araceli Mancillas Zayas Φ Luis Edgar Manríquez Chavarría Φ Madeline Martínez Φ Luz Márquez Φ Alixia Mexa Φ José Carlos Monroy Rodríguez Φ Israel Montalvo Φ J. L. Muciño Φ Beatriz Muñoz Morales Φ Rusvelt Julián Nivia Castellanos (Col) Φ Mauricio Ocampo C Φ Ernesto Issac Osorio Hernández Φ Josefina Patané (Arg) Φ Alejandra Pérez Cruz Φ Norma Pérez Jiménez Φ Haydee R. Cadena Φ Carlos R. Cobra Φ Norton Robledo (Chi) Φ María Del Rosario Ramírez Martínez Φ Alejandro Reyes Juárez Φ Jonathan Rincón Prieto (Col) Φ Irma Rodríguez Φ Ramiro Rodríguez Φ Chepy Salinas Domínguez Φ Ney Antonio Salinas Domínguez Φ Chema Sánchez (Nic) Φ Mateo de Jesús Sánchez Φ Alberto Sánchez Argüello Φ Sergio Sánchez Santamaría Φ Oralia López Serrano Φ Jimena Sofía Sosa Salazar Φ Alicia Leonor Torres Álvarez Φ José Antonio Torres Reyes Φ Donaji Ulloa Φ Carmen Zenil Φ Alejandro Zenteno Chávez Φ Ernesto Adair Zepeda Villarreal Φ Cesar Zetina Peñaloza Φ Amilcar Zúñiga Φ

Ilustradores:

Luis Guillermo Jiménez González

(Apizaco, Tlaxcala, 1986). Diseñador gráfico e ilustrador. Ha desarrollado imágenes e identidades corporativas e ilustraciones tanto digitales como artesanales en diferentes técnicas y para varios medios de difusión; on-line y revista *Algarabía*. Autor del imagotipo de la editorial Ediciones Ave Azul.

IG: emeerre2dg

Sergio Sánchez Santamaría

(Tlayacapan, Morelos, 1976). Licenciado en Artes Plásticas, con estudios en grabado y litografía, en la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado La Esmeralda. Dirige el taller de gráfica La “paróta”, en Colima. Ha tenido residencias artísticas en el Óblast Perm (Rusia) y distintas ciudades de USA: Boston, Cambridge, Chicago, Nueva York, Albuquerque, entre otras. Ha ilustrado los libros *La vida como realidad* (2013), *Autobiografía* (2014), en Perm, Rusia, y se le incluyó en los libros *The Day of the Dead* y *México Graphics*, Inglaterra. Ha incursionado en el muralismo con: *La gran Chichimeca y el Anáhuac* (Art annex, Duke University, North Carolina), *El mítico origen del chinero* (Centro Cultural La Cerería), *El quinto sol* (Suite of the Honors, Colby-Sawyer College, Nuevo Hampshire, USA) y *La importancia del maíz* (Ciencias biológicas, UNAM-Iztapalapa).

Su obra se ha presentado y es parte de colecciones en México, Cuba y USA. Ha tenido exposiciones individuales en el History Museum, Margolis and Moss Books (New Mexico), Duke University (North Carolina), Eiteljorg Museum of American Indians and Western Art (Indiana), etc; Universidad de Quilmes (Argentina); Palacio Nacional (CDMX), la SHCP, Palacio de Minería, Gráfica y Libros La Estampa y el Circo Volador (México).

También ha participado de manera colectiva en México (Museo Nacional de Arte, Museo del Arzobispado, SHCP, Museo del Arte de Mérida, Museo de Arte Contemporáneo Alfredo Zalce, Museo José Guadalupe Posada y Museo Nacional de la Estampa), USA (Illinois, Denver), Polonia (Raciborz, Katowice, Wroclaw y Ostrow), Italia (Florencia), Japón (Kioto), entre otros.

Fb: Printmaker Sánchez Santamaria

In: Grabador1976

covenante1976@gmail.com (mx)552859249

Josefa Salinas Domínguez

(Tiltepec, Jiquipilas, Chiapas). Licenciada en Educ. Sec. Especialidad Química por la Escuela Normal Superior de Chiapas. Maestría y Doctorado por la Universidad del Sur. Ha participado en lecturas de poesía de su autoría en: XXXII aniversario de la ENSCH, Encuentro Al sur de la palabra, San Cristóbal de las Casas, Museo del café, Museo de la marimba, Centro cultural Jaime Sabines, con Eraclio Zepeda en Circulo Editorial Azteca, en el XXIV Encuentro internacional de mujeres poetas en el país de las nubes, en la sala Boari del Palacio de Bellas Artes.

Antologada en poemarios colectivos *Des-nudos entre la imagen y el verso*, *Destellos que arden*, *Palabras en libertad*, *Cántaro de voces*, *Cofre de cedro*, *Mujeres poetas por la paz*, *Mujeres poetas en el país de las nubes*, en la revista *Va de nuez* (Guadalajara), *Viejas brujas II* (ediciones Aquelarre), *La aldaba entre la arena* (Colectivo Entrópico), *Poesía desde la coyuntura: voces para caminar* y periódico *El machete* (Cleta-UNAM), revista digital *La piraña* (www.piranhamx.club); *Sureñas* (Coneculta, Forcazs). Libros de su autoría: *Cielo rojo* y *Letanía de soles viejos*. Promotora cultural de editorial Maya cartonera.

Fb: Chepy Salinas Domínguez
mayacartonera.blogspot.com

Fb: Maya Cartonera
Jossesad@hotmail.com

Jimena Sofía Sosa Salazar

Joven artista, nacida en Tlatelolco en el año 2001. Con fuerte identidad Tlatelolca. Es una activa participante de colectivos culturales y ecologistas. Es miembro fundador del Grupo Juvenil Ecologista La Promesa. Sus pasiones son: el arte, el estudio de la historia universal, la filosofía, la psicología y la psiquiatría, de donde se nutre en su búsqueda de la esencia del espíritu humano.

Donají Ulloa

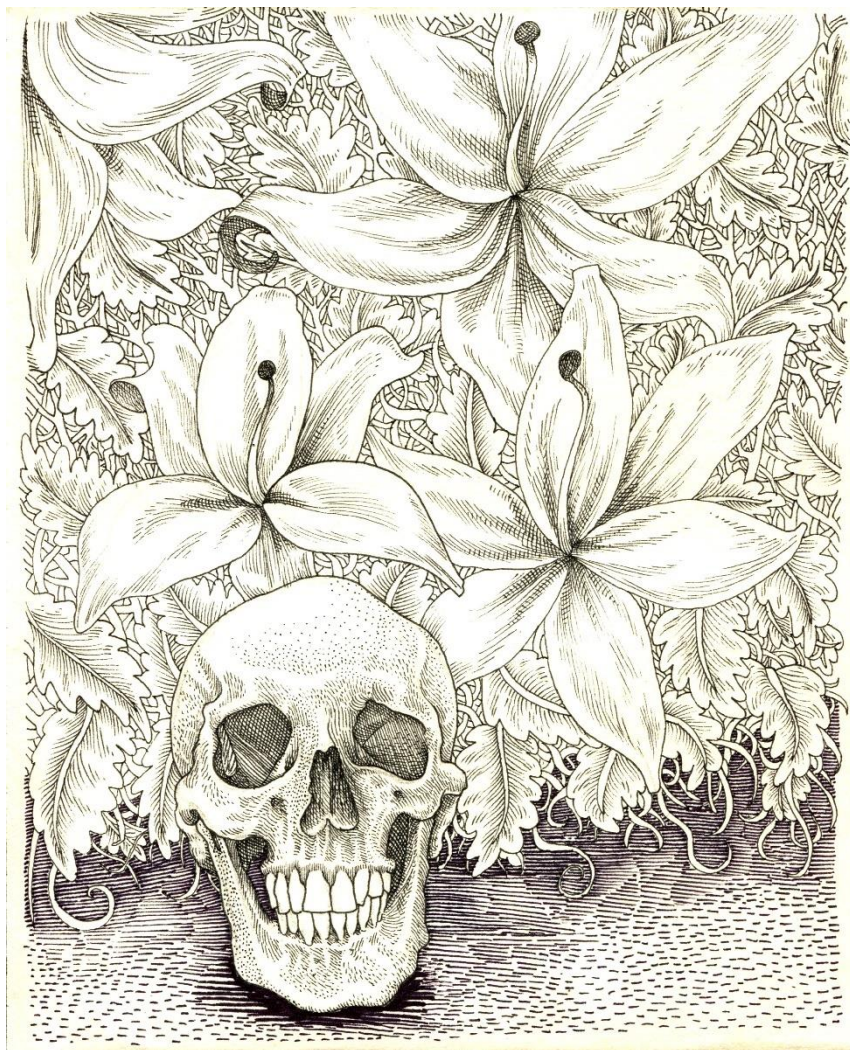
(Salamanca, Guanajuato, 1981). Artista Plástica independiente egresada de la Universidad de Guanajuato. Ha impartido talleres artísticos a niños en comunidades rurales del estado de Guanajuato y Chihuahua; así como a personas adultas en el Centro Estatal de Reinserción Social de San Miguel de Allende en la Semana Cultural: *Creatividad: Posibilidades de Ser*; agosto 2015. Utiliza el arte para extraer la esencia de lo cotidiano y plasmar a través de la plástica la complejidad de sus emociones.

Exhibiciones individuales 2016: *AutoRetrato de una pintura*, serie de 7 pinturas (El Cafetal Paseo de la presa, Guanajuato). *Inspiración: El color*, serie de 15 dibujos (Café Cardoni, Cancún.) Exhibiciones colectivas 2016: *Amoratoado*,

CLETA-UNAM – Ediciones Ave Azul – Maya Cartonera – Minimanía

Portada y contraportada del libro *Se derrama la fuente*, Colectivo Entrópico, Ciudad de México.

Fb: Donaji Ulloa @UlloaDonaji Elcolordedonaji.tumblr.com



Sergio Sánchez Santamaría ½ *“La vida sigue ante la muerte”*

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR HUERTA

¿Soñarán los insectos con dioses?

DEL ALBA

olvido

su cabellera en rostro anida
brillante recurso de cactáceas
comer del sol su manto

encierro en burladero
de palabras prohibidas

tu nombre

y ese otro

señuelo de los silencios

que en muro del alma reptan

nada es cierto

Justo tiempo de posicionar

radares

re-dirigirse a ese acantilado

que nos separa

hurgar en ese cosmos
de distancias obligadas

Si

te extraño y extraño

tu piel apiñonada

ese encabalgamiento

de voces en lugares

donde se refugiaban

nuestras fantasías

extraño más

ese ejercicio pleno

de opciones

que secundaron
propósito primario

*donde albedrío
sus alas desplegaba
en litorales de tu piel*

Entonces
juego cambia
viento retorna
sin aviso alguno
telegrama bajo la puerta

corazón palpita
y cangreja vida
en mar de ansiedades
sus patas el tiempo ondula
sinónimo de olvido
en avenida su virus deja

*calles extrañas
tu rastro secuestran
mi cuerpo descuartizan
el tiempo incineran*

hasta que luna y nube
en esta casa de acacias
y violetas africanas
fantasmas sean

sobre estas paredes
de *xoconostle*
pinten soledades
angustias
de almas muertas
que murieron esperanzadas

nada existe en los oráculos
conformidad su tela teje
 en este lugar
donde luz alguna
no tiene cabida

Por eso
cuando calma cunda
entre espacios sonoros
de caóticas vidas
será luz pretérita
lazarillo que nos guie

para cruzar un instante
de este año cósmico
donde apenas
 segundo somos

y en esta casa
de cuadrados segundos
dorado polvo de ancestros
posesión del espacio en alma
 tomará

deshilará estructura formal
de esta trama de silenciosas muertes
para cubrir nuevas necesidades
 (ni tú ni yo existiremos)
transformará pluralidades
y *ser ahí*
(al rededor del segundo)
corpografía en tiempo exacto

se transformará en
 sí mismo

fenómeno danzando
en multiuniverso
de posibilidades

más allá
que limitaciones
impongan
seremos trazos desnudos
nerviosos insectos
devorando chatarra
en tiempo real

Hasta que tarde
a noche su potestad ceda

¿Soñarán los insectos con dioses
cuando el año cósmico a su fin llegue?

¿Y los sueños
a donde irán cuando
no exista el recuerdo?

¿Y toda la poesía
toda la danza
el teatro
la vibrante pintura
la olorosa música
el cine y sus falsas realidades?

Aguilar Huerta, Miguel Ángel. (CDMX, 3 de enero de 1952). Poeta, Performer y diseñador gráfico. Tiene estudios de Letras Hispánicas en la UNAM. Fundador del grupo musical Xicalango de música andina. Es coordinador general del grupo Xilotenegro (antes Grupo Cultural Xilote) y director de la revista electrónica del mismo nombre. Ha trabajado como editor de publicaciones científicas y políticas. Formó parte del Grupo Xilote original de 1975 hasta su desintegración en 1980. Participó en la creación del Grupo DIFUTEC (1982), en el Instituto Nacional de Investigaciones

Agrícolas. En 1985 formó el Grupo Cultural Xilote (segunda generación), en 1996 revive la revista *Xilote* y en 2005 se vuelve digital, en 2020 la revista electrónica de *Literatura, Danza y Performance Xilotenegro*. Ha colaborado en las publicaciones independientes: *El Ciervo Herido*; *El séptimo sueño*, *Letra y el segundo piso*; *Manatí* y revista *Xilote*. Su obra ha sido incluida en el *Anuario de poesía mexicana 2004*, selección de Tedi López Mills y Luis Felipe Fabre, FCE (Tezontle), 2005. Aparece en la Enciclopedia de la Literatura en México. Tiene publicados en poesía: *Ojos de Topacio* (e/a, 1983), *Justine* (Grupo Cultural Xilote, 1996), *Paisajes Inexistentes* (Grupo Cultural Xilote, Col. Messidor-Xilote), 2000), *Ciudad de nubes* (Colección Messidor Gpo. Xilote, 2015). Dos PoeMurales en el libro: *Lengüerío (Poemuralismo)*, Ed. Del Lirio (2018).

Φ

CARLOS MARIO ARGÜELLO

La mejor noche de navidad

HABÍAMOS LLEGADO a la temporada de navidad en una situación económica muy difícil. Desde la posición de mi papá, nosotros, su familia, íbamos a pasar una noche trágica y desdichada, debido a que desde hacía mucho él no conseguía trabajo.

Entonces llegó el día de navidad, el tan anhelado día en que todo se llena de júbilo festivo. Muy seguramente, a mi papá le pasó por la cabeza una y mil veces que su familia no iba a tener nada para esa noche y que el mundo entero festejaría sin límites, ni condicionamientos, en esa unión de familia que amerita esa fecha. Seguramente habrá pensado en remediarlo de alguna manera por varios días. Por mi parte, algo podía entender de la situación, y es que había en el aire esa sensación de que las cosas no estaban nada bien.

Entonces con ese día, llegó también la ausencia de mi papá, que había desaparecido por completo. Arriba la noche. De repente escucho la puerta de entrada y lo veo descender por las escaleras, entrar al cuarto principal y convocarnos alrededor de la cama. Después, y sin más, con efusividad y orgullo, nos entrega un regalo a cada uno, envuelto en papel ordinario, hermoso y majestuoso y verde y con el dibujo del árbol de navidad por todos lados. Recuerdo mi alegría y mi exaltación al tener un regalo de navidad en las manos. Rasgué con avidez el papel, encontrándome con un pequeño y escueto ajedrez que nada tenía que ver conmigo, porque no sabía nada de ese juego. Pero yo estaba atrapado por la dicha y la exaltación porque ese regalo sí cambió por completo esa noche de navidad, borrando por completo la pesadumbre y tristeza, dibujando en mí una nueva cara en la que estaba retratada una nueva faceta: la de un niño que en ese momento celebraba feliz su navidad.

Pablo VI, algún día de navidad de los años 90.

Argüello, Carlos Mario. (Colombia). Profesional en estudios literarios por la Pontificia Universidad Javeriana, Magíster en literatura 2011. Se ha desarrollado profesionalmente en Misión País Colombia (2008-2013), Misión País Chile (2009), Voluntariado en ACOES Honduras y en la Alcaldía mayor Colombia, Biblioteca IDPAC. Taller de Creación y Nuevos Descubrimientos (mayo-diciembre 2019). Publicaciones: *100 fotografías colombianos 2019* y fotografía: *Carne y santidad*.

Φ

SERGIO ALARCÓN BELTRÁN

Posmodernidad rupestre

QUIÉN SOY a las tres de la tarde
en un día o una noche
cualquiera de pandemia,
sin las columnas exteriores
que sostienen, la frágil existencia.

Quien soy,
lejos de la rutina
del día a día
que estrangula e hipnotiza,
la libertad de las pasiones
y la costumbre
de animal domesticado,
para ser alguien,
para ser nadie.

Quién soy a la hora estelar
de la televisión y los estados
de los amigos expertos
en el vocabulario del perico,
siendo el blanco perfecto
de quienes han prostituido
las flores sagradas del lenguaje,
por un puño de monedas
o un efímero minuto de grandeza.

Quién soy, si acaso soy,
el que ansío ser, el desconocido
frente al espejo
y la monotonía de la casa
convertida en jaula,
frente a la proximidad de mis hermanos

y de la mujer a la que entregué
mis ojos y mis brazos,
frente a los niños atrapados
en el anzuelo de los gadgets
y la inteligencia de los teléfonos celulares,
cuando ausentes nuestros labios,
derramados en el tedio y la tristeza
de la realidad que pesa insoportable,
como una piedra de molino en las manos
que se hunden entre la incertidumbre
del amor clausurado y la paz enmohecida
por el pánico de estar solo, aislado,
frente a uno mismo
y encontrarme, de súbito,
con la bestia o el cordero
del que soy y el otro enjaulados,
ante el libreto del terror
y la pesadilla del horror incalculable.

Quién soy
en las habitaciones de la soledad,
sin saber qué hacer,
ni por dónde escapar
de lo que soy y he sido
en el infierno de la existencia
que aturde y enloquece
con sus decibeles y su llanto.

Quién soy, quiénes somos,
sí de la posmodernidad rupestre
que habitamos han robado la seguridad
de la manada, la sabiduría
y la experiencia del bastón, la belleza
en los jardines interiores
y las alas de uno mismo han raptado.

Quién soy, quiénes somos,
lejos de uno mismo y del otro,
siempre ausente, construido
en las fauces inhumanas
del individualismo crónico,
del animal inadvertido
en su condición de engrane y cifra,
que ríe y llora, herido,
bajo la brillante vanagloria
de poseer y acumular miseria
entre la desolación de estar vivo.

Quién soy a la hora en punto
de este instante
que deletrea, la soledad
interrogante de la noche,
parado frente a mi
y la bifurcación de los senderos
que arden en la angustia
de los sueños y un manojo de llaves
en las manos que no atinan,
de la cerradura, la precisa,
y escapar, apresuradamente,
de esta hora, insoportable,
de indecible pesadilla.

Alarcón Beltrán, Sergio. (8 de agosto de 1967). Poeta. Ha publicado 14 poemarios y una antología de autor. Es director de SEPIA Ediciones. Preside el proyecto cultural La Tertulia. Es promotor cultural.

Φ

DAVID BARAJAS PINEDA

Bañarnos con flores

TU NOMBRE significa colibrí, y no
hay fallo aprehensible en la gramática
de tu cuerpo
tampoco existen rincones sin techo
en tus ojos,
decir a fuera equivale a entenderte
en el sueño suspendido:
la niña que camina con miedo

si algún día deshabras tu cuerpo
ambos hundiremos las piernas en un sol
prematureo
y daremos bailes con zapatos charol
en el ocaso de un parque
mientras tus ventanas sigan abiertas y cientos
de pájaros habiten en ellas

será necesario entonces extremar tu cabello solar
porque sus raíces ya han echado plantas y flores
mientras una fotografía recuerda
nuestros labios perdidos
y a tientas nos desplegamos –titubeando–
porque estamos ante puertas de arena
donde la ciudad es otra, y la piel se alarga,
y se alarga y se alarga
para encontrarnos inocuos y extranjeros
de un mismo destino.

Día en calcetas

A VECES el tiempo se mide por la cantidad
de tiendas de abarrotes vistas en cada esquina

desde un Volkswagen a vuelta de rueda,
uno puede decidir si frena el tiempo al observar cada calle llena
de baches o si es mejor impedir
que ese reino se desmorone tomando un trago
de cerveza, y atisbar el próximo giro del volante,
del *bussines*, o de la vida:

estamos hablando de sinónimos

pero a veces el tiempo no se antoja tan complicado
y es mejor depurar todas pretensiones o falsedades
reconfortar la habitación y perder (o recuperar) todo ritmo

hoy, por ejemplo, el tiempo se ha quedado en mis calcetas,
afuera llueve mientras el mundo se desmorona
y hemos decidido resguardar los pies y los pasos

mañana, quizás, ellas saldrán a pasear.

Barajas Pineda, David. (Zacapu, Michoacán, 1996). Es egresado de la Licenciatura en Humanidades de la Universidad de Guadalajara. Ha realizado estudios en la Universidad de Almería, España y la BUAP (2017). Participó en el Tercer Encuentro de Jóvenes Escritores de Morelia (2019). Su crónica *Los estrechos caminos* obtuvo el 2° lugar del Concurso Número 50 de la revista *Punto de Partida* de la UNAM (2019).

Φ

KARLA BARAJAS

Atención flotante

TENGO LA CAPACIDAD de realizar cualquier tarea mientras trabajo en un texto. Hacer el desayuno, caminar, escucharte. Desde luego, se me quemaron los huevos en la sartén, me he salvado más veces que un gato de ser atropellada y aprendí a decirte: “ajá” cuando platicamos porque rara vez te escucho. Soy la peor ama de casa del mundo entero, lo sé, porque me gusta habitar mis textos, dejarlos pulidos hasta que cada microrrelato esté perfectamente escrito en mi imaginación, porque jamás me alcanza el tiempo para sentarme a escribir.

Estoy tan harta de ti, de la casa, que no escuché cuando me preguntaste: “¿Apagaste la estufa?”. Lamento que se quemara, que encontráramos las cenizas de nuestro hogar flotando, como mi atención, como mis sueños de ser escritora. Quizás ahora que no tengo un marido parloteando el día entero, pueda sentarme a escribir.

“Ajá”, te digo en voz alta.

Sobreprotección

MI MADRE me enseñó a imaginarme la vida desde otra parte, sin salir de la casa, en un aislamiento social voluntario. Es como si me hubiera preparado para este momento en que las personas permanecen en cuarentena para no contagiarse y se quejan por no poder meter los pies al agua del mar, por no asistir a las fiestas, o no salir de viaje. Y yo, cuya existencia ha sido la de un fantasma, me compadezco de ellos.

Terminamos

—*ENTONCES, Lucila ¿así termina todo?* —dice el hombre y llora.

—*Supongo que sí* —confiesa su compañera, mientras la pandemia penetra el último refugio bajo tierra.

Barajas, Karla. (Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, 1982). Publicó *Valentina y su amigo pegacuandopuedes* y *La noche de los muertitos malvivientes* (Editorial Imaginoteca, 2016), así como *Neurosis de los bichos* (Colección Minitauro, La Tinta del Silencio, 2017), *Esta es mi naturaleza* (Editorial Surdavoz, 2018), *Cuentos desde la Ceiba* (Colección Bocanada, La Tinta del Silencio, 2019).

Φ

ATZ BRAVO

Marina

LA SECRETARÍA de Seguridad Ciudadana informa: Estamos en alerta sanitaria, por lo que se invita a la ciudadanía a retirarse de las calles y mantenerse dentro de sus domicilios para evitar contagios. Quédate en casa, cuídate y cuídanos... Se escuchaban los altavoces de las patrullas que vigilaban para cerciorarse de que no hubiera personas merodeando por las calles. Marina estaba de luto, Miguel, con quien había compartido su vida por 12 años, había muerto de un tumor cerebral. Fue una muerte inminente. La había dejado sola, sin hijos, sin familia... sola.

Marina no era la típica mujer feliz. Desde su niñez padecía de una terrible ansiedad diagnosticada por un psicólogo especialista. Con constantes episodios de depresión e intentos de suicidio, así fue la adolescencia de Marina. Hasta que conoció a Miguel, quien aparentemente había sanado las heridas del pasado. Por primera vez experimentó lo que era la felicidad, misma que se extinguió el día que Miguel partió.

—¿Y cómo se transmite el COVID? Así: ¡achú! —decía Hugo López Gatell, el titular de la Subsecretaría de prevención y promoción de la salud, en una conferencia emitida en cadena nacional. Era 8 de abril del 2020, día que se cumplía un mes del fallecimiento de Miguel.

¡Quédate en casa! ¡Quédate en casa!

¡Quédate en casa! ¡Quédate en casa!

¡Quédate en casa! ¡Quédate en casa!

Marina no quería quedarse en casa ¿Cómo podía quedarse en esa casa llena de recuerdos, tan llena de Miguel? ¿Cómo? La depresión volvió...

Visiblemente desmejorada Marina luchaba por querer salir de esa prisión mental que le impedía dormir por las noches...

Llevaba 18 días sin salir de casa. Se ahogaba, se asfixiaba, se moría...

¡Necesito salir!

La pandemia, la muerte de Miguel y su depresión, le hicieron una mala jugada aquel viernes. Sin pensarlo más, salió. Aunque no había nadie en la calle, ella se sentía libre, alejada de esas cuatro paredes que la desgarraban cada vez que respiraba. Podía sentir el calor, veía las aves volar, sus pulmones respiraban vida...

Una mujer de aspecto robusto y enfurecida, con celular en mano comenzó a grabar a Marina, parecía haber salido de un laboratorio: con traje especial, guantes, cubre bocas y careta de protección facial. Marina estaba en una especie de trance, ignorando las intenciones de aquella mujer dispuesta a exhibirla a cambio de unos likes.

En menos de 24 hrs. era trending tropic, tendencia en redes, la habían bautizado #LadyQuédateEnTuCasa. Fue sujeta a burlas, amenazas y humillaciones mediáticas; la furia digital la había juzgado y la había declarado culpable. Merecía la muerte digital; pena máxima que este tribunal cibernético podía ejercer en una persona.

—*¡Miren a esa irresponsable, nos puede contagiar!*

—*¡Imprudente!*

—*¡Quédate en tu casa!*

—*¡Qué la maten!*

—*¡Qué se muera!*

Los jueces ya habían emitido sentencia, sin saber que Marina atravesaba por un problema de salud mental. Fue la burla. El mundo se le vino encima, no pudo...no podrá...

Dejó caer su famélico cuerpo al vacío, una cuerda sujeta por su cuello cortó su respiración, se arrojó de un barandal. Inerte y sin vida quedó Marina. Su cuerpo fue encontrado 48 hrs. después, el olor delató su decisión.

—*Se suicida mujer de 40 años al entrarse que estaba contagiada de COVID-19, aseguran vecinos, y que aparentemente es la mujer del video #LadyQuédateEnTuCasa. Hasta aquí mi reporte Joaquín, volvemos al estudio* —decía el reportero en una transmisión en vivo por Facebook.

Marina volvió a ser tendencia en redes con el Hashtag #LadyQuédateEnTuCasaRip. Nunca estuvo contagiada, estaba a un paso

de la muerte y las redes le dieron el empujón. ¿Quién sabía que Marina tenía depresión? ¡Nadie! ¿Quién sabía que Marina estaba de luto? ¡Nadie! ¿Quién sabía que Marina era una irresponsable que estaba violando la cuarentena y más aún que estaba contagiada? ¡TODOS!

—*¡Por gente como ella el COVID-19 se propagó por todo el mundo!*

—*¡Qué irresponsabilidad!*

—*¡Qué impudencia!*

Se leían los comentarios que usuarios dejaban en el perfil de Facebook de Marina Sánchez, manchando así la vida y también la muerte de aquella mujer...

Bravo, Atz. (México, 1989). Es Licenciada en Derecho. Ha escrito varios cuentos de horror. Fue incluida en la antología *Entropía. Poesía y narrativa cancanense*, y en algunas revistas electrónicas como *Apolo Magazine* y *Teresa Magazine*. Actualmente es miembro de Atzediciones (editorial independiente).

Mail: atziri_ramirez89@hotmail.com.

Φ

MARCELO BARBOSA

Despedida

CUANDO VAYA, y sí lo haré,
porque el límite insiste en mirarme
en los ojos como si tuviera hambre
y en uno de esos momentos ... devora y consume

Pero, antes de eso es así
antes de que el lugar permanezca sin reunirse
sabes que soy medio

medio dividido, fragmentado en el tiempo que viví
y la otra mitad en la que no vivía y podía tocarla con los ojos
pero que en todas estas mitades, estaba completo.

Sonrie en los ojos

TIENE UNA SONRISA que toma el pensamiento
y hace que la noche dure
así es como haces lo imposible...
pensamiento tomado en la silenciosa soledad de la noche.
Y se desmorona con la razón iluminada por el día
pero la imagen de la sonrisa permanece por otro largo
y el intento nocturno de lo imposible para dejar de ser
algunos ojos nos hacen olvidar el tiempo...
y cuando nos damos cuenta de la ilusión, sonreímos...

Ha fallado

MI IDIOMA es defectuoso
como mi caminar también es defectuoso
soy defectuoso en origen
y de vez en cuando me permito abrazar la vida desconocida...
y casi puedo saborear la felicidad en los ojos de otras personas

pero pronto mi condición se hace visible
rígido y entregado al silencio del tiempo finito, yo
el silencio ocupa su lugar y espacio, todo
el camino solo, solo... es mi mejor ejercicio
y sabe a viento
viento de mostrar todo y terminar todo
hermoso sabor de lo desconocido y último conocimiento del fin
vida suspendida por el viento sonriendo en los ojos
con los brazos abiertos y el corazón en las manos.
Esperando que fracase perfectamente.

Barbosa, Marcelo. *Não é poeta, é cartonero latinoamericano de Pernambuco, utópico selvagem nascido no século passado.* (No un poeta, cartonero latinoamericano de Pernambuco, utópico salvaje nacido en el siglo pasado).

Φ

RICARDO BUGARÍN

Hombres en problema

NECESIDAD de urgencia

No alcanzo la dilatación necesaria. Esto es un secreto que guardo con cuidado. Pienso distraídamente en otra cosa. Imagino que atravieso un muro, que desciendo por un acantilado, que humedezco la orilla de mis pies, que deposito un baúl de añejos recuerdos. Hago de la imaginación una práctica necesaria, un recurso de amparo, una ayuda universal y sanadora. Pero es imposible. Se obstina en su recoveco, en su silencio, en su ausencia. Necesito un médico.

Hombre ovillo

El agobio le dobla la espalda, el cuello, los brazos, el vientre, las piernas, el ánimo y lo deja ahí tirado, sobre las baldosas, en un rincón de la sala, desmadejado, a merced del regreso de su mascota, de su gato a casa, cosa que sucede, comúnmente, cerca de las siete de la mañana.

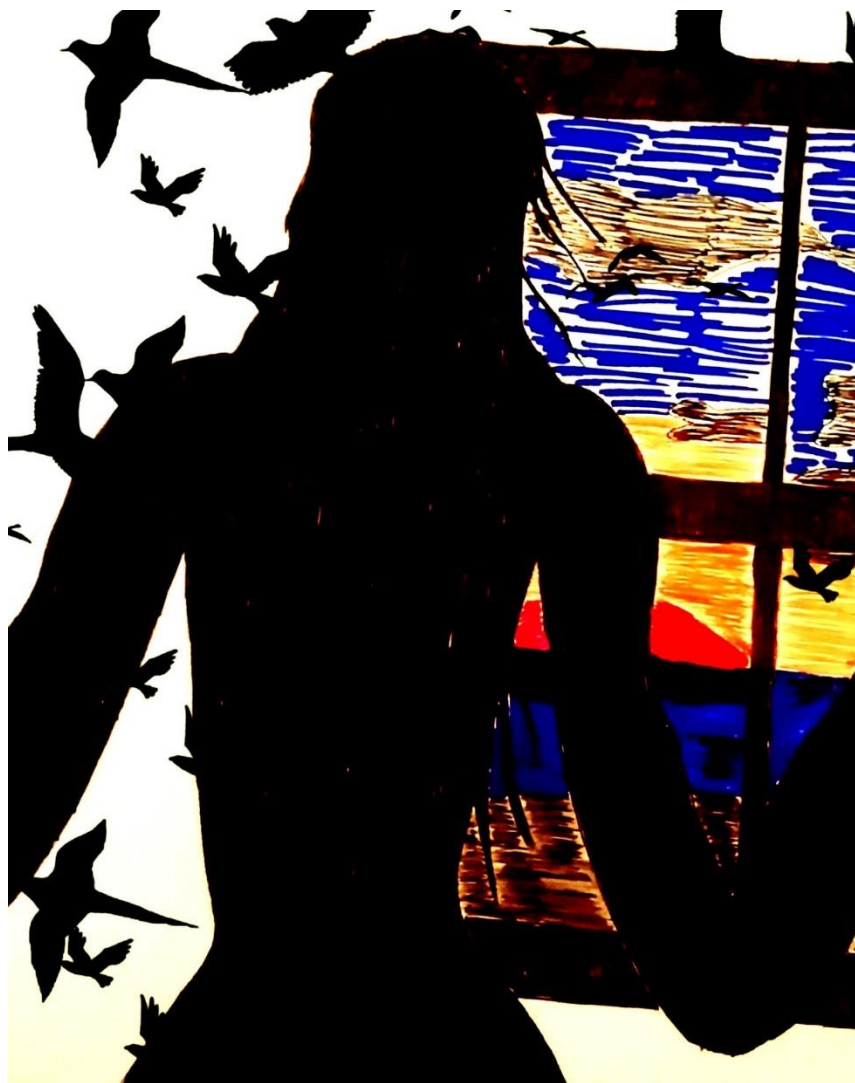
Procurarse la calma

Debajo de la cama me encontré arrodillado. Me pareció extraño verme en esa situación. No soy de los hombres que se ocultan y muchos menos debajo de una cama. Verme cara a cara debajo de un colchón es una experiencia extraña. Mucho más extraño es advertir que esa no es mi cama, que esa no es mi habitación, que esa no es mi casa, que esa no es mi ciudad. Alguien debe estar soñándose o yo me he extraviado por motivo de una distracción. En algún punto radica el problema y en otro, estará la solución.

Bugarín, Ricardo. (General Alvear, Mendoza, Argentina, 1962) Publicó *Bagaje* (poesía, 1981). En el género de la microficción ha editado: *Bonsai en compota* (Macedonia, Buenos Aires, 2014), *Inés se turba sola* (Macedonia, Buenos Aires, 2015), *Benignas Insanías* (Sherezade, Santiago de Chile, 2016), *Ficcionario* (La tinta del silencio, México, 2017) y

Anecdotario (Quarks, Lima, Perú, 2020). Textos de su libro *Bonsai en compota* han sido traducidos al francés y publicados por la Universidad de Poitiers (Francia).

Φ



Chepy Salinas 1/3

CLAUDIA CASTAÑUELA

Y aún me quedan uñas

DÍA 18

Antier empecé por la del dedo índice. El color violeta del esmalte de mis uñas ya está descarapelado, lo retiro tratando con los dientes, tratando de no molestar la cutícula. Dieciocho días dentro de estos muros sin poder salir a respirar otro aire y ya empiezo a extrañarte; ha sido atípico el tiempo sin ti, tiempo de espera y tiempo entre cadenas. Te quedaste varado en esa ciudad lejana y tu regreso es incierto, no hay para cuándo, ¿Lo llegaremos a saber? Mientras derribo de mi uña el esmalte escucho las noticias; nada alentadoras. Caen pedacitos violetas sobre mi blusa blanca al igual que se desploman personas en hospitales e iglesias aferrados a vivir, a ser curados. Esta blusa que lleva tres puestas, que no me interesa quitarme, tampoco lavarla, se está tornando gris. Me voy a la cama descorazonada y a ver qué pasa mañana...

Día 19

Ayer vi en el televisor policías levantando muertos de la epidemia en las calles por donde tú estás; no he conseguido hablar contigo en todo el maldito día, y mientras dejo caer pedacitos endebles del esmalte violeta de la uña de mi dedo medio hasta el piso; mis uñas los han arrancado y no los recojo, los veo volar expulsados por el viento que entra desde mi única ventana. Se ha puesto la noche y me cuesta levantarme del sillón donde he estado postrada desde la mañana e ir y tirarme en nuestra cama. Pienso: mañana será otro día. Me desvelo...

Día 20

Hoy siento que empiezo a enloquecer, no sé si mencioné que no he comido desde hace tres días; sólo llevo en la boca el sabor a plomo y plástico que emana del esmalte violeta; me duelen estas uñas descubijadas, incoloras, rotas. Hoy le toca al dedo meñique, el dedo más chico y frágil, y que aqueja por la artritis, me duele como me dueles tú; me duele que no te hayas reportado, el que por ningún lado te encuentre y porque quizá, Dios no lo quiera, podrías estar postrado sobre una cama fría de mosaicos blancos o en una de gélido metal gris, sin nadie quien te

reconozca, con el cuerpo rígido, desnudo y tapado con una sábana blanca. Mi uña y dedo sufren; un gran dolor me obliga a hacer muecas y es porque, además del esmalte me he quitado pedacitos de piel viva, me los he arrancado sin darme cuenta, mientras a los lejos, en algún departamento contigo, alcanzo a escuchar la canción que bailamos en nuestro vals; no lo puedo soportar y sigo mordisqueando el último pedazo que queda del color. Languidezco poco a poco y mi fe y mi devoción ya están manchadas con sangre también. Me curo el dedo sentada en el piso frío; me amarro una venda elástica blanca, acerco la mano a mi pecho y comparo el color del amarradizo con la blusa que aún no me cambio; una luce, la otra... me quedo pasmada. Me arrastro hacia la recámara...

Día 21

A primera hora han llegado tus maletas, viajaron antes que tú; tu vuelo estaba sobrevendido y a las seis de la tarde se supone tu arribo. Me llevo el dedo anular izquierdo con emoción a la boca y empiezo por la orillita del costado derecho a desaparecer lo que queda del esmalte violeta; faltan muchas horas para tenerte aquí, pero mis uñas en la boca ya empiezan a saberme a gloria. Escupo con fuerza el último rastro de color, con tanta y toda esa fuerza que me ha quedado desde mis semanas de calvario, pero correré a quitarme con acetona los restos de esmalte de las otras; ya no veré más el color violeta, las limaré y las puliré hasta dejarlas lisas y preciosas, sanas, fuertes. Y esta blusa, esta blusa que una vez lució blanca la tiraré a la basura con gran desdén, me agobia ya. Después de un buen baño de tina, desenredaré a mis cabellos lacios con el cepillo de bambú, maquillaré mis pómulos pronunciados y el labial rojo iluminará mi boca, asearé la casa, y encenderé las velas. Prepararé un manjar y te recibiré como nueva, con la música de jazz que solemos escuchar y con millones de besos y mil abrazos saciaré las ganas de por fin tocarte y yo... yo con las uñas ahora pintadas de fucsia aguardaré por ti...

Día veinti...algo.

Pero... no eres tú el que ha retornado. ¿Dónde quedó aquel hombre fuerte y alto que tanto esperé? No consigues levantarte y sacar el sufrimiento, secar la humedad de esas semanas que se nos entremetieron. No has vuelto en ti y me has tirado a mí. Ahora el fucsia de mis uñas se empieza a cuartear; me han entrado las ganas de llevarme los dedos a la

boca y por más que los detengo a manotazos no logro resistirlos, detenerlos. Surge en mí el deseo de cortarlos, de aventarlos por la ventana y no padecer de nuevo el sabor amargo del esmalte escarpado. ¿Cómo vuelvo en mí? ¿Cómo ayudo a que resurjas de entre esta pandemia que se ha infiltrado por los pasillos, por la puerta, por la madera, por la sala, por nuestro colchón?

Día...que importa.

Contra la ansiedad, la angustia, el dolor y la depresión no pudimos. Habíamos dejado de comer, de beber. La música nunca más sonó. Nadie acudió en nuestra ayuda y nos volvimos uno y no dos. Nos mantuvimos abrazados sin provocarnos y huimos juntos dentro de esta habitación sin salida.

Castañuela, Claudia. (Michoacán, México). Diseñadora artesanal y de accesorios. Estudió el Diplomado de Creación Literaria en la escuela de escritores SOGEM de Guadalajara. Algunas de sus creaciones han sido publicadas en el Colectivo Voces Tintas en los libros *Entre Tintas: Tinto VI y VI*. Ganó el segundo lugar del certamen de poemas en Baruch College de Manhattan, Nueva York en 1988, y el segundo lugar en el evento Modarte de la Cámara de la Industria del Calzado del Estado de Jalisco por el diseño y elaboración de “Sacia” bolso de mano en mayo del 2003. Vive envuelta en la creación literaria, en el diseño del *fashion*. Es empresaria, cinéfila y eternamente musical.

Φ

ADRIANA CISNEROS GARZA

I

ANIDO

encima de sabinos milenarios
acicalando níveas plumas
creyéndome humana ante luna
soy pájaro gorjeando el crujir
de mis huesos sollozantes
en crecidas arboledas...
hace tanto que no revoloteaba
en el suelo inundado
la parvada me resguarda
abrigándome con hojas olorosas
de una magnolia florecida
no aletea el pajarillo...
me deslizo entre osamentas
buscando una estructura
y revestirla con la misma piel
mis huesos no concuerdan en especie
¿soy ave o mujer?
¿de quién es el corazón?
todo es dolor... mi vida se ha petrificado.

II

OFRECEN a mis ancestros cazadores
restos de la mujer-ave fragmentada
convierten alas en garras y colmillos
con ojos de alhaja incandescente
entre cortinas de humo azul
veo aproximarse a un jaguar negro
y entre sueños de inconsciencia
me persigue rugiendo apellido
en la oscuridad de mi pelaje
contengo salvajismo reposado
mujer pantera... comienzo a

despedazar mis tendones
en los tobillos serpentean
dos cicatrices al compás
de mis felinas palpitaciones
cedo el paso a mi nahual...
atravieso el bosque de asfalto
camuflada en hembra dócil
erguida, planeando embestidas
y saber cómo me llamo...

III

DESENMASCARÉ a la calavera...
arrulló mis venas con metales
ungiéndome con besos el temor
ha trenzado hilo rojo entre ambas
relámpagos en pies... en ojos
el fulgor indómito de aves y bestias
saciarán la sed recién nacida
cuando muerte venga a reclamar
me hallará con dagas y gruñidos
sin cazadores ni disfraces...
como bruja eterna de piel soleada
escondiendo estrellas y caminatas
de protesta en el cabello...
habito en el cúmulo turquesa
de los piélagos que rugen
ante el ojo de la sombra
reencarno en felino cruel
avanzando con setas curativas y
espíritus de antepasados que
secretamente me han resucitado.

Cisneros Garza, Adriana. (Monterrey, Nuevo León). Poeta y narradora. Ha publicado los poemarios *Silbo de Cisne* (2018) y *Sangre de Diosa* (2015). Antologada en los países de México, Chile, España y República Dominicana. Nombrada *Poeta de la Semana* por el periódico *Noticias Voz e*

Imagen de Oaxaca, en octubre de 2017. Ha impartido talleres de creación literaria en los estados de Nuevo León, Coahuila, Veracruz, Oaxaca, Quintana Roo y CDMX, y leído su obra en diversos encuentros nacionales e internacionales literarios. Ponente de las conferencias *El empoderamiento femenino a través de la literatura*, *La importancia de la poesía en el desarrollo humano* y *El oficio de escribir*.

Φ

ISMAEL COLMENARES MÁUREGUI

A 70 noches, 70 años, 70 minutos

LOS TEMORES se apoderan,
siento calentura a las tres,
me duele la garganta,
llega la pausada taquicardia,
el insomnio se extiende en avión;
la conciencia recupero,
estoy bañado en sudor
...es la señal,
vomitaré, derrotaré los miedos,
y así conciliaré el sueño.
Mañana será la noche 71,
y espero con ansia mi cumpleaños 71.

Natalia y Mariana

ESA MAÑANA sus pesadillas se hicieron realidad. Ellas habían seguido el secreto del derrumbe de la sociedad neoliberal, también "a los muertos vivientes". Sabían que era ficción de las series, películas, novelas; y sin embargo a las 6 de la mañana escucharon unos violines tocando notas menores, justo cuando se supo que el virus volaba en el 20-20, y pensaron "porqué esa ficción se hizo realidad y porque no existe el Santo, o Buffy, o Brad Pitt, o Rick Grimes para que nos cuenten sus experiencias de cómo enfrentarlos"; y ahora estos agentes microscópicos sin cuerpo celular que se pueden multiplicar dentro de las células en nuestros organismos, son verdaderos, y además escalaron la metamorfosis, se transformaron en zombis invisibles a nuestros ojos; ellos entran a nuestras células y de ellas se apropian, e inmediatamente se reproducen en millones, sus proteínas se enganchan, se multiplican y se van comiendo nuestras células buenas; las van matando, y luego saltan a otras vivas, se reproducen y buscan salida por las palabras o tos, para encontrar otra víctima.

Natalia y Mariana, mujeres inteligentes, sensibles y estudiosas de Rosa de Luxemburgo, manejaban como filosofas la dialéctica y pensaban que habría un antídoto para ellos; ¿cuál? ¡Ah! busquemos referencias y construyamos nuestro escudo. Luego Natalia y Mariana enumeraron las opciones:

- 1- Evitar que este zombi virus te vea, te identifique, te penetre.
- 2- Esconderte en lugares donde no pueda entrar.
- 3- Pedir ayuda del jabón neutro y agua, y sí se puede que se sumen el alcohol con su novia aloe vera, y una esponja.
- 4- Hacer brigadas para salir de manera cuidadosa, enviando a los más ágiles, es decir las jóvenes, y evitar que los virus zombis las identifiquen. La sorpresa en la lucha es importante.
- 5- Pedir ayuda interna de las llamadas defensas activas y militantes de cada cuerpo, y que impulsen la resistencia con el cuchillo que pueda cortarles la cabeza, quitarles lo grasoso y la Corona.
- 6- Extender los brazos de la solidaridad, desde la tarde del corazón o de la noche de la vida posible en el caudal de la inhalación y exhalación, o de las trampas de la magia, o construir los puentes y evitar el precipicio, o quemar la individualidad.
- 7- Escribir cada experiencia que sume al río cálido de las apariciones de lo fantástico: "Se salvó, no regreso como fantasma, regresó y ahora es inmune... Sí se puede".
- 8- El virus no es inmortal, "porqué todo COVID se derrumba en el aire". Pensamos en el mañana, nos movemos con los colores de la primavera, seguimos cogiendo con emoción o nos masturbamos con la amante, nuestra mano o la imaginación de las mariposas o palomas de la fricción.
- 9- Jodidos quedaremos, pero viviremos con la tapioca de cajeta y de paso caminará la estocada al capitalismo, aunque es posible que su voracidad y las nuevas condiciones extiendan la alfombra de fortalecerse.
- 10- Provocar en cada caso, casa o calle, un sentimiento de triunfo; de amor, de humor, de sueños. Eso parecía una recomendación cristiana; sin embargo, ellas añadieron: "Enfrentar no sólo al virus, sino también a los machos-mensos que se aprovechan de la situación de encierro y mandan. Piches ojetes, mandémoslos a la calle, busquemos resistencia y

solidaridad en cada lugar contra estos verticales. Sí el mundo se va a transformar y el capitalismo en crisis quedará, a los menos patriarcales machos, tenemos que eliminar”.

Este escrito se difundió por las redes llegando a influir a millones de mujeres y hombres. Ellas lo más reciente que redactaron fue:

"Ante la pandemia, la resistencia es en comunidad, la acción se vincula a la conciencia y así se enfrentarán a los caminantes... el caos ayudará a resolver el mundo injusto y explotador, una nueva estética se asoma".

Colmenares Máuregui, Ismael. (México, 1950). Fundador del Grupo Los Nakos, preso político en 1971 y cofundador del Centro Libre de Experimentación Teatral y Artística (Cleta) 1973. Ha participado en películas como: *Nako es chido* de Sergio Arau. Con un extenso currículo en obras de teatro, discos y movimientos sociales. Actualmente imparte clases de historia en el Colegio de Ciencias y Humanidades, y coordina la Peña Clandestina Autónoma PECA junto a su compañera Mayra Cebberos.

Φ

MELISA COSILIÓN

Hacer el amor en tiempos de guerra

DESNUDARSE DEL CUERPO

al paso de los dedos,
tocar un alma que se despierta.
Amigo, el mundo se convulsiona allá afuera,
la peste nos obliga a no tocarnos,
pero los ojos...
aún el suspiro se adivina
delineando nuestras bocas.
Soy tuya y de tu cuerpo
mientras dure el canto de la tarde.
Soy mía del deseo de tu carne,
del calor de tu entre pierna,
de tus dientes en mi espalda.
Amigo, vengo a tu casa a compartir
el gozo, de hacer del cuerpo amor
en medio de la guerra.

Me permito dudar de mí

LLEVO varios días durmiendo
con una extraña en casa:
es una mujer amarilla
que se recuesta a mi lado.
Acerca sus labios a mis mejillas,
no llora, saborea mis lágrimas
y las conduce solemne hacia su boca.
La mujer amarilla se anuncia desde el espejo,
sabe que llevo el nombre
de mi amado entre los labios,
sabe que guardo celosa nuestro último beso.
A veces me atrapa su beldad desnuda,
porque acaricia con sus yemas

la ternura de mi sexo, y entonces
me devuelve la conciencia de mi cuerpo.
Descubre la confianza de mi secreto.
Mi mujer amarilla me sabe fuerte,
aunque rota; auténtica, y con miedos;
liberada, aunque caótica.
Cuelga entre mis muelas caramelos,
y deja en cada amanecer
flores de sol en mi ventana.
La mujer amarilla que me habita
desciende hasta el inframundo
de esta mujer morada.

Año mil quinientos:

VUELVO a creer
en las fantasías de los dragones,
en que el aroma de la noche
volverá a incendiarme,
a deformar el silencio de mi cuerpo.
Comencé por dormir con los pies descalzos,
el tinto se volvió mi libro de cabecera...
tengo un tic con el recuerdo de tu sexo.
Debería ser esta la cinta perfecta,
la música suena estridente bajo mis piernas;
estoy convencida de que otro aliento
habita mis rodillas.
Mil setecientos cincuenta y nueve:
no encuentro cómo hacer
que el alma me vuelva al cuerpo.

Hermanas de agua

para Carmen y María Elena

I

ALGUNAS VECES la vida, hermosa y caótica como ella sola, suele darnos la oportunidad de conocer a esos hermanos que no precisamente

compartimos la sangre de nuestros progenitores. A ellas las conocí porque en algún momento la juventud y los sueños encaminaron nuestros pasos al lado de nuestros hombres, muy mayores a nosotras. Quizás entonces habremos cruzado algún saludo, pero no más.

Años después, la muerte se atravesó en el camino de las tres, dejándonos huérfanas de esos humanos a quienes amamos, y entonces supe que podríamos ser hermanas, porque, además, ahora compartíamos el asedio de la memoria en estos tremendos días de encierro.

Hubo una noche muy particular en la que las tres sufrimos los mismos síntomas. La muerte dejó un silencio en nuestras bocas, y esa carraspera lentamente se transformó en insomnio.

II

Cora se levantó de la cama, buscó desesperada bajo su almohada aquel trozo de cabello que alguna vez, en medio de travesuras, logró cortar a Leobardo. Lo tenía en un envoltorio de tela bordado amorosamente con la letra “L”. Lo acercó a su nariz y recibió el perfume de los cabellos que muchos años acarició con respeto, mientras besaba la frente de él. Lo acercó a su boca y besó la cabeza de Leobardo, así como cuando se despidieron sin saber que sería la última vez. Leobardo, quien era un guerrero de plazas históricas, compartió con Cora el calor de la poesía, los amigos de tertulias, y el ser siameses de la misma bandera blanco y guinda. La carraspera comenzó a ahogarla, a toser desesperadamente: — *Mierda, van a pensar los vecinos que tengo Covid* —pensó mientras intentaba calmarse. De sus ojos negros, ahora enrojecidos empezó a brotar el mar...

III

Magnolia descansaba la cabeza en esa almohada donde antes dormía Ernesto. Era una obsesión pensar que aún luego de más de un año, ésta conservaba el aroma de su cabello. Estúpida –se decía a si misma- debes dejarlo volar. La carraspera se hizo presente en la garganta de flor de Magnolia, en esa boca que guardaba el recuerdo del último beso de Ernesto, cuando se despidieron en la central camionera, sin saber que

sería la última vez. Ernesto era una semilla de energía que transformaba todo cuanto tocaba, así el cuerpo y la vida de Magnolia, quien nunca volvió a sentir miedo de nada. Magnolia era una niña traviesa en los brazos de él, que siendo un hombre maduro, la trataba delicadamente como si fuera la última flor de la Tierra. Ese recuerdo tornó cascadas los ojos grandes, y comenzó la inundación del departamento...

IV

Eliana terminó de editar el video del documental que llevaba más de ocho meses trabajando. Pero esa noche volvió a sentir como aquella de hace 5 años, cuando un calor de presentimiento se convirtió en pesadilla. Ansiaba saber qué era eso que iba a pasar, y que la atormentaba desde antes de saberlo. Un bordado huichol se descolgó de la pared, recuerdo de una de las visitas a México de su amado Ramiro. Él, documentalista internacional que había mudado su residencia y sus alas al lado de Eliana, en Bolivia, regaló para ella el don de transformar y conservar los testimonios de la vida con su arte. Algo andaba mal, lo sabía... Cuando sonó el teléfono, la llamada desde Argentina le confirmó que aquel beso en la terminal aérea había sido la despedida de Ramiro. Tomó entonces –como ahora- la cámara de video, y al mirar por el lente, el agua se desbordó, inundando Cochabamba.

V

Tres mujeres navegaban un mar de aguas internacionales, la luz violeta de sus pechos fue un faro que las invitó a tomarse de las manos. Así la patria latinoamericana brillaba a través de sus ojos, que tuvieron que despojarse de las lágrimas para poder encontrarse. Se reconocieron hijas de la misma tribu de locas, que se atreven a romper esquemas y a decorar sus pasos con espigas para atravesar las barreas que hace el tiempo, pero que los enamorados no saben reconocer.

Eran iguales, desprendidas de riqueza material, millonarias de recuerdos que sus hombres les habían dejado como herencia. Formadas en la ilusión de que un compañero lo es a partir de la lucha, disidentes de la injusticia, amadas desde el último latido de un corazón.

Se reconocieron entonces hermanas de aguas, dueñas de las estrellas, poseedoras de saberes milenarios con los que reparaban sus corazones amoratados, enamorados, encendidos por un fuego inagotable... Las hermanas compartieron la sal, la magia de sus cantos y sus semillas durante esa noche de pandemia.

Cosilión Cano, Melisa. (Texcoco, México, 1988). Egresada de la Ingeniería en Agroecología de la Universidad Autónoma Chapingo (2010). Ha publicado en las revistas literarias *Salamandra* (UACH, 2002), el poemario a dos manos *Flor y tiempo* con Enrique Cisneros ‘El Llanero Solitito’ (2007); la revista *Va de nuez* (Guadalajara, 2011); así como en las antologías *Mujeres en el Arte* (México-España), *Mujeres poetas en el país de las nubes* (Oaxaca), *Maya Cartonera* (Chiapas) y con el Colectivo Entrópico de la (CDMX). En 2017 coordinó la antología *Poesía desde la Coyuntura: voces para caminar* y es miembro del comité central del Cleta-UNAM. Publicó el poemario *Aguardiente* (Ediciones Ave Azul, 2019).

Φ

NOHEMÍ DAMIÁN DE PAZ

Puerto Anapra

AQUÍ NADA CAMBIA. Aun cuando hace unos cuantos años hayan pavimentado algunas calles; en la primavera y en el verano las olas de arena siguen cubriendo cada rincón de este lugar en un intento de protegernos del abrasador sol. Ellas son las responsables de desaparecer todo a su paso. Se vuelve difícil ubicar las gobernadoras, los pinos, las piedras, los restos de basura, los postes de luz y hasta las montañas que rodean esta colonia. Esas montañas tienen la costumbre de espolvorearse entre las casas y las iglesias, las papelerías y las ferreterías, pero sobre todo entre las calles. Ya sea por ironía o por coincidencia, quien nombró este pedacito de desierto como “Puerto Anapra” pensó que los nombres de las calles debían combinar, ya que, por ese motivo, podemos encontrar la Delfín, la Jaiba, la Ballena, la Congrio, la Pulpo y demás animales acuáticos.

Y aunque gracias a esas olas de arena la mayoría de las personas deciden no salir de sus hogares, aquí los únicos que navegan ante este escenario son los que nunca descansan. Sean hombres o mujeres, jóvenes o viejos, salen con sus batas de diversos colores; sin embargo, entre tantas opciones domina el azul. Los rayos de sol, además de fatigarlos, los encaminan a su transporte, un transporte especial que los llevará a las maquiladoras. Entonces las rutas blancas aparecen, contrastando las calles azuladas, y por un momento este rincón norponiente parece una orilla del mar. En este puerto juarensé la rutina prosigue sin importar que exista un nuevo virus y allá afuera sigan muriendo personas. Ahora estos trabajadores se ponen un cubrebocas y salen listos para bucear ante los peligros nuevos y viejos, con la esperanza de no ser los próximos.

¡Salud!

NO PUEDO estornudar ni toser, me da miedo tan siquiera pensarlo. Escucho cómo sigue buscando en el patio, en la cocina, en el baño, en los cuartos de los niños, en nuestro cuarto. Atrapa a mis hijos, pero ninguno

puede contestar sus preguntas. Sigue husmeando debajo de las camas y tira los roperos. Pica con su pala los costales de manzanas que teníamos como reserva para nuestra alimentación ante la orden de no salir de nuestros hogares. La cuarentena encerró la primavera y desde entonces lo importante para esta persona es deshacerse de los infectados.

Toca la frente de los pequeños, mueve su cabeza en señal de que están sanos y los dirige a la casa del vecino. Sé que es lo mejor. Cuando ya no escucho sus pisadas, despego el pedazo de madera del piso y salgo de mi escondite. Estornudo y tapo mi nariz rápidamente con mis manos. Extraño los días cuando después de estornudar te respondían con un “¡Salud!”.

Damián de Paz, Nohemí. (Ciudad Juárez, 1995). Licenciada en Literatura Hispanomexicana por la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ). Ha publicado entradas de blog para el proyecto de investigación *Cartografía literaria de Ciudad Juárez* (conocido comúnmente como Juaritos Literario). También ha publicado en *Metáforas al aire*, una revista de Humanidades, y en la revista digital *Zompantle*.

Φ

SARA C DE LUCIO SÁNCHEZ

Demonios

¿SI YA NO HAY TIEMPO? Nuestro destino se va desmoronando como migajas, desfigurándose como un tejido deshilachado y descolorido, poco a poco nos vamos desvaneciendo como la neblina sin darnos cuenta que sólo hemos sido, tal vez, una consecuencia y no un motivo.

Llevo meses mirando por el mismo ventanal hacia el exterior sólo para cerciorarme que el mundo sigue ahí; antes no me importaba diferenciar el color del amanecer de un jueves o de un domingo, ni mucho menos saber por dónde renace o se esconde el sol. Hoy, en medio de las torres de edificios exánimes busco esperanzada un hueco azul que se desdibuje a lo alto para confirmar que los días se siguen sucediendo y que yo, como el resto, seguimos dando vueltas.

Dentro del enorme cristal enmarcado, en mi fortaleza citadina, he descubierto rincones de humedad, necio goteo cicatrizante del que desconozco su origen, será por el frío rocío que se desprende de las paredes durante la madrugada o es el sudor que delata las noches del ardor interno. También he contado mis pasos descalza, de día 52 y de noche 73, para ser exacta; llevo igualmente la cuenta de las veces en que me alimento sin hambre, de dormir sin sueños y despertar más por fastidio que por voluntad.

En el pasillo coloqué un espejo de cuerpo entero para engañar el espacio y ampliar el camino que recorro varias veces del dormitorio a la sala y viceversa, también para encontrarme cuando me pierdo entre las horas de los días que no se sienten. En uno de esos paseos nocturnos, antes de dormir, descubrí en su reflejo una loca extraña igualita a mí, pero sonriente y guiñando un ojo. En ese instante se me congelaron la mirada y las palpitations: ¡yo no puedo cerrar un solo ojo! ni el derecho ni el izquierdo tampoco.

Después de ese incidente me ha costado mucho coincidir con mi sombra, se rehúsa a vagar por los muros, techo o piso, es como un ente con vida propia, independiente, pero más ligera, se recuesta sobre la cama

mientras aseo la cocina, se pasea por la terraza cuando leo somnolienta o se sienta frente a mí en la mesa cuando tomo café al alba.

Al principio me pareció de mal gusto su autonomía, pero poco a poco me sentí aliviada de saberme acompañada; dicen que la distancia aleja a las personas, pero eso no es cierto, lo que las separa es el silencio, toda una vida a medio metro y nunca nos habíamos dirigido la palabra.

Han llegado más reflejos del espejo a visitarme, no son extraños, pero hasta ahora los reconozco por su propio nombre, y aunque todos poseen mi rostro nunca me había atrevido a conversar con ellos. El temor huele a escalofrío obscuro o a huecos vacíos según las circunstancias; la ansiedad niega a gritos y temblores su origen; y el más callado es la apatía, difícil saber lo que le importa, contraria a la vulnerabilidad, quien se consume ridículamente con sus propias especulaciones. El huésped más fastidioso es el insomnio que en ocasiones combina sus citas con el dolor, mimetizado en odios y rencores.

Debo reconocer que de todos mis demonios a quien disfruto más es a la soberbia, juntas evocamos los resquicios de paisajes pasados que en este encierro obligado aún no hemos olvidado, nos ilusionamos de vez en vez divagando en horizontes que prometen un futuro, aunque quizás breve.

Nueve meses han pasado desde que se inició la Alerta 1^a, 2^a, 3^a y 4^a, en este aislamiento tuve que obligarme a convivir con mis demonios, me gustasen o no, tuve que enfrentarlos en batallas férreas, crueles y hostiles que me hicieron comprender que la única forma de mantenerlos alejados es precisamente conviviendo con ellos.

Para finales de la pandemia me faltará un encuentro más, lo sé porque la he escuchado subir las escaleras y detenerse justo al otro lado del pórtico, de vez en vez se pasea por aquí, reconozco el olor agrídulce que destila cuando se asoma por la rendija de la cerradura para espiarme la respiración mientras yo me finjo sana, me acerco de puntillas a la puerta, cierro los ojos implorándole en voz bajita, para que mis demonios no se alboroten, que todavía no, que aún tengo tiempo...

De Lucio, Sara Sánchez. (22 de septiembre de 1973, Ciudad de México). Radica en Ecatepec, Edo. de México desde los 4 años. Desde el 2010 y hasta el 2015 me integré al grupo literario *Ágora entre Signos* con el profesor Antonio P. Rivas y del 2019 a la fecha participo en un Taller Literario con el escritor Edson Lechuga. Cada año participo en concursos de cuento y poesía en encuentros culturales nacionales de Instituciones Financieras obteniendo algunas preseas y publicada en revistas internas. En el 2011 participé con un texto de mi autoría en *El último Libro del Mundo*, editado por Librerías Gandhi. Así también he colaborado con mis historias como cuentacuentos en varias Fundaciones de Asistencia Social. He escrito desde que tengo memoria; disfruto de la lectura, la música y de las pocas certezas que poseo es que nunca dejaré de escribir todos los mundos que me habitan.
Φ

EDUARDO EMBRY CASTRO

I

ESTAMOS acostados
en nuestras propias trincheras
sentimos la orfandad en nuestra piel.
Se reclama el derecho de saborear el mar
los árboles, la vida.
Nada prodigaba que la libertad
tomará senderos misteriosos
Nos llegó el pánico del encierro
por decreto supremo.
No estamos en guerra
nuestro enemigo es invisible
inmoral.
Está en cada uno de nosotros
la humanidad paralizada
mientras aprenden a explorar
el universo interno de cada alma.

II

NADA SE ABRE en el cielo
las calles desoladas
y las madres agolpadas
en los centros de asistenciales.

III

CADA CIERTO tiempo
escucho el ruido de las aves
¿Me pregunto? Cómo debe ser
el aire con esa libertad.
Causa espanto pensar
si estos tiempos todavía
se nos caen los credos.
El mundo está en su más alta
frecuencia.

El pájaro sigue su vuelo
mientras termino estas líneas.

Embry Castro, Eduardo. Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile
SF. Gestor Cultural.

Φ

JOVANY ESCAREÑO DÁVALOS

El otro

LA PRIMERA vez que lo vi estaba en la silla en la que yo me sentaba todas las mañanas a pensar después del desayuno. Al principio atribuí mi visión a las pocas horas que siempre dormía durante la noche, pero poco a poco esa ilusión se fue transformando en la cruel cara de una realidad desconocida. El encierro provocado por la pandemia me había obligado a quedarme en casa durante una cantidad de días que parecían tender al infinito. Había acostumbrado a pasar por alto lo que percibían mis sentidos antes de irme a trabajar, pero pronto me di cuenta de ruidos que eran o se hicieron habituales tras el encierro. Yo no podía en un principio si no atribuir los ruidos a la incesante actividad de los vecinos, más que a algo que rondara mi propia casa. Dudaba de mis sentidos porque escuchaba sonidos que parecían repetirse en toda la torre de departamentos. Algunas veces parecían ruidos lejanos, ecos de trastes cayendo en una pila, patas de sillas que chillaban, charlas de voces desconocidas, y otras veces los escuchaba tan cerca que casi podía afirmar que provenían de cada lugar en el que esos objetos estaban. Todo fue distinto al constatar que los ruidos eran producidos por esa cosa. Cuando la veía caminar arrastraba los pies como si no tuviera capacidad humana para andar con normalidad. A veces se sentaba en la sala y parecía observar durante largas horas la televisión apagada. Esto me impresionó, y luego me dio risa tras constatar que si esto era un fantasma, se había obsesionado mucho con la televisión, la cual ni siquiera veía ni escuchaba. Más que asustarme, pronto me habitué a los ruidos del departamento, aceptando desde entonces que nunca había vivido solo. Cuando me levantaba él ya estaba moviendo cosas en la cocina, simulando abrir cajones para preparar no sé qué platillo para desayunar. Yo abría el refrigerador, llenaba un tazón con yogurt y luego lo mezclaba con avena tostada. Como siempre ocupaba mi lugar durante el desayuno, decidí desde entonces desayunar en la barra de la cocina y para cuando él hubiera terminado yo ya estaba acomodando mi equipo para iniciar con los interminables pendientes del trabajo.

Aunque había intentado establecer conversación, nunca respondía, así que me habitué a la compañía silenciosa de esto que parecía ser una sombra más que un fantasma. Con el tiempo dejó de producirme asombro y podía verla ir y venir por los pasillos, como buscando algo que había perdido por la casa. A veces, su forma de andar me recordaba un poco a la mía, y otras veces, tras darse las tres de la tarde, la veía dirigirse hacia el baño. Más de una vez me encontré con las luces prendidas y tenía que esperar a que saliera sin molestarlo, porque de cualquier forma sabía que no saldría hasta haber pasado una cantidad exacta de minutos. A veces hablaba sin recibir respuesta, pero me conformaba con su presencia para sentir que era escuchado. Cuando entraba al baño, me ponía a leer una de las tantas revistas de la caja y me preguntaba por la predisposición temática de esta sombra, a la que posteriormente me dio por ponerle ottO, como si él fuera la otra forma de lectura del palíndromo que yo llevaba por nombre. A veces creía que estaba en un sueño y me divertía pensar en lo largo que había sido y en las posibilidades que me había dado para continuar mi vida sin tener que estar despierto. Pero era terrible pensar en todo el trabajo acumulado por andar perdido en sueños, porque no habría forma de traer de un lado a otro todo lo que el Otto de los sueños habría hecho, así que deseaba en el fondo que la realidad verdadera imperara y no fuera una treta macabra del teatro del inconsciente.

Pronto llegó el despertar del sueño y ottO se encontraba en el mismo lugar de siempre, comiendo quién sabe qué sombrero desayuno. Desde la barra lo observé y seguía pensando que bien podía ser una alucinación producida por un trastorno del sueño, pero recordé aquellos artículos en los que se hablaba de la incapacidad de moverse en una situación de este tipo. Después se paraba y se ponía frente al televisor, con la firme convicción de que imagen tras imagen pasaban frente a él. Cuando me distraía, se paseaba por la casa, vigilando, observando, intentando tocar los objetos de los muebles. A veces oía caer objetos de madera, cajas, vasos de plásticos, cucharas, y me resultaba curioso que tuviera esta capacidad física para mover las cosas. Luego regresaba con su lento andar hasta que lo perdía.

Pero todo cambió aquella mañana. Me había ido a dormir más temprano porque el día anterior estuvo lleno de trabajo. A las ocho de la mañana ya estaba despierto. No era mi horario habitual, pero las ganas

de ir al baño me hicieron despertar. Me sorprendió no oír ruidos en la cocina, así que fui al comedor y la sala y ya no estaba. Regresé arrastrando los pies y entré al baño. Tomé una revista al azar y la abrí en un especial del sueño. Tras unos veinte minutos mis piernas se empezaron a entumir, así que dejé la revista con un pequeño doblez en la esquina en la página donde me había quedado. Volví a la cocina y me preparé mi tazón de yogurt con avena y luego me senté en mi lugar habitual de la mesa a desayunar. Por un momento me pareció que verdaderamente se había ido, pero un poco más tarde oí ruidos en el cuarto y luego en el baño y posteriormente lo vi salir por el pasillo y dirigirse a la cocina. La sombra se puso frente a mí, sobre la barra y simulaba desayunar no sé qué cosa. Ese día no trabajaría, así que pronto me senté en la sala para ver la televisión. Estuve así buen parte del día, mientras que la sombra se sentó en el lugar del comedor que yo había dejado libre. Cada quien realizaba sus actividades. Después decidí irme a acostar porque ya habían dado las doce. Era increíble como había pasado el tiempo tan rápido. Antes de acostarme fui al baño y al salir me dispuse a lavarme las manos y los dientes y pronto una sensación me hizo levantar la vista hacia el espejo que se situaba sobre el lavamanos y me pude percatar de la terrible verdad, que aquello era yo, esa cosa extraña a la que llamé ottO.

Escareño Dávalos, Jovany. (Jalisco, México). Estudiante de los últimos semestres de la licenciatura en Letras Hispánicas de la Universidad de Guadalajara. Se desempeña como asistente de investigación. Ha sido becario ProSNI en tres ocasiones. Obtuvo mención honorífica en el 5º Concurso de Crítica Literaria Elvira López Aparicio, otorgada por la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Φ

ÁNGEL ALEXIS ESCOBAR FLORES

Episodio I - Rompimiento

EN CUANTO TODO ESTALLÓ me percaté que no siempre fue indispensable vivir fuera de casa, salir con los amigos y llegar a altas horas de la noche oliendo a alcohol y sólo desear caer rendido en mi cama. No es indispensable salir repetidamente al supermercado sólo para distraernos con la rutina ajena. No es indispensable divertirse comprando en plazas comerciales cada fin de semana. Sin embargo, estos meses de confinamiento voluntario hemos aprendido a ahorrar, cocinar, aprender oficios que no sabíamos que teníamos esa habilidad, pero principalmente pasar tiempo con la familia, reír e incluso llorar por aquellos que fueron despedidos de sus empleos por los cierres temporales. Culminando el encierro saldremos temerosos, nerviosos y con ansias de volver a nuestros trabajos, porque no olvidamos que es nuestro sustento del día.

Mi nombre no importa. La experiencia ha sido un punto de reflexión sobre valorar lo que tenemos. El rompimiento de mi rutina fue catastrófico y aliviador, el descansar por un momento, pero han pasado los días, semanas y meses, y con ello el ocio se apodera de mí, los libros han sido parte de mi rutina, así también expulsar y compartir mi sentir con el exterior. El confinamiento domiciliario entre comillas ha aclarado aspectos con relación al tema de las cárceles, entender la rutina de los presos, agotar sus energías en ejercitarse, leer y pasar el rato. Sin embargo, nuestro castigo (entre comillas nuevamente) es corto; aquí rompo y abro los ojos de mi sueño, empiezo un nuevo día con la misma rutina. Al final, mi nombre si importará. Mi nombre es Ángel, y este es mi sentir con el tema de la pandemia, quiero que mi experiencia sea de ayuda a entender la situación que afrontamos. Este episodio de México será contado a mi hijo y cómo la colectividad lo confrontó. Esto es historia y quedará escrito para las futuras generaciones.

Episodio II - Revelación

LOS ATARDECERES rojos son avistados con los mismos ojos que parpadean ante un mar cristalino, azul y lleno de vida. La fauna retoma lo que le ha sido arrebatado, se regenera y se readapta a su antiguo hogar.

El aire huele distinto, el smog ha ido desapareciendo, la contaminación auditiva de los carros ha sido eliminada por el canto de los pájaros que vuelan en libertad, la libertad ha sido conseguida con la ausencia del ser humano. No es gratis que los centros comerciales, calles, ciudades y pueblos han sido tomados por animales salvajes que logran avistarse gracias a la ausencia del depredador dominante.

Escobar Flores, Ángel Alexis. Residente de Cuernavaca. Egresado de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Autor enfocado a temas históricos por formación académica, sin embargo ha abierto su escritura para literatura, micro ficción, narraciones, reseña y ensayo.

zona792@yahoo.com

Φ

SANDRA GALINA FABELA POBLANO

El vuelo del aire

UN ÁNGEL se eleva
al nivel de los aromas
En el vuelo del aire
nos nombra
en la mística del polvo
Brillo de luz
ligera arena indescifrable
ante sus ojos
Refugio de ausencia
son sus párpados
despeñadero del recuerdo

Ausencia inanimada

PARA CRUZAR el horizonte
es válido subir la cumbre
entre cascadas pétreas
donde el mirar es río
y el pensamiento un Anzar indio
que circunda danzante
sobre una fogata estelar

Todo es posible tras respirar la bruma
y vestirse de rocío
Me vuelvo pájaro fantasma
que atestigua la destrucción del mundo

Veo buitres alimentarse
de la inanimada ausencia de los muertos
de sus sueños
de la sed púrpura
que anega sus fosas clandestinas

Gobiernos genocidas
abren las compuertas del abismo
Lágrimas de fuego incendian mis alas
al contemplar la deforestación del mundo

El extinto trinar del Mirlo
hace notorio el silencio
los océanos son ahora tierra quebrada
donde fósiles marinos testifican
contra el hombre

Poemínimos

1

LOS LABIOS rojos de los árboles
se posan en el pavimento
para besar los pies descalzos
de los pobres

2

Sabía que los alerces
tenían ojos y hojas
pero no labios púrpura
para guardar el silencio

3

Efluvio
pensamiento celeste
al otro lado de la ventana

4

La palabra rompe los muros
de una larga noche

5

La poesía es flor de aire
dentro de su botón se esconde
el aroma de las edades
es una semilla que germina
la metáfora de la vida

6
La poesía se instala
en este encierro de caverna
es silencio expectante
que nos mira

7
Todo fluye ligero
la poesía es viento

8
La poesía manifiesta
los diferentes ritmos de la gracia
sabe a luz
que incendia el pensamiento

Fabela Poblano, Sandra Galina. Ha publicado los libros *Hilos en el Viento* (cuarta de forros de David Huerta del Fondo Editorial Tierra Adentro), *La Metáfora del Llanto* (Editorial Alforja, reseña de Dolores Castro), entre otros libros de poesía y novela. Se le antólogo en varios libros de poesía de diversos Encuentros Nacionales e Internacionales. Ha leído en Bellas Artes y en el Museo de Arte Moderno de la CDMX. Ha sido publicada en revistas culturales y periódicos de circulación nacional e Internacional, programas de radio, etc. Es Poeta, Promotora Cultural y directora de Editorial Letras de Barro.

Φ

OME GALINDO

Conciliación

LUEGO DE DIEZ SEMANAS de estar encerrados juntos, marido y mujer se miraron detenidamente después de haber terminado de comer su pedido por Uber Eats. La mancha de cátsup en la blusa, la barba descuidada del él, los kilos de más de ella: todo les recordó su adolescencia.

Entonces, fuera de las rutinas y del hastío de la vida cotidiana, se volvieron a besar para iniciar, en el anonimato de una casa cerrada, una segunda -y más vívida- luna de miel.

Cinderella

CUANDO EL RELOJ dio las diez campanadas, la mujer de cenicientos cabellos salió corriendo a su casa, temía que la policía la detuviera por romper el toque de queda.

En su camino, se le cayó su mascarilla FFP2 reutilizable. El sujeto recogió el preciado objeto: le pertenecía a esa chica; no, en estos tiempos estas cosas valían mucho. Se la colocó en la cara: calzaba perfecto.

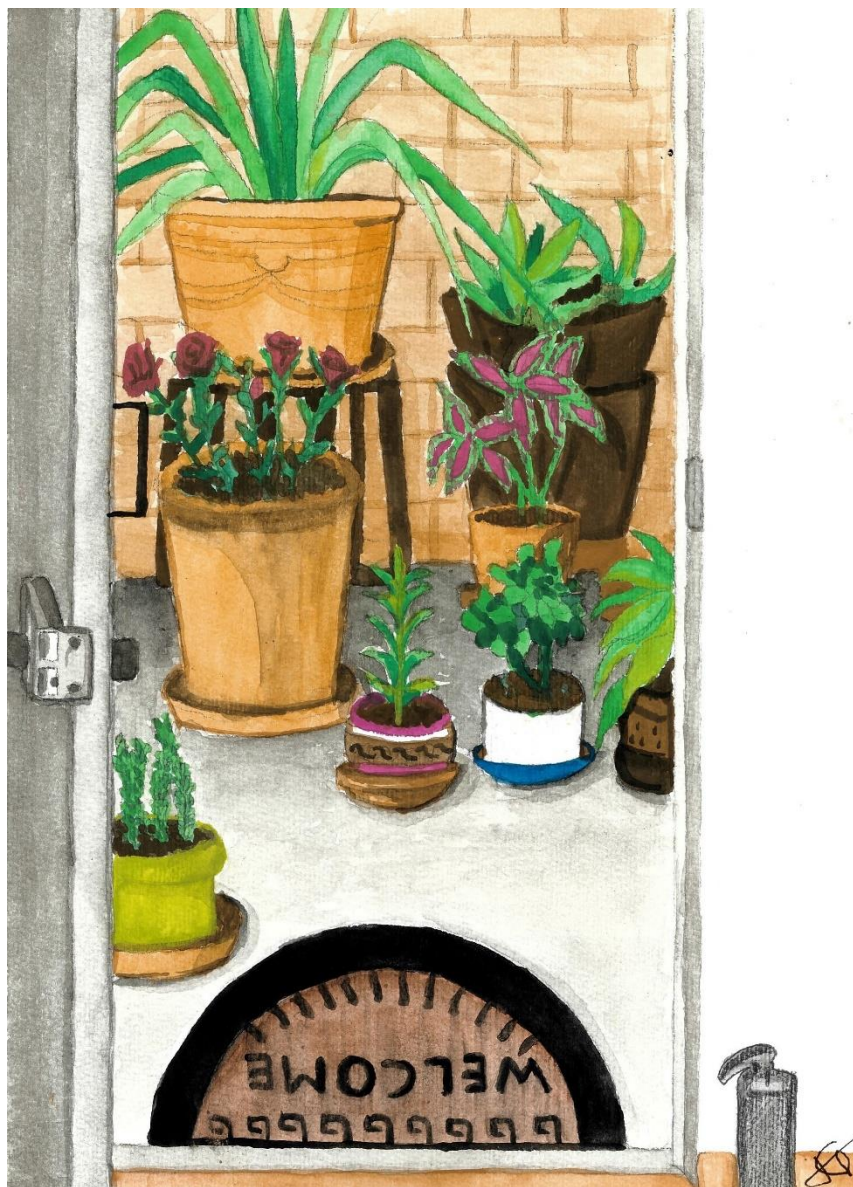
Segundo cajón a la derecha

YA HABÍAN PASADO más de 40 días y Netflix había dejado de interesarle a los niños que ahora sólo deslizaban el dedo en la pantalla para seguir viendo un feed eterno. Recordando sus años de juventud, el abuelo regresó a ese verano del 63 cuando jugó por primera vez Beisbol de Dados: el juego de mesa. A paso lento, buscó en el ropero y colocó en su andadera el tablero de madera y las canicas.

A pesar del “viejo ridículo” o del “qué fastidio” que varios de los reunidos pensaron; esa noche se convirtió en algo más valioso que la selfie familiar-retrató: fue un instante de juventud eterna, de cuento de hadas.

Galindo, Ome. (Guadalajara, 1986). Es doctorante en Humanidades y docente de la Universidad de Guadalajara. Su obra ensayística ha sido recogida en varias revistas y libros, siempre hablando sobre lo fantástico. Por otro lado, su creación literaria se puede encontrar distintas antologías. Es Jefe de Edición y Locutor del podcast cultural Las 9 noches. Además, es miembro del Programa Nacional de Salas de Lectura de la Secretaría de Cultura en México.

Φ



Guillermo Jiménez González ½ “Mi vista en cuarentena”

JUAN CARLOS GALLEGOS

Desde entonces*

EL VIRUS MUTÓ, para ser más contagioso y letal: el aislamiento, ansiado por todos, siguió. Sólo los autos desafiaban las distancias, cada vez menos, pues el transporte público era un gran foco de contagio. La población alteró sus actividades aún más. Hubo quienes decidieron vender comida o artículos relativos a la salud donde vivían. Más y más profesores, hartos de las extenuantes jornadas laborales en línea, renunciaron y dieron clases presenciales más relajadas (a la distancia segura de 4 metros). Sus alumnos eran chicos sacados de las escuelas, debido a las también inacabables tareas. Como la red era el lugar favorito de la delincuencia, por el alto uso de transacciones en línea, tanto profesionistas como quienes ejercían oficios comenzaron a trabajar cerca de casa, para cobrar en efectivo.

Tras más cambios, la gente acabó por hacer vida en una pequeña zona. La avenida a diez calles de distancia, a partir de donde cambiaba el código postal, se volvió como la frontera de un país vecino. Luego, un efecto paralelo se dio en internet. El cansancio generalizado ante el uso masivo de videollamadas y lives tuvo lugar finalmente, respaldado por la filosofía del “Vive tu zona”. ¿Qué caso tenía comunicarse con parejas, parientes, amigos que vivían a muchos kilómetros de insana distancia, en esa cuarentena sin fin? Y es que nuevas amistades y amores habían surgido en los barrios, y otros lazos familiares se tejían ya sobre los antiguos.

Cuando el virus por fin cedió, ya había jóvenes que no recordaban el viejo mundo. Nadie hizo caso a las autoridades. Se confiaba en los jefes de colonos, quienes desacreditaban los anuncios sobre el fin de la reclusión, mas no en Gobernadores y Presidentes, desafortunados seres de ficción no vistos por nadie, y en quienes los más viejos, únicos capaces de recordarlos, nunca habían creído media palabra sobre nada que dijeran. Poco a poco los avisos se volvieron silencio.

Desde entonces cada persona ha hecho su vida en un área de no más de 1.5 kilómetros a la redonda de su hogar.

El monstruo más horrible de todos**

COMO era previsible nadie llegó a salvarme. La soledad me devoró.

Una de tres

EL DEMONIO se le apareció en la encrucijada, como respuesta a su llamado. Solo los dos estaban ahí, en esas soledades bañadas por la luz de la luna. “*¿Que si tengo el poder de hacer que todo acabe?*”, dijo el Demonio, y rio de manera tenebrosa. “*Puedo, pero es mucho lo que pides*”, siguió. “*Y además, la gente no quiere que esto termine*”. Y ahí empezó el supuesto diálogo. Y así, acordaron apostar: ir con tres personas, y si tan sólo una de ellas quería, de corazón, que todo terminara, las cosas volverían a ser como antes. “*Si ninguno de los tres anhela el término de todo esto, perderás, y ya sabes qué reclamaré de ti*”. Se hizo el trato. El Demonio incluso permitió que eligiera con quiénes ir, tan seguro estaba.

Primero fueron con su mejor amigo, siempre tan ingenioso para salir adelante, tan colaborador con todos. Ahí estaban con él, pues el Maligno se adoptó la invisibilidad. “*Perdí mi trabajo por todo esto, no veía cómo salir del problema*”, dijo el amigo. “*No me juzgues, pero sabes todos los gastos que tengo: mantener a mi hija, los pagos. Ahora vendo cubrebocas y no me va tan mal. Es más, a veces quisiera que esto no terminara*”. El Demonio detuvo el tiempo, y sólo los dos pudieron moverse. Así el Maligno le mostró los cubrebocas almacenados luego de recorrer calles, sucios, y luego muchos otros, ya limpios, lavados.

La segunda fue una amiga suya, una profesora. Siempre tan amable y dedicada a sus alumnos. No fue necesario que el Demonio hiciera uso de sus poderes. “*¿Pues a poco no es más cómodo trabajar así? Digo, las dos escuelas me quedan tan lejos. Me ahorro la gas, ¡no manejo con este el sol! Aquí sólo me pongo el saco para las videollamadas, y puedo andar en sandalias y shorts. ¡Estoy mucho más cómoda! Ojalá esto dure buen rato*”.

Eligió con recelo, ya no confiaba tanto como antes, y era su última oportunidad... La conversación con esa última persona iba bien, aunque al poco tiempo empezó a llorar y decir que no se sentía bien, que tenía mucho estrés por el trabajo ahora hecho de manera virtual, que se sentía mal porque su pareja se había ido. No quería ver a nadie, se sentía tan mal, y prefería estar así, sin salir, vivir de manera aislada. El mundo siguió, los tres visitados agradecieron esa noche que las cosas no cambiaran y el Demonio lanzó una risotada, luego de cobrarse y desaparecer.

Gallegos, Juan Carlos. (Guadalajara, 1983). Egresado de la Maestría en Estudios de Literatura Mexicana de la Universidad de Guadalajara. Autor de *La rubia despampanante y otras microhistorias* (Effictio, 2014) y *Monstruos de bolsillo* (La Tinta del Silencio, 2018). Algunos de sus textos aparecen en más de 10 antologías de minificción (de México, Perú y Chile), una de cuento, una de haikú y una más de ensayo académico. Ha impartido talleres de minificción por varios años.

*Publicado en *Brevirus. Antología de minificciones* (Brevilla, 2020, Santiago de Chile).

**Publicado en *Monstruos de bolsillo*. (La Tinta de Silencio, 2018, México).

Φ

MADAME FETISH

Una mañana desperté

ESA MAÑANA desperté sin ganas de vivir, parecía que toda ilusión dentro de mí se había ido. Poco a poco mi estado anímico decae, cada vez el hastío, letargo, agotamiento, pesadez, se apoderaban de mí ser. Eso no era lo peor, sino cómo este estado afectaba a los demás. Tuve mucha fiebre y dificultad para respirar, sentía que me ahogaba mientras dormía.

Al principio despertaba interés en los demás y se preguntaban qué pasaba conmigo, por qué alguien como yo podría sentirse así. Después llegó la preocupación, ese momento en el cual las cosas no pintan bien, como todo mi cuerpo comienza a resentir. Mi semblante cambió, parecía de enfermo terminal resignado a que sus días estaban contados y únicamente le quedaba su lecho de muerte. También adelgace. Tenía semejantes ojeras, tan profundas que en el fondo se hallaba la tristeza más honda, mis ojos estaban hundidos de tanto llorar, sin encontrar alivio, habían perdido el brillo. De mis labios sólo salían sollozos sin sabores, esa sonrisa se había desvanecido; mis pies parecían de plomo, casi no podía levantarlos para caminar.

Todo se deterioró, la salud, el cuerpo, las ideas, pensamiento, podría decir que la vida. Después la pandemia azotó vilmente nuestro país, el confinamiento social nos aisló de nuestros seres queridos, a los cuales no valoramos cuando aún se permitía el contacto físico. Ahora en tiempos de Coronavirus había toque de queda, tenías que usar guantes, cubrebocas y careta. El home office y las redes sociales alimentaron el ocio en casa, viendo Netflix, haciendo videos en Tiktok, pidiendo comida con servicio a domicilio, la lista del super hasta la puerta de tu casa y la ley seca... para que no hubiera borrachos echando bronca y violentando más desde sus hogares.

Acudí al médico, quien me reviso, cuestionó mis síntomas, me tomó la presión y temperatura, y me pidió que me hiciera una prueba rápida en ese momento. Preguntó si estaba embarazada. —¡Nooo! —dije —*Tendremos que descartar las posibilidades* —replicó el doctor. Le dije

todo lo que sentía. El doctor elaboró una receta, que consistía en: analgésicos, antihistamínicos, vitaminas y antidepresivos.

Su diagnóstico fue: —*Mire, señorita, tome sus medicamentos, no se angustie, presione o estrese. Se le darán 15 días de incapacidad inicial pagados.*

—*¿Qué tengo?* —pregunté.

—*Usted dio positivo al Covid-19.*

Fetish, Madame. (Claudia Irubí H.) De niña soñaba con las hadas, quería conocer un unicornio, ser una gran pintora. Empezó a escribir rayando las paredes de la casa, quería viajar por el mundo y vivir cerca de la playa. Aún sueña con las hadas, todavía no conoce el unicornio, sigue escribiendo cuentos eróticos, de vez en cuando pinta al acrílico, vive en Mérida y ya ha viajado por el mundo; ha cumplido sus promesas en la medida de lo posible. Es escritora erótica, disfruta del placer carnal, las parafilias sexuales y la experimentación, dañar sus pequeñas mentes provocando orgasmos y dejando secuelas irreversibles.

Φ

MARIO FICACHI

La conferencia de las siete

UNOS MINUTOS antes de las siete de la noche, el doctor Hugo López Gatell pasa al sanitario, orina, se acomoda el cinturón y sube el cierre de la bragueta. El faldón de la camisa le ha quedado abultado; entonces, repite la acción de acomodarse la prenda para volver a ceñirse el pantalón; se mira en el espejo; aprueba la selección que ha hecho de su corbata, ni ancha ni delgada, de color pálido, que hace juego con el color de su piel y contraste con el color de la camisa; desde ahí escucha el barullo de los asistentes en el Salón de la Tesorería del Palacio Nacional y piensa: “¿Cuándo terminará esta tortura?”. Se lava las manos tomándose el tiempo necesario; luego se dirige al secador automático, pero prefiere tomar el papel doblado que le ofrece un empleado a quien sonríe con acto reflejo.

—*Compermiso.*

Sale hacia el pasillo, carraspea para no echar gallos frente a su fiel audiencia; saca del bolsillo una botellita de agua, se detiene, la abre, le da un trago, vuelve a carraspear, asiente. “Estoy listo”. Se despidе del valet de los sanitarios que lo observa desde la puerta del baño mientras piensa: “Debí estudiar medicina”.

Nuestro hombre respira hondo, entra al enorme salón proyectando firmeza y determinación. Mira apenas la profundidad del lugar, va a su silla, coloca su botellita de agua al frente, la reacomoda. Regala a todos -y en especial a las cámaras de televisión- una sonrisa apenas dibujada. “Un día más, ¡estoy listo!”.

—*Buenas tardes, son las siete en punto del día tal del año tal, estamos en el tal lugar de tal palacio de tal ciudad, capital de tal país para actualizar la información de tal virus de tal enfermedad.*

Ahí, en espera de su presencia, están las y los periodistas de diferentes fuentes; la señorita que diario ocupa el mismo lugar al frente cruzando la pierna para obligar a ser foco de atención (hoy viene vestida de rojo con un escote mediano que la hace ver bastante atractiva, y estrena zapatos). Es trigueña, de ojos grandes y labios carnosos. Sabe que llamará la

atención del doctor y está nerviosa porque piensa que quizá hoy no le dará la palabra. Sabe además que, mirando directamente a los ojos del Subsecretario, él reparará en su presencia. Sabe también que deberá exponer su pregunta clara y brevemente; espera que el doctor adivine sus pensamientos. “¿Se acordará de mi nombre? ¿Se acordará?”. Suspira.

También está el joven guapo con camiseta pegada al cuerpo. Es un hombre de unos 25 años; discretamente se sienta dos o tres líneas atrás. Ya ha formulado preguntas antes; y espera que ahora el doctor Gatell le permita hacer otra muy bien redactada. Viene peinado con propiedad, ni muy largo el cabello para parecer desprolijo ni muy corto que le sume edad. Su mirada es profunda, su voz grave, su expresión corporal le otorga cierta notoriedad. Viene en colores oscuros para que el gafete de periodista se note. Sonríe al ver entrar al salón a quien dedica su tiempo, en las noches, redactando esa pregunta que hará sonreír al subsecretario de salud. Llena sus pulmones de aire, su pecho es ancho y lo presume. “¿Se acordará de mi nombre? ¿Se acordará?”. Suspira.

Otros están a la espera de que los sesenta minutos pasen pronto. Volverán a escuchar al doctor Hugo como lo han venido escuchando hace ya varias semanas. Pueden pasar desapercibidos, incluso cuando los han elegido para preguntar. ¡Qué vergüenza! Se han visto torpes mirando su teléfono celular, han hablado descuidando las formas y han vuelto a su lugar decepcionados de sí mismos: “¡Debí saludarlo primero! ¡Ni siquiera di las gracias! ¡Carajo, no dije que le mandaban un saludo mis tías que diario lo ven en la tele! ¡Qué oso! Debo prepararme más. A ver si no me regañan en la redacción”. Suspiran.

El aburrimiento es igual para todos. Gatell expone. Gatell responde. Gatell da clases de estadística, de medicina, de epidemiología, de la pandemia, de las agravantes, de las agravantes y de las agravantes a la enfermedad causada por el virus SARS-CoV-2, que, “Recuérdelo bien, se llama Covid-19. Quédense en casa. Quédense en casa”. Lo ha logrado una vez más: explicó, explicó y volvió a explicar lo que es un tapabocas y porqué deben o no deben usarlo. Hoy le han pedido ponerse uno:

—*Sí, doctor ¿Cómo se pone?*

—*¡Ay! que bien se ve...*

—¿Lo va a usar de ahora en adelante?

—(En coro) *Sí, Sí que lo use, que lo use, que lo use...*

—*No, Jejeje, no... ya me pusieron nervioso. ¡No!*

Las barras, las curvas y el consabido “La siguiente por favor” va haciendo que la conferencia de hoy, como la de ayer y seguramente la de mañana caigan en un desinterés agobiante por parte de los asistentes al Palacio Nacional y, lamentablemente, de los espectadores desde sus casas.

Alguien murmura “¿Cuántos muertos son hoy? ¡Ah! Pues es el dato que me importa”; y piensa: “¡A ver cómo le hago para parecer inteligente denostando a las autoridades sanitarias y al Presidente!”.

“Son las veinte horas con un minuto. Mañana empezamos con usted”, dice al micrófono el doctor Gatell, señalando a algún reportero; se pone de pie y comparte un pensamiento unánime con los concurrentes de su conferencia y con todos quienes la hemos visto por Canal Once: “¿Cuándo terminará esta tortura?”.

Ficachi, Mario. (México, 1948). Inició su carrera como actor profesional en el Teatro Universitario en 1972. Fundó el grupo independiente Contigo América con Blas Braidot (†) y Raquel Seoane (†) en 1981. Ha actuado, dirigido y escrito unas 80 obras: *Fridísima* (Berlín, 1999), *Mendel Padre de la Genética* (2014), *¡Que se abra el telón!* (2016), *El Teatro* (2017), y *El Teatro 2* (2019). Formó parte de la plantilla de maestros de la Escuela de Teatro Popular (EUTP) del Cleta-UNAM (2013). También es autor de la serie *El León enjaulado*, publicado en las redes sociales con motivo de la crisis sanitaria 2020.

Φ

PATRICIA FONSECA

Hilarando

QUISIERA TENER manos por dentro
y azotar mi glándula tiroides
para ver si reacciona.
Mi pecho galopa como caballo desbocado.
No sé, si era preferible sentir mariposas
en el estómago
o ese hormigueo de nostalgia.

Me duele ver sus ojos tristes
que no miran como antaño,
sólo porque prefiero
la sombra de un árbol y
dejar a un lado
mi extraña ambigüedad
de saber por qué la luna no es de queso.
Ver la maleta que recorre
playas, países, aeropuertos
con mi ausencia por delante.

Era agradable sentir el viento
recorriendo mi cara
en la oscuridad de la noche
oyendo a Sabina,
cantando lágrimas,
refrescando mis piernas
como peces en el río.

Tal vez es vida y muerte,
algo que vino fresco y se marchó
con su música a otra parte,
un arlequín que llegó
en el mejor momento,

se fue cuando no era necesario
derretir la bola de nieve
en la boca,
dejar que el vino y la música
se queden en un rinconcito,
en un trozo de tiempo pasado
extendiendo los brazos,
impidiéndome el paso.

Sólo eran ganas de sacarme una sonrisa.
El viento es viento, es aire, es libertad
o es sólo polvo que me ahoga en las noches
o esta glándula floja y holgazana
que no quiere trabajar,
está vieja la pobre,
añeja, rancia, estúpida, loca.

Fonseca, Patricia. Es autora de libros para niños: *La jirafa*, *De mascotas y juegos electrónicos* y *El mundo que habita bajo la cama* y para adultos de la novela *Negra como la noche* y de la colección *Letras Andarinas*. Su obra ha sido recogida en las Antologías: *La Voz en Tinta*, *Asociación de Escritores de Tapachula*, *Memoria en blanco* de la colección Biblioteca Chiapas y en *Punto de fuga* de Espantapájaros editorial.

Fb: www.facebook.com/letras.andarinas/

Φ

AURORA FUENTES RODRÍGUEZ

A Lalo, Inés, Sindi y Susi

CON *CHOLE* en casa, recorro una a una cada habitación,
a las tres recamaras les he dado ocupación,
una cada día para sentir que cambio de hotel,
y cuando en el mismo lugar pernocto
es porque tomé paquete de tres días y dos noches.
Hablo y platico mucho, a veces me disgusto
conmigo misma y me dejo de hablar.
No dura mucho el mutismo, en una visita
al restaurante de la cocina me reconcilio.
¿Qué, quién me acompaña en esta travesía?
Lógico Lalo-cura y Soledad.
¡Ah!, pero no por mucho tiempo,
hoy en esta insania recibo a otra visita
que todo lo cambia de lugar,
me tiene toda revuelta la linda *Inés-tabilidad.*
Ya no quiero acoger a nadie,
ya no hay espacio para más,
todo me causa quebranto, no salgo a trabajar.
Abro mi bolsa, miro mi cartera y efectivamente,
ahí está *Sindi-nero.*

¡Váyanse! ¡Váyanse todos!
¡Déjenme vivir en paz!
Únicamente que se quede *Susi.*
¡Sí! Con *Susana-distancia,*
pronto, todo pasará.

Recelo y llaneza

NOS IMPUSIERON una cuarentena que se pasó de ochentena,
llenándonos de miedo que cuajaron entre mentiras y verdades.
Destrozado al comercio, la economía cayó al piso.

¿Cómo derribar estos sentimientos y regresar a la confianza?

Cuántas cosas murieron, es grande la afección.

Lo que se rompe, se repara, pero no vuelve a ser igual,
deja cicatrices que no se pueden maquillar.

Aprendí a saludar sin tocar, a dar abrazos en soledad,
mis caricias eran virtuales para no contagiar,
inocular algo que no tenía, pero podría llegar.

¿Será que debo llorar?

¡No! me alegro de estar viva, de estar aquí y con salud,
bendigo lo que he vivido y el aprendizaje que adquirí:

la tierra necesitaba un respiro,
mi conciencia un momento conmigo a solas,
y que la unión familiar se restableciera.

Valoré tener un techo, una cama donde descansar,
alimentos sencillos que bien degusté.

De cargar lo inútil, hoy me siento liberada,
satisfecha de la limpieza general que realicé.

¡Libre! ¡Por fin me siento plena!

¡Emancipada de la pandemia!

La vida debe seguir.

Contingencia

TENDREMOS que quedarnos en la casa,
buscando darnos bien seguridad,
tanto en el campo como en la ciudad
mientras la horrible contingencia pasa.

El tiempo pasa lento y se retrasa
temiendo al virus lo hacen majestad,
quien pone al mundo pleno en soledad
y la ciencia parece que fracasa.

No se encuentra la cura para el mal,
de recapacitar llegó el momento
modificando toda la moral,

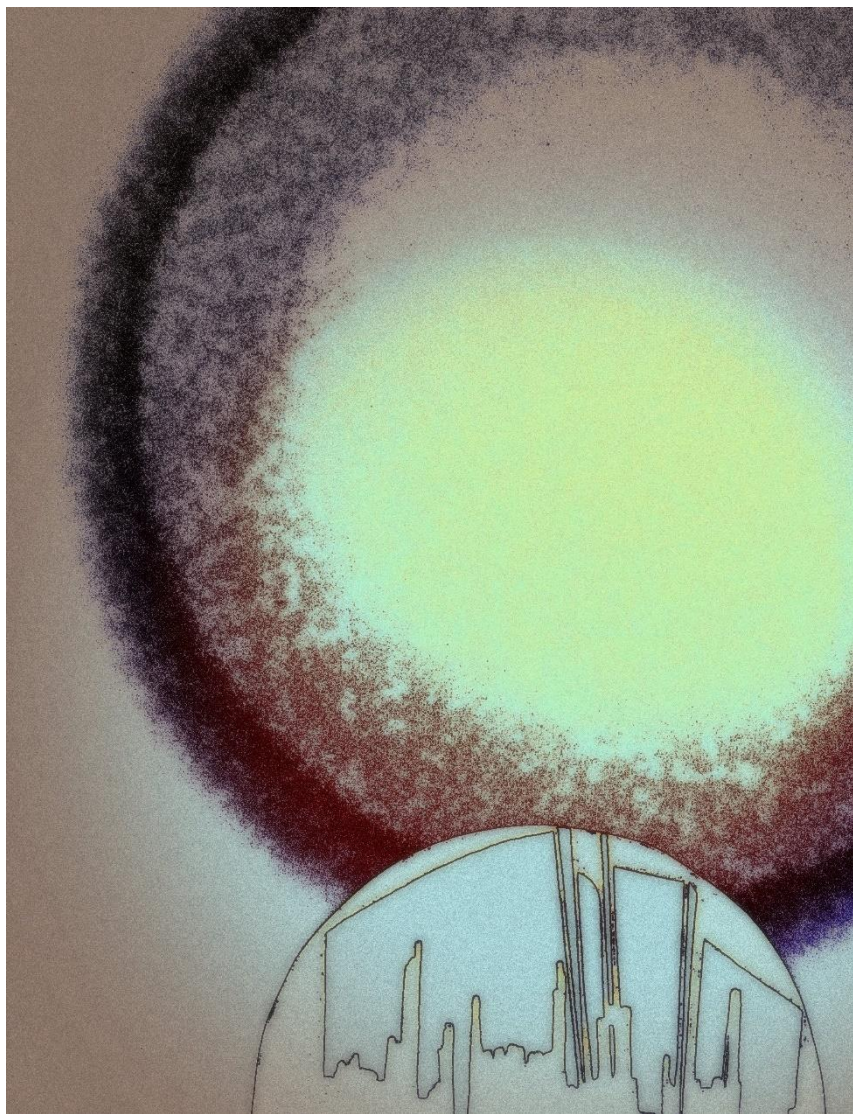
dejando de reñir tan habitual
con armonía alzar el sentimiento
gozando de la vida al natural.

Fuentes Rodríguez, Aurora. (CDMX, 12 de enero de 1962. Radica en Temoaya, EdoMéx). Escritora, poeta y cuentista. Ha publicado tres novelas y participado en más de 50 antologías nacionales e internacionales de cuento y poesía. Sus textos han sido traducidos a las lenguas: náhuatl, mazahua, purépecha, mazateco y zapoteco. Así mismo, constantemente promueve la cultura en eventos y festivales en diversos estados de la República Mexicana. Actualmente trabaja en su cuarta y quinta novela, así como en un poemario y libro de ficción breve de cuentos infantiles. Participa como actriz en el cortometraje *Endemia*, para hacer conciencia de rescatar a los animales en peligro de extinción.

Correo electrónico: aury-fuentes@hotmail.com

Fb: Aury Fuentes.

Φ



Donaji Ulloa 1/2

NELLY GALLARDO BORGES

La última hora

SONÓ EL RELOJ tic, tac...
acompañante sonido eterno,
es la hora dije, no me escuché.

Sentí volar mis huesos y mis carnes
en una figura que cae en el vacío,
divagué no sé cuántas estaciones
hasta encontrar un lugar desconocido.

Una voz me dijo —*Llegaste a tiempo*—
devuélvele tu barca en el último espacio
acércate, permanece a mi lado,
como autómata seguí sus pasos.

Sentí ser pluma en el aire
en una fresca mañana de radiante luz
no tuve que hacer caso del reloj
su tic, tac, para mí... había cesado.

Gallardo Borges, Nelly. Autora de: *Cuentos que son puro cuento... y algunos no tanto*, *Mar de Melancolía (Poemas escritos con el corazón)* (Secretaría de Educación del Estado), *Vacaciones y otros cuentos* (Editorial Surdavo), y *Emociones Entrelazadas* (Secc.40 del SNTE). En las antologías: *Cuando sopla el Viento*, *Amanecer*, *Colación de cuentos*, *Festival de las Artes*, y *Primera Antología de Narrativa Chiapaneca*.

Φ

EDGAR DARINEL GARCÍA

La'banel

LI XOJOBAL ch'ut te'etike ta xch'aybatel
ta stsajal maleb k'ak'al
ta xbon ta sbonil mutetik
chk'ejovinik sventa tsvayu'btas te'etik.
Li sk'ixnal svilel ch'unuketike
ta sta ta ik'el saksevuletik ta k'ixnal uj.

Contemplación

La luz de los cedros consume el día
la tarde tenue escarlata
se viste de pájaros
anidando el sueño de los árboles.
El tibio aleteo de las termitas
invocan relámpagos de abril.

Jkot ts'i'

JI CHAMXA li ts'i' tschabi li snajil ja vo'ontone
tana buch'uxa chti'van k'alaluk muk' li'oyote
buch'uxa ta lo' li spajal voch'al ja sate
buch'uxa tsi'mtes li schitomol schobal ja vayiche
buch'uxa tslek' ja ts'uts'el

Ji chamxa li ts'i' tsk'ux' li staki nukulil sch'abel ja vej
ji chamxa li ts'i' chok'ita sxojobal ja sate
cham ta vi'nal, muk' xava'kbe jpechuk svajil ja k'ob
la slek' schi'al milvane k'op
ja' jech toj vokol ji ju' li s-anil lajele.

Un perro

Ha muerto el perro que custodia la casa de tu corazón

ahora quién ladrará tu ausencia
quién comerá el pozol agrio de tu mirada
quién ahuyentará los jabalíes en la milpa de tus sueños
quién lamerá tu insípido beso.

Ha muerto el perro que masca el cuero viejo de tu silencio
ha muerto el perro que aúlla la luna de tu mirada
murió de hambre, nunca le diste una tortilla de ternura
lamió el veneno de tus palabras
así de complicado fue su sencilla muerte.

Indicios

A VECES la soledad se aburre de uno
es un indicio de la quietud
a estar alerta a la incertidumbre de pensar en mí
Si las ausencias ejecutan piruetas macabras
desde la mudes de tu rincón
aconsejo que el escarabajo nocturno dejes entrar en los oídos
con sonidos insomnes
y escuches cómo emerge la voz del sueño
Invoca el nombre del último perro
que custodiaba tus pasos
comprueba si asiste en forma de ciervo
a lamer la sal de tus ojos
Se vuelva charco en tus pies
laguna o mar que se hunde con el olvido
El cielo entonces escupe un colibrí
perdido a propósito
para el deleite de los instantes fugaces
Eres alguien muy mío
vistes alas de colibrí
-No, es un buitre nocturno
devorando los restos de una memoria en ultimátum
le arrancas las alas y vuelas
el frío acaricia el frágil ropaje de tus huesos-

El corazón recuerda
desde su inalcanzable sueño de fuego y arterias
las letras quebradizas de mi nombre.

García, Edgar Darinel. (Huitiupan, Chiapas, 1990) Escribe poesía en lengua indígena tsotsil y español. Ha publicado *En el altar de una casa abandonada*. En el Periódico de Poesía de la UNAM. Cinco poemas en tsotsil y español en la revista digital *Carruaje de Pájaros*. También, en la antología poética *Vertientes* (letras de pasto verde) 2018 y la *Antología de textos literarios en lenguas originarias II* (Secretaría de Cultura de Tabasco) 2016.

Φ

JORGE LUIS GONZÁLEZ

Poema

NO ES LA SOMBRA donde esperamos.
Ni la mascarilla que enmudece el rostro.
Tampoco el tiempo que se ha hundido en un hueco que aún no toca fondo.
Menos la mirada que viaja más allá de nuestras costas presenciando la suma de todos los miedos: la distancia que nos hemos impuesto cuesta tanto soportar al despedir a los nuestros, sin un abrazo.

Yo, Isabel

*...hay momentos en los que la realidad te azota
y lloras con la luz apagada de cara a la pared.*

—Záyin Villavicencio

SOY MORENA, de ojos y cabello castaño. Este año cumpliré 60. Tengo una nieta de diez que se muerde las uñas desde que lo supo; supo que no estaría más con ella. Dice que extraña las historias que le contaba. Que mi voz no la acompañará en sueños para evitar las pesadillas; pues ahora, a las pesadillas, suele encontrarlas estando despierta.

De pronto me vi sola de noche en un hospital, rodeada de médicos, y a lo lejos, escuchaba el grito de la gente clamando por sus deudos. Estaba allí, tendida en una cama sin saber de nadie, sin saber si la madrugada llegaría otra vez a mí, una vez más.

Nunca imaginé mi muerte. Ni siquiera a modo de una película de terror. Y es que nunca piensas que lo dicho por los noticieros pueda sucederte; pueda la realidad tocar tu puerta o entrar por una ventana.

Siempre fui una mujer que no se dobló ante la adversidad. Pero llegó hasta mí, invisible; y lo peor de todo es que, una vez contagiado, lo invisible puedes serlo tú para los demás.

Soy Isabel, la víctima 2020; mismo año en que comenzó nuestra tragedia.

DESDE MI ventana...

en el zenit de la pandemia: mi sombra y yo somos uno, somos desierto.

González, Jorge Luis. Devoto de la fascinación por las historias imaginadas, la verosimilitud del ensayo y la búsqueda del otro y uno mismo en la poesía; tiempo atrás, dejó de lado la publicación de artículos científicos por la escritura de textos literarios. Comparte la idea de que la ciencia y la literatura son los dos ámbitos del saber donde la invención logra expresar el nivel más elevado de genialidad. “Escribo porque, de repente, siento unas ganas irresistibles de no hablar en serio”.

Φ

DANIEL GUZTER

Premura del tiempo

AL CRUZAR la puerta,
finando la guerra,
sellando el miedo,
me celebro,
y voy más allá del pulso
y su ritmo sereno.

Despejada la conciencia,
me sorprende el después
-consecuencia del momento-,
y me pregunto ya sin prisas,
sin guerra que agendar,
sin muro al que implorar,
a qué hora
o a qué luna
o a qué sombra
llegará por mí
la premura del tiempo.

Y me descubro
mirando al infinito encarnado
en su aura incolora,
fruto del silencio,
ameno en su forma inmortal.

Su orden oceánico,
fantasía en desvelo,
de longeva divinidad;
energía que goza de los sentidos
y conoce el sabor
de la sabiduría,
por ende,

la permanencia de su imperio.

Qué eterno enigma,
su declaración ante mí,
donde lo que fue antes
ya es más antes
y el ahora lanza un suspiro
que no se cansa,
que no se queja
que no duerme,
ni se turba.

Entonces,
encarnado Aquello,
porque sí,
evita la luz,
mi esencia y mi defensa,
y así cedo
y emigro de todo,
menos de Aquello.

Guzter, Daniel. (Queretaro, 1998). Pertenece a la casa de baile internacional House of Apocalipstick y al colectivo de Danza contemporanea Color piel. Forma parte del colectivo poesía visual de Mil mentes por Mexico. Sus textos han sido publicados en diferentes revistas literarias y culturales, entre ellas *Nèmesis*, *Melodrama*, *Teresa Magazine*, *Kosmocreativos*, *+literatura* y *Elefante Blanco*.

FB: Daniel Guzter IG: da_guzter

Φ

EDUARDO H. GONZÁLEZ

Manto de hojas y agua

a Rubén Bonifaz Nuño

1

SUCEDE QUE a veces,
con la certeza del vacío en el estómago,
nos sentimos decididamente huérfanos.
Es como si rechináramos los dientes
hasta sangrar en la duda, como si volviera,
apenas abiertos los ojos al tiempo,
el recuerdo de nuestros padres,
su ausencia semejando la migaja del día.

Es el silencio que insiste en aquietar los pasos.
Y nos encontramos tocando las notas precisas
de una música que nadie quiere ejecutar.

2

Nada existe sino el poema,
insiste en el pecho simple, pero lo ajusticia,
arma crisoles, la malicia de las horas,
se hace transparente.
Todo existe bajo el designio del poeta.
Convierte al agua en su manto
y la soledad en su destino
y las hojas en la tersura que nunca
ha sentido: se hace eterno.

El poeta no sabe para qué sirve el poema,
lo respira, sabe cumplir el quehacer diario:
sus versos lo salvan por algunos instantes
de la angustia de no saber por qué escribe.
Sin embargo,
se conmueve antes de que arribe el verso.

La poesía es su destino y el desatino también.
El verso le lava el gozo y lo desnuda
dejándolo como el primer día en que parte
la primavera; hace de él el tibio simulacro
de estar muriendo.

3

Sucede que a veces, el poeta encuentra una mujer
y le entrega su desdicha,
la promesa por siempre incumplida.
La penetra, a la mujer, con su soledad y su desdicha.

¡Aaah, mujer, qué infortunio acoge
la pleamar de tu alegría:
cedes ante los labios dolidos del poeta!

Pero, qué necesaria es la congoja para el poeta,
el acto sencillo de confundir su mirada
con la ausencia de la mujer que ama.
El poeta declara, cada día, la marea que lo arrincona
a la alegría, a la muerte, a la poesía.
Sabe desmenuzar sus lamentos,
regar el jardín de sus pecados, dislocar sus huesos;
disolverse a sí mismo.
Sabe, ante todo, el mínimo acto en que se perfila
la angustia: su destino de poeta.

Sabe velar el sueño de los que sueñan,
y sabe cantar, aunque en cada palabra
se imponga el desplome de su voluntad.

Sabe el poeta llegar a la cita, no la evade.
Bebe la dudosa evidencia de saber que todo termina.
Y entonces, como un niño que acoge entre sus brazos
el temor, encaja su rostro entre las piernas
de una mujer, permanece quieto, apesadumbrado,

con su corazón que tiembla solitario...

H. González, Eduardo. (México, D.F., 1975). Es docente de tiempo completo. Ha publicado poesía, cuento y ensayo literario en EE.UU., Chile, Argentina, España, El País Vasco y México. Estos poemas fueron publicados en la Antología Internacional de Poesía *Contra molinos de viento* en Argentina.

Φ

ERICK ALAN HERNÁNDEZ ORTEGA

Soledades

HAY UNA LLAMA en el espejo
que clama tacto y reencuentro
porque hay veces que olvido de ser yo
y esquivo otros mundos posibles,
ceñido de mis ficciones cotidianas
sólo me anido de tiempos mejores,
el insomnio crece a cada enajenación
y florece una chispa interna;
 reconocerme a mí
porque soy todos mis muertos
soy los otros en la colonia
soy mi familia que no conozco
y las manos de mi madre,
las oraciones de mi abuela,
soy los pecados heredados
y el abandono de mi padre.
Espacio abierto dejo mi pecho
para que la habite el incendio de utopías,
nunca estamos solos, ni cuando soñamos.

Hernández Ortega, Erick Alan. (Ciudad Sahagún, Hidalgo, 1992). Escribe poesía y hace música. Dirige la editorial independiente Xihuingo ediciones y Fanzine Kiosco Volador. Promueve la poesía oral, la música y la escritura creativa en espacios jóvenes de la Altiplanicie Pulquera de Hidalgo, México.
Φ

MARICELA HERNÁNDEZ

¿Para qué?

A MITAD de un acontecimiento que nos obligó al encierro,
decidiste entonces hundirte en un profundo sueño.
Sacudiste mi ser con incomparable fuerza,
ni siquiera pude hilar palabras,
sólo entré gritando tu nombre: ¡Alejandra!
Quise levantarte: “nena olvidé que ya no eres una pequeña”.
Te desvaneciste en mis brazos y el miedo se apoderó de mí,
la ayuda llegó de inmediato, apenas
y al abrí la puerta no pude hacer más.
Afuera un extraño escuchó mis gritos
y sin pensar le di las llaves del coche.
Sin rumbo arrancó, nos detuvimos en dos lugares,
nadie te quiso recibir...
En el camino tu tía llamó
y se ofreció a llevarnos al Primero de octubre.
Al llegar no supe qué contestar,
porque ni siquiera estaba segura de qué te estaba sucediendo.
Todo fue tan rápido. De pronto gritaron tu nombre, corrí,
y un rudo rostro me detuvo,
apenas escuchaba su voz, pero su rostro de enojo
no me permitía entender.
—¿Qué se tomó?
—¿Cómo? Sólo se desmayó.
—Si no sabe nada váyase de aquí, salga a investigar.
¿Cómo? ¿Un intento de suicidio? ¡Síiiii!
Fue un día muy largo y una noche eterna...
Entraban y salían personas del hospital, buscando auxilio,
por si fuera poco era un hospital Covid.
Es tan doloroso ver estas cosas,
vivía en un mundo irreal.
No saber si la gente se va a salvar,
ser espectador de tantas entradas y salidas,

de reclamos, de incertidumbre.

Mi cabeza a punto de explotar,

revisé en mi mente cada año de tu vida,

cada momento en mis brazos, las veces que te miré a los ojos,

tus sonrisas, tus alegrías, tu enojo...

¿Qué fue? el encierro,

descubrir las cosas que no logramos vivir juntas,

encontrarnos tal y como somos...

Parecía una pesadilla, pero fue tan real.

Los doctores pusieron en duda mi papel como mamá.

Qué doloroso, casi 15 años y no sabía la razón

de esos demonios que merodeaban tu mente...

Entonces entendí que este tiempo serviría para saber más de ti,

para descubrir más de mí.

Hernández, Maricela. Maestra del Estado de México. Primera vez que publica, animada por el gusto de escribir.

Φ



Sergio Sánchez Santamaría 2/2

LUZ IN TENEBRIS

Opresión

A LA TERCERA semana comencé a sentir una leve opresión en el pecho que aparecía únicamente al mirar la salida, y aunque al principio no le presté atención al asunto, acabó por angustiarme.

Me preguntaba por la causa de esa extraña sensación hasta que me di cuenta que sus orígenes se montaban en las cuatro paredes de mi casa. Bastaba con que me asomara a tomar aire fresco para que en pocos minutos me sintiera mejor. Como me resistía a aceptar que la causa fuese algún trauma al encierro decidí ir a al psicólogo. Sus evaluaciones confirmaron mi diagnóstico: estaba sana.

Convencida de mi buena salud mental, retomé la cuarentena. Me sentía aliviada, hasta que crucé la puerta de entrada. La opresión que al principio era apenas perceptible, regresó a mi pecho con más fuerza de la que hasta ese momento había experimentado. Parecía que la casa estuviese molesta por haberme hecho examinar y aquella era su forma de reclamo.

Ahora el interior se había tornado más oscuro, el aire se sentía denso. Me detuve al centro de la estancia y observé los cuadros, los muebles, las sillas del comedor alineadas. Todo estaba exactamente igual y, sin embargo, era distinto, como si algo hubiese cambiado, pero no alcanzaba a percibir qué era.

Estaba mareada y sofocada, mi hogar de ser un refugio se había convertido en una celda para confinarme del mundo exterior. Las paredes, el techo y el suelo cada día se hacían más angostas mientras las ventanas hacían lo posible por dejar de filtrar luz del exterior. Para mitigar la sensación de encierro, comencé a dejar abiertas las puertas, pero cuando me descuidaba la casa las cerraba. Para castigarla, tomé el taladro que tenía en el armario y comencé a agujerear las paredes para que el viento y la luz pudieran entrar, pero al instante y como burla, la casa los regeneraba. “*Debo hacerlos más grandes, así no podrá contra ellos*”, pensé.

Cambié el taladro por el martillo y comencé a destruir la pared más grande hasta que logré que una luz incandescente y extraña ingresara de forma inmediata. Debo seguir excavando, pensé. Y seguí golpeando hasta que una bocanada de aire fresco ingresó hasta mi garganta tan agresivamente que comencé a asfixiarme, luego a lo lejos escuché dos voces:

—*Doctor, las pupilas reaccionan, pero la paciente parece ahogarse.*

—*No te preocupes. Es normal cuando desintuban a los pacientes.*

—*¡Amanda! ¡Estás consciente!, ya puedes respirar por tu propia cuenta, la opresión desaparecerá en unos minutos. Nos da mucho gusto tenerte de regreso.*

In Tenebris, Lux. (Guadalajara, México, 1993). Licenciada en Comercio Internacional. Casada con las actividades financieras, aunque eterna amante de las artes como la escritura y la ilustración.

Φ

ENRIQUE A. LLAMAS RAMÍREZ

Mar

EL MAR es ausencia
canto de soledades
que la vida acecha,
eternos despertares
que desean clemencia,
silencio y presencias;
el mar es olvido
aún con su belleza
con su viento y sus sirenas,
sus calmas y sus mareas,
esos atardeceres fugaces
que hacen más eterna la espera,
y esas lunas
desnudándose a lo lejos,
motivadas por el reflejo
de nuestros sueños,
el mar es vida deseo y suerte
círculos que se pierden,
mareos que advierten
la calma que nos favorece,
un instante, un momento
que nos agradece,
el mar es recuerdo
aromas que ya no vuelven,
un instante fugaz
bajo un cielo
que tanto promete,
y que poco a poco desaparece.

Somos

SOMOS PRESAS de fantasmas

de lunas en nuestras miradas
de fríos que sucumben en la garganta;
somos humo y viento
esperando ser cenizas
noches en que el silencio
es abrigo, luz, camino,
sosiego y esa brisa
que nos envuelve en nuestros deseos,
en nuestros pensamientos,
somos esa caricia de besos ciegos,
esos besos que se escurren en silencio,
la luz que tropieza en nuestro lecho,
el futuro y el pasado disfrutando
del presente,
de lo que estamos hechos.

Estados

De pronto todo nace y muere en mí
entonces soy tantos nombres
que preguntan,
entonces soy mañana,
tardes, noches
y ese día que alumbra el porvenir,
entonces soy futuro
que no se alcanza,
ese pasado que se idealiza
y aún me llama,
el presente que es hazaña
y me hace vivir,
esa sonrisa que calma
y confía en mí,
los estados de ánimo
que nacen en mí.

Llamas Ramírez. Enrique A. (León, Guanajuato, 19 de julio de 1986).
Desde muy joven se aficionó a la lectura, en especial a la poesía, género que

aún lee y escribe. De formación autodidacta ha colaborado en varias antologías y revistas digitales e impresas. Cuenta con un blog dónde publica textos suyos y de otros autores.

Φ

PEDRO LÓPEZ FERNÁNDEZ

Cuarentena

I

EN LA ARENA veo conchas presumiendo de sus años
La tristeza de la costa se acumula en ese punto donde el sol sabe salino
pero luego algunas tardes sopla un viento que se apiada
y la extiende más allá
La zozobra es propagarse
De niños crecimos dichosos y el problema vino luego
en el día en el que el virus descubrió cómo moverse
Esto visto de este lado enterrado así en la arena
puede ser que no se entienda
Las farolas con sus rostros son los ojos en las urbes
Desde el norte los recuerdos son la cola del vestido
y en el sauce los expertos cuelgan velas de tergal
Las almejas todas juntas separadas de la costa
cuelgan tristes de los cuellos
En las urbes al principio
los incendios nos resbalan porque están en los suburbios
pero luego se propagan

II

Aunque el frío de esta casa
reconozco que no abarca todo el frío de este mundo
hace frío en esta casa
A los pies de los membrillos
estas calles que se enhebran son heridas yuxtapuestas
Los limones son la cura cuando faltan los membrillos
Nada menos inocente que la gente por la calle
transitando en multitud
La culpa no es de la vida si la lanzas al abismo
¿Por qué cuando hablamos de vida que sucede a menos ritmo
sólo encuentro incomprensión?
Los suicidas que vacilan nunca miran a los ojos

y su aura es como mate
Los suicidas que vacilan son heridas yuxtapuestas
Si dejo que crezca mi pelo nada afecta a los limones
pero al menos este frío
sí será más llevadero

III

Con el virus las fachadas se percuten de amarillo
Los mercados nos preocupan y se alejan las personas
Las ciudades languidecen bajo el dombo celofán
El problema de esta crisis es saber que en cada cuerpo
el secreto va por dentro
La esperanza viste blanco con su rostro de mujer
y el ciprés es resiliente con el índice hacia arriba
Las campanas también doblan como cuerpos que se comban
y en el puerto los cantiles se resisten densamente a poder vivir sin luz
Las terrazas son las ruinas donde el mundo se juntaba
a fumar amalgamado
La vida es el cesto de mimbre
donde el tiempo se repite de una forma circular
La hembra de piel chocolate ama intenso a las personas
Del mercado sólo sabe porque a veces va a comprar
Las fachadas con la lluvia van volviendo a su color
La belleza de esta vida es que a veces se desnuda
(pero sólo si ella quiere)

López Fernández, Pedro. (Cehegín, España, 1966). Finalista de los Premios Int. de Poesía Ciudad de Barbastro (2014) y Gonzalo Rojas Pizarro (2018). Tiene poemas publicados en revistas de España, México, Chile, Puerto Rico, Suecia, Canadá, Ecuador, Venezuela, Argentina y EE.UU. Ha participado en las Antologías *Y lo demás es silencio*, *Versos en el aire* y *Contra molinos de viento*. Autor de las novelas *El Magistrado Cuernavaca* y *Las cenizas de Manhattan*, ambas con Ed. Amarante.

Φ

ROMÁN LÓGLEZ

Luna pandémica

TE SORBO lento, luna, como el amanecer
se come a la noche para ocultar la triada
sin contar al cinturón de duro acero.
Así te sorbo como me enseñaron
los abuelos, en un pote de barro
en rodaja sobre plato cromado
en un hermoso y succulento pipirigallo.
Bajo aquel kanshan te veo asombrado
y sin resabios te describo, sin rebuscar palabras
que te hacen ajenas a los míos;
poco a poco tus pinceles finos de pelambres camellos
con tonos que proyectan tus hilos,
cubren de sabor y color naranja, a los labios míos.
Allí está el abuelo, montado sobre ti
con su cántaro de barro, de barro negro,
blanco, con su color cinabrio, para cubrir
tu rostro en tu próximo pleniú
que da cobijo a las almas solas; yo, te sorbo luna
en mi copa pletórica de tu jugosa luz.
Luna, no olvides al niño que exprime absorto
tus gotas naranjas en un mes de abril
en que corroe el alma la pandemia del siglo.
Luna naranja, luna naranja, la más hermosa
que ven mis efímeros y cansados ojos.



Abril 7/2020

EL CARRITO aventurero.

...Y allí va, ese carrito de silente caminar

con diminutos cuerpos gélidos
disfrutables para paladares diversos
en busca del sustento diario.
Grita en el desierto y deambula
como a la acostumbrada rutina de antes
para mantener fuerte a los huesos
que le sostiene y empuja, -fusión maravillosa,
materia inerte y viva-; bella conjugación
bajo este escampe de olor a muerte;
donde el infierno está sobre este plano
y el plano en la sede infernal, sin fe
ni esperanza: ¡todo vacío y desalado! ...

Abril 26, 2020

Bajo la lluvia de mayo

SENTADO FRENTE a la nada;
ráfagas suaves de aire húmedo
acarician mi rostro;
siento corrientes de tormentas
que transitan interminables
mi cuerpo y gotas de lluvias
caen como capsulas de archivos
de sublimes recuerdos.
Gotas llenas de palabras e imagen
me remota a la infancia y escarpo lento
hacia mi adarve de mis memorias.
Camino en mi austral y me detengo
onírico, estático, y observo
con lágrimas en los ojos la pequeña
figura de mi Madre que con suave
y melodiosa voz, llama a sus aves
con el canasto al cuadril de la vianda
matutina.
Hogar de ensueños,
bajo rocas de algodón

donde serpentean los dioses del viento,
sobre el Manto verde; cristalinas aguas.
Toca el molino y su magia se esparce sobre
rostros que sedientos consumen el vital líquido
y devoran con devoción lo que el comal endurece
y lo que cuece el fuego lento.
Así se va el día como el humo del tabaco
que degusta el abuelo.
Así se consume la vida y transita al cosmos.
Así te recuerdo, consumiéndote lenta
bajo aquella casita de jahuacté, palma y madera;
y sobre las venas que transitan los peces.
Así te recuerdo Madre, bajo la lluvia de mayo,
Enclaustrado bajo la atroz pandemia
que asola mi sino.

Mayo 9, 2020

Lóglez, Román. (Román López González, Palenque, Chiapas, 1961). Promotor cultural y Mediador de Fomento a la lectura del Programa Nacional de Salas de Lecturas y Paralibros desde el 2000 como miembro honorífico. Miembro fundador de la casa de cultura "Fray Pedro Lorenzo de la Nada" (1979), donde fue director (2002-2011). Creador del programa literario radiofónico "Krnavalito de Palabras" 89.9 FM Radio Saraguato y 91.9 FM Laklumal (2011-2016)). Fundador del Centro Cultural Independiente "Bajlum Votan" (2012); Diplomado en Historia del arte, en teatro, música, promotora y gestoría cultural, fomento y formación lectora, y en creación literaria. Ha escrito poesía y cuentos, antalogado en *Cuentos del inframundo maya*, *Pushcagua* y el *X encuentro de escritores San Cristóbalenses*. Ha participado en distintos encuentros literarios en San Cristóbal, Guatemala, CDMX y Sonora. Ha publicado en diversas revistas y periódicos. Ganador del Premio Nacional de poesía "Juegos florales Darío Galaviz Quezada 2020", Guaymas, Sonora, con el poema *Vivora cola de hueso* de la Antología *Octapoemas sobre la espuma de un mar inverso* (2020).

Φ

ARACELI MANCILLAS ZAYAS

Naturaleza sin encierro*

Desbrozo con Viul
un jardín salvaje:

en la tarde va cayendo el sol
sobre los espinales

trozo
voy trozándolos
trac trac trac

Espléndidos
verdeando
estirándose para ser
en esa vastedad
por donde nadie pasa

más que una golondrina
más que una mosca
más que un colibrí tan pardo
como la hierba seca

Un jardín salvaje para una mudez
de murmullos hacia dentro
sin visitantes casi
madre y padre de nopaleras
de escondidas serpientes

Árboles desconocidos
han echado raíces
hacia fuera
son altos y alaban la luz
sin escándalo

sueltan lianas que alzan
la laboriosidad de las hormigas
la prisa de las lagartijas
por si alguna vez volvieran
a ser monumentales

Bajo los hormigueros
otra mudez alberga
ingenierías lejos del alcance
del viento

Desbrozo con Viul
un jardín salvaje:

manos ansiosas descubren
su intocada libertad

Una flor amarilla
a ras de tierra
me recuerda al toxo
pero ésta es la niña
de una cactácea

El pasto más humilde
se da por vencido
cae débilmente
ante mi insistencia

Nada puede saber el jardín salvaje
de este temblor silvestre
dentro de mí
de su querer abrirse paso
desbocado
para saber por dónde ir
a diferencia del jardín

que simplemente es
y asume su exuberancia
sin reglas
su orden inalcanzable
invisto por todos
salvo dos
que ahora lo desbrozan
para crear senderos
para hacer recorridos
para crear el circuito de
un tiempo
que pueda entender

las razones del jardín
la maquinaria de su soledad
la potencia de sus espinas
su indiferencia esplendente.

Mancillas Zayas, Araceli. (Estado de México, 1964) Escritora. Estudió Derecho y Cultura contemporánea. Ha publicado varios libros, los más recientes de poesía *¿El último río?* (La Maquinucha Ediciones, Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca, 2019) y de ensayo *Los astros subterráneos. Mito y poesía en Clara Janés* (Universidad Veracruzana, 2016). Colabora periódicamente en revistas literarias y suplementos culturales locales y nacionales. Se dedica a la gestión cultural, a la edición de publicaciones literarias bilingües en lenguas originarias de Oaxaca, y a la enseñanza.

*Poema originalmente publicado en *Cuadernos de la Pandemia 4*, Carteles Editores, Oaxaca de Juárez, mayo de 2020.

Φ

LUIS EDGAR MANRÍQUEZ CHAVARRÍA

¿Pueden los temerosos, hablarnos de la esperanza?

I

EN EL PLATO DONDE ACOMODAMOS la fruta solamente había una banana, la leche se había terminado una noche antes, era necesario salir. Yo le tenía un terror a hacerlo, pero debía, y no había alguien que lo hiciera además de mí, y si quería alimentar a mi hija, tendría que salir definitivamente. Nunca había dejado a mi hija de 6 años, sola en la casa. Los medios alertaban que la zona en donde vivo era de alto contagio y que si debía uno salir, tendría que hacerlo tomando las medidas necesarias: usar cubrebocas, aplicar gel regularmente en las manos y mantener la distancia social. Al pensar en ello se me ocurrió la idea de envolver en plástico PVC a mi hija y llevarla al hombro como si fuera un salami gigante, o ponerle mi uniforme de portero de hockey con bastón y todo, pero no fue necesario. Natalia, la vecina del piso de arriba, iba saliendo de su casa y se me ocurrió salir para pedir ayuda. Ella iba bajando la escalera cuando me asomé para preguntarle a dónde iba. Sin esperar una respuesta le pedí de favor si me podía traer pan y fruta de la tienda. Era hasta imprudente preguntar, pues cargaba dos bolsas pesadas de plástico con las que ocupaba las dos manos, pero sonriendo me dijo, en ese tono amistoso que tiene: —*No hará falta Wences. Aquí te traigo algunas cosas que me dijo mi mamá que te trajera; ella ha visto que no has salido desde hace tres semanas, y la verdad desde hace una nos preguntamos si todavía viven. Bueno, a mi mamá le preocupa la pequeña Jessy, y a mí...*—. No terminó la frase. Le ayudé con las bolsas y le agradecí tanta generosidad.

Al tomarlas sentí un horror y me quedé paralizado en la entrada. ¿Y si estaban infectadas? ¡Sin ninguna intención, claro! Habría que desinfectarlas con cuidado, tratando de no tocar ninguna superficie dentro de la casa. Las llevé con cuidado hasta la cocina y comencé a sacar las cosas haciendo malabares, tratando de tallar con jabón cada una de las cosas que se pudieran lavar. Había olvidado a mi vecina, y recordé que ni siquiera le agradecí cuando tomé aquellas bolsas, así que al voltear

para alcanzarla vi que ya se encontraba frente a mí en ¡la cocina de mi casa! Antes de preguntarle si se había quitado los zapatos ya miraba yo que ¡había entrado con sus flamantes Converse rojos! ¡Mi casa estaba infectada! Pero... ¿cómo le iba a pedir que se largara si ella nos había salvado? Las cosas que nos dieron alcanzaban para alimentarnos y dejarnos de preocupar por dos semanas, pero ¿cómo salvado? ¡Si el virus había entrado a mi casa y yo mismo le abrí la puerta! No sabía qué hacer, pero antes de decir una palabra, ella habló; ¡gracias a dios! Y dijo:

—*En realidad... las cosas... estas provisiones... no son una donación. Mira, mamá quiere pedirte un favor.*

Yo estaba incómodo con ella y no sabía qué hacer ante su generosidad, sus palabras y sus profundos ojos azules.

—*Ah ¿no? Entonces, ¿qué favor? ¿Qué pudiera hacer por ella?*

—*Quiere que le ayudes con su trabajo. Quiere ver si estás dispuesto a trabajar con ella; ella por supuesto te remunerará tu esfuerzo.*

Estaba confundido. No necesitaba un trabajo, en mi empleo no dejaron de pagarnos durante la contingencia sanitaria. Si no compraba nada era porque no podía salir, más bien tenía miedo. No por falta de dinero, sino de ... valor. Entonces pregunté que de qué se trataba.

—*Mi mamá no me dijo, sólo que yo sé que no requiere de mucho esfuerzo, y te ocupará sólo unas horas.*

Pensé en mi pequeña Jessy, no era capaz de dejarla sola. Pero al ver las bolsas que me había traído y que asomaba un pan francés y una botella de Chardonnay de ellas, supuse que lo que contenían aquellas bolsas no eran simples habichuelas, y que, si aceptaba el empleo, podía obtener algo de dinero extra y la experiencia de haber ocupado el tiempo en la pandemia.

—*Pero mi Jessy —le dije.*

—*No te preocupes por eso, Wences.*

Nadie me había vuelto a llamar Wences después de que falleció mi esposa. Y ella lo hacía con tanta espontaneidad, que el requerir más confianza era imposible.

—*¿Por qué no debo preocuparme?*

—*Porqué también irá ella.*

—*¡Ja! ¿Cómo que ira también ella?* —le dije.

—*Sí, ella tiene que ir.*

—*¿Ahora ella tiene que ir?!*

—*Sí.*

—*Hablas como si no tuviéramos opción.*

—*Es que, no la tienen.*

—*Pero... sería exponernos, podríamos contagiarnos. Yo no quiero pensar que algo le pase a Jess, ni siquiera puedo imaginarme. Si yo llego a infectarme y no lo cuento...*

Comenzó a reírse de una manera que me hizo enfurecer.

—*Basta* —le dije —*No encuentro lo gracioso.*

—*Sí, me lo imagino. Pero no te preocupes, mi madre hablara contigo. Aliméntense, mañana salimos temprano. Los llevaré en el auto de mamá; ella, por supuesto, no puede salir de su trabajo. Ayer discutí con ella porque tiene tres meses que no la veo.*

—*¿Qué? ¿Y qué es lo que haces para vivir?*

Ella atravesaba nuestra puerta y al salir respondió, sonriendo: —*¡Vivo!*

II

Salimos a la calle con todas las precauciones. Literalmente forré a mi Jessy de la cabeza a los pies, le puse goggles y doble cubrebocas. Al salir del edificio una brisa fría nos avisaba que la ciudad era invadida por una capa espesa de humedad, y Jessica se comenzó a frotar las manos. El claxon del auto de Natalia sonó desde la esquina, acercándose a nuestra acera. Se detuvo frente a nosotros y abordamos como si fuera un Uber, Jessica y yo sentados en los asientos de atrás. Natalia nos miró por el retrovisor y al cruzar nuestras miradas sonrió y nos preguntó:

—*¿Están listos? ¿Descansaron?*

Jesica se adelantó a responder: —*Descansamos bien, gracias por las provisiones*—. Sonrieron y arrancó el auto. Yo no dormí, por supuesto, y

llevaba un rostro terrible, o tal vez pensaba que como me sentía lo podía reflejar en mi rostro.

Llegamos al trabajo de Grecia, la mamá de Natalia. Un edificio grande, con altos muros grises y arquitectura minimalista, muy iluminado. Dentro, el complejo estaba formado por tres torres y un amplio estacionamiento que se encontraba junto a una enorme planta de luz, o al menos eso parecía. Natalia sacó de su mochila una bolsa de papel estraza, y de ella una manzana y una banana. Nos las ofreció y las tomamos sin preguntar; Jessica tomó la manzana y yo tenía un plátano que nunca comí.

Al llegar a la última de las tres torres, salió Grecia a encontrarnos. A la distancia comenzó a dar grandes zancadas y al llegar frente a nosotros se quedó mirándonos fascinada. Después de mirarme a mí se volvió con Jessy y le tomó las mejillas con las manos, sonriendo como si estuviera contemplando una obra de arte.

III

Estuvimos ahí tres días. Luego de este tiempo me llegué a familiarizar con el trabajo, que era clasificar algunas cajas en un enorme almacén lleno de cámaras, que aunque no me incomodaban, a la hora de comer hacía lo posible por ocultarme de ellas. Nunca me ha gustado que me observen comiendo. La tarde del tercer día, al subir unas cajas a un estante, sentí un intenso dolor de cabeza que me hizo tambalearme hasta lograr que cayera. No recuerdo más.

Al despertar, me encontré en una cama inmaculadamente blanca, estaba canalizado del brazo izquierdo y mi cuerpo estaba lleno de mangueras por todos lados; en realidad sólo eran tres, pero yo sentía que las tenía en todo el cuerpo. Al querer preguntar en dónde estaba sentí un intenso dolor en mi garganta, que por el esfuerzo me di cuenta que estaba invadida por un helado tubo de plástico; el sonido que producía era gutural e inentendible. Al girar mi cabeza observe un recipiente que tenía una bolsa que se expandía y comprimía a cada una de mis respiraciones. Entonces entró Grecia, y al verla abrí tanto los ojos que ella entendió.

—*No te preocupes, cuidaremos de ti*—dijo.

Detrás de ella Natalia tenía abrazada a mi Jessy, que increíblemente estaba muy sonriente. Entonces Grecia habló:

—Tú y Jessy son parte de un experimento en el que participaron 200 candidatos. Después de tres meses, donde estuvimos observándolos, nunca presentaron ninguna complicación. Tuvimos que inocularles el virus directamente. Por supuesto sobrevivieron, pero la cepa más agresiva la ingirieron después.

Claro, pensé, ¡las bolsas de provisiones! ¡Tal vez venía en el queso!

Grecia continuó, como si hubiera adivinado lo que pensé: *—No, no venían en la despensa que les dimos, eso fue un detalle del laboratorio. Fue aquella banana que no te comiste al llegar, pero que tocaste. Desarrollaste síntomas al quinto día y caíste de la escalera trabajando, perdiendo el equilibrio y el conocimiento. Ahora estás aquí, pues desarrollaste neumonía, la etapa más difícil de la enfermedad, por la que estas pasando. Pero mira, ¿observas que la pequeña Jessica está muy contenta? Después de probar todas las cepas del virus conocidas en ella, sigue sana. Hemos encontrado a la paciente X, y de estos anticuerpos que ha formado en su organismo desarrollaremos la vacuna. Pero, ahora descansa. Es agotadora la lucha que estas teniendo—*. Al decir esto, presionó algo en de aquella manguera y perdí el conocimiento.

IV

Ya son cinco meses, después de haberme dado de alta de aquel trance. Natalia trajo algunas cosas para que comiera.

Hoy desperté sonriendo, después de siete meses de recuperación. Hoy, curiosamente, puedo ver los colores más vivos, sentir el tenue aire que respiro y disfrutar cómo su brisa me revuelve el cabello. Puedo morder esta manzana y sentir como, poco a poco, su sabor, comienza a regresar. Es delicioso.

Jessy entró corriendo y se montó en mi regazo muy sonriente. Se acercó a mi rostro y me besó la frente, sin cubre bocas.

Manríquez Chavarría, Luis Edgar. Escritor, dramaturgo, actor y Director de Teatro. Maestro de actuación y Productor de Iri Producciones escénicas. Presentador de peleas de box, muay thai, y artes marciales mixtas, animador y maestro de ceremonias. Actualmente produce *La Tertulia al Aire* que se transmite a través de su canal de YouTube y Facebook Live y por www.radioalterno.com.mx cada lunes a las 4:00 pm, Ciudad de México.

Φ

MADELINE MARTÍNEZ

Virus

CIERTO DÍA, llegué de laborar y todo estaba tranquilo en casa, por lo que encendí la televisión, pasé un canal y luego otro, pero lo único que se escuchaba en las noticias era sobre un virus que estaba generando caos en China. Pensé que por estar lejos, en otro continente, no tendría más repercusiones en un país que se encuentra a muchos kilómetros de distancia. Conforme pasaron las semanas la noticia fue más sonada, no había inicio de algún noticiero que no lo pusiera como primer plano. Algo extraño estaba sucediendo. Las muertes fueron aumentando, la gente se fue infectando a gran escala. Pero seguía en otro continente, qué tanto podría afectarnos. En menos de tres meses no sólo fue China, Italia, Francia sino toda España, y con ello aumentaron las especulaciones para saber si en realidad estaba ocurriendo ese fenómeno o alguien los estaba matando, pues las cifras fueron exorbitantes. Se comenzó a decir que los quemaban vivos, puesto que no tenían otra opción más que la muerte, y ahí venía la pregunta obligada: ¿dónde está la cura? La gente estaba alarmada y el problema apenas iniciaba, ya que, a pesar de que seguía en otros países, resultó que todos temían por una conspiración y el inicio de la tercera guerra mundial.

Semanas después, los medios de comunicación de México confirmaron el primer caso de Covid-19: un viajero que llegaba al aeropuerto, con todos los síntomas que la enfermedad había dictado, al menos lo que ya se había descubierto y que publicó la OMS. En la Ciudad de México la gente comenzó a hacer compras de pánico, compraron despensa en volúmenes irracionales. Yo me preguntaba: ¿para qué tanto?, ¿tal vez ellos saben algo que yo no?, ¿tengo que comprar también? No quise saturar mi alacena con miles de artículos que quizá ni ocuparía, además, desconocía mucho de lo que en realidad producía el virus, ya que no se daba una información clara y concisa; hubo muchos memes, notas falsas, y la verdad siempre fue disfrazada para no alarmar más.

Transcurrieron las semanas y la gente poco a poco se fue infectando. Con prontitud llegó a mis oídos la primera muerte por ese virus, cuestión que en casa nos asustó, pues habitan personas mayores de 70 años, con

enfermedades crónicas, y niños. Las cifras de mortalidad y de infectados incrementaban considerablemente, la población salía con miedo a las calles, porque a pesar de saber que estaba el Covid-19 ahí afuera, en el aire, en la parada del camión, en la persona de a lado, sería la primera vez que nos enfrentaríamos a una pandemia de tal magnitud en esta época.

Los hospitales nunca fueron de gran calidad, de hecho, en infinidad de veces se habían mofado de la atención recibida en ellos, y esto vendría a poner a todos los médicos, enfermeras, camilleros y personal de limpieza, contra la pared, arriesgando su vida. La falta de insumos también fue criticada, y ni hablemos de medicamentos, porque muchos derechohabientes tenían que comprarlos... ¿y los qué no tenían ese privilegio?, ¿qué pasaría con ellos? Definitivamente habría una muerte segura.

El Presidente siempre hablaba con mucha tranquilidad en los medios. Parecía que los que exageraban eran una multitud enardecida e ignorante que no se informan o les importa. Pronto se difundió que la Jefa de Gobierno difundía una cajita que contenía un par de artículos básicos para el cuidado del enfermo por COVID-19, cajita insignificante en comparación con el problema. ¿Qué iba a pasar? Muy pocos sobrevivirían, eso se convirtió en una cruel realidad. ¡Qué miedo me daba! Yo no quiero morir, ni tampoco quería que alguien de mi familia muriera y que no tuviera ni la oportunidad de sobrevivir por la incompetencia de nuestros gobernantes.

Corrió otro mes. Saber un poco más del virus y cómo lo estaban contrarrestando en otros países favoreció mucho para entender las nuevas reglas del juego. De ahora en adelante, nuestra forma de vida, como comúnmente la conocíamos, dejó de existir: todo se tornó en cubrebocas, guantes, trajes de astronautas blancos, gel antibacterial, toallitas limpiadoras, cambio de ropa, entre otras más indicaciones para sobrevivir. ¡Ah, claro! No olvidemos la cuarentena, que se volvió eterna, y la muy sonada Susana Distancia; hasta con eso bromeaba el mexicano, y no es que me moleste, antes bien, gracias a ello, uno se mantiene cuerdo ante este desastre.

Pero no se detuvo ahí. La canasta básica, que no fue tan básica, terminó por ser un par de bolillos y frijoles, porque el huevo duplicó su precio, el

arroz, el jitomate, prácticamente todo se fue al cielo. ¿Quién podría pagar una buena comida? Con la cuarentena muchos se quedaron sin trabajo, sin sueldo, entre ellos mi papá, quien trabajaba arduamente para poder sostener la casa. Y qué pasó, se tuvo que hacer ajustes para soportar la hambruna. No nos quedaba más que hacer, ya que cerraron todo, y aquello que estaba abierto, deliberadamente daban carísimo; aunque no los juzgo, a ellos también le subían el precio de la mercancía, una cadena sin fin.

Por ser joven, me ofrecí desde el primer día a ir al mercado, al supermercado, a la farmacia o a cualquier estancia fuera de casa para ayudar a que nadie con problemas de salud enfermara. Seguía un protocolo: salía con ropa debajo de mi atuendo, para que cuando llegara me la quitara y se metiera a la lavadora, yo desde luego, a darme una ducha, se limpiaban las cosas con cloro y se designó un espacio para colocar cubrebocas, ropa de calle, zapatos y demás accesorios, todo para no esparcir el virus.

Y así se ha hecho la rutina. No hay nueva normalidad, como le llaman, jamás la tendremos. Sabemos que ese virus viaja por todos lados. Sabemos que hay personas que lo tienen, pero que no se enferman. Sabemos el daño que puede hacernos. Sabemos que no hay vacuna. Pero ni con todo ello, sabemos qué es lo que pasará con nosotros; peor aún, sabemos que la tosquedad nos hará morir lentamente. Tenemos miedo, no por este mal, sino porque no tenemos el control de esta enfermedad; nos creemos dioses, que cualquier cosa que no tenga una respuesta no es permitida.

Y seguiré preguntándome: *¿Qué pasará con nosotros?*

Martínez, Madelin. (México). Ha publicado tres libros de manera independiente.

Φ

LUZ MÁRQUEZ

La libertad del canario

HABÍA NACIDO libre como el viento que lo acompañaba cada mañana, alborotando sus suaves plumas. Los rayos del sol brillaban en lo más alto del espléndido cielo azul, lo que enardecía su deseo de aventurarse más allá de lo que cualquier pequeña ave se había atrevido, aun sabiendo que estaba prohibido. Hacía años que la tranquilidad que tanto anhelaba en su vida era relativa, los frondosos árboles eran su único refugio de la ambición de los hombres por las riquezas de una tierra que poco les pertenecía, expandiéndose desmesuradamente, y forzando a miles, como él, a retroceder en busca de un mejor escondite para no caer sus manos.

Oculto entre las exuberantes ramas, vio su antiguo hogar ser arrasado, a sus amigos ser capturados despiadadamente y a su familia huir, dejándolo sólo con su melancólica canción, esperando que algún día alguien lo escuchara. Pasaron los meses y luego los años. Sin embargo, nunca nadie volvió a su lado; su canto cesó y se perdió a sí mismo. Los hombres lo alcanzaron, enjaulándolo. Junto con muchas aves viajó por lugares con los que había soñado tiempo atrás, pero a sus ojos no parecían tan maravillosos; encerrado en espacios casi asfixiantes sólo podía pensar en nuevamente volar por los cielos y huir de la vida en la que había caído.

Las aves que lo acompañaban fueron desapareciendo poco a poco. Algunas se iban con otros hombres y muchas otras sucumbían ante las terribles condiciones y el extenuante viaje. Tiempo después a él también se lo llevaron. Su nuevo hogar parecía ser una jaula más grande y elegante, pero estaba lejos de ser acogedora. Colgaba cerca de una ventana por la que cada mañana se filtraban los rayos del sol, no obstante nunca podía mirar hacia el cielo, pues grandes edificaciones obstruían su vista. Se sentía más solo que nunca y ya ni siquiera creía recordar cómo volar.

Al poco tiempo una nueva ave de plumas negras con amarillo llegó a su jaula. Lo reconoció como un jilguero. Tenía una mirada penetrante como la de un ave que había vivido lo suficiente para saber cómo funcionaba el mundo. Equivocadamente se guió por la apariencia dura su

compañero, el cual lo sorprendió por completo con su melodioso canto. No había día en el que no entonara una dulce canción, tan cargada de alegría y esperanza, sin embargo, no conseguía entender el porqué de su feliz trinar. Un día su curiosidad fue tanta que simplemente se lo preguntó:

—*¿Por qué sigues cantando? ¿A caso no ves que hemos terminado como tanto temíamos?*

—*Pequeño canario, ¿cómo es que no lo entiendes? Podrán encerrarnos en jaulas una y otra vez, podrán quitarnos nuestra libertad de surcar el cielo azul, pero jamás privarán a nuestras almas de ser libres. Por eso sigo cantando.*

Ciertamente, si el canario cerraba los ojos lograba evocar cuando él y su familia recorrían libremente el magnífico cielo, recordaba el glorioso soplo del viento incitándolo a volar más y más alto. Quizás el jilguero tenía razón, una parte de él aún era libre.

Márquez, Luz. (México). Estudiante poblana que desea que sus relatos lleguen algún día a los corazones de las personas. En sus tiempos libres ama leer, escribir e imaginar cómo sería el mundo ideal para ella.

Φ

ALIXIA MEXA

En mi claustro

SE METIÓ la luna poco a poco
hasta el ángulo de mi habitación
se metieron las nubes
se metió la lluvia
se metieron estos elementos
hasta el recóndito menú de mi cerebro
Se estuvieron ahí por días
no dejaban moverse a las noches
ni salir a las estrellas
Se movían sólo los instantes
como letras en miopía
se paralizó el desierto
y sus ruidos
el bosque y su fauna
despertaron
todo estaba metido en un sólo lugar
en la espera eterna
colgándose de los días
utilizando las manecillas
como hélices de vuelo

Soñé

QUE SE DESTAJERON mis venas
para perderse en un cuento
sin mujeres
sin niños y sin poetas
sólo
un villano
diseminador de muerte
invisible y malo
que volvía espesa tu sangre

pesada, insoportable
un cuento rabioso
con sólo un camino precautorio
donde se escondían los finales felices
y se multiplicaban los actos tristes
pero en ese camino
buscando como salvarme
hallé la llave de la libertad
entre mi propio cuerpo.

Mexa, Alixia. (Ciudad Jiménez, Chihuahua) Escritora, poeta, docente de educación media y media superior en el área de Biología. Premio Chihuahuense destacada 2013 en literatura y letras. Autora de varios libros de poemas, prosa poética. Ha editado *Rosa de arena* y *Villa, el poder intangible*.

Correo electrónico: gemmini_II@hotmail.com

Φ

JOSÉ CARLOS MONROY RODRÍGUEZ

Aplausos

EN LA ESQUINA de la Cerrada de Londres y Chapultepec, en la Colonia Juárez, desde el principio de la contingencia, sale una mujer a su balcón para aplaudir a los trabajadores esenciales que salen de la estación Sevilla, desde las seis hasta las ocho de la mañana. Ésta queda justo enfrente de su edificio. Desde el segundo piso, los primeros días aplaudía con rabia, gritando agradecimientos y vítores; a las dos semanas, lo hizo con menos envidia, y al mes dejó de salir. Así de fugaz es el apoyo promovido por las modas mediáticas.

Los platos rotos

“*¡EL GERENTE ES UN CULERO! ¡Ya no lo aguanto!*” No dejaba de repetirse el mesero más productivo del restaurante. Estaba furioso porque sólo iría a trabajar dos días por semana, sin propinas. Se le pagaría por día con el salario mínimo. Todos los pedidos serían para llevar, por la emergencia sanitaria, a partir de la siguiente semana. No era el único que tenía esa opinión: todos los trabajadores del restaurante la compartían, pero ninguno estaba seguro de realizar alguna protesta. Tenían miedo al despido. Sin embargo, a escondidas, el gerente dejaba pasar a algunos clientes a consumir. Ante la inacción de sus compañeros, el mesero decidió actuar en solitario y denunciar de forma anónima. En pocos minutos llegó la policía, y al confirmar la operación irregular del local, puso los sellos de suspensión de actividades. El gerente fue despedido y fue suplantado por otro, que liquidó al personal anterior y colocó al suyo. El despido que todos temían finalmente llegó.

Par mínimo

LLEGÓ UNA CIRCULAR con carácter de urgente y secreto al sector de epidemiología: por razones de presupuesto, había que desconectar a los pacientes mayores de 50 años para poder atender a más población

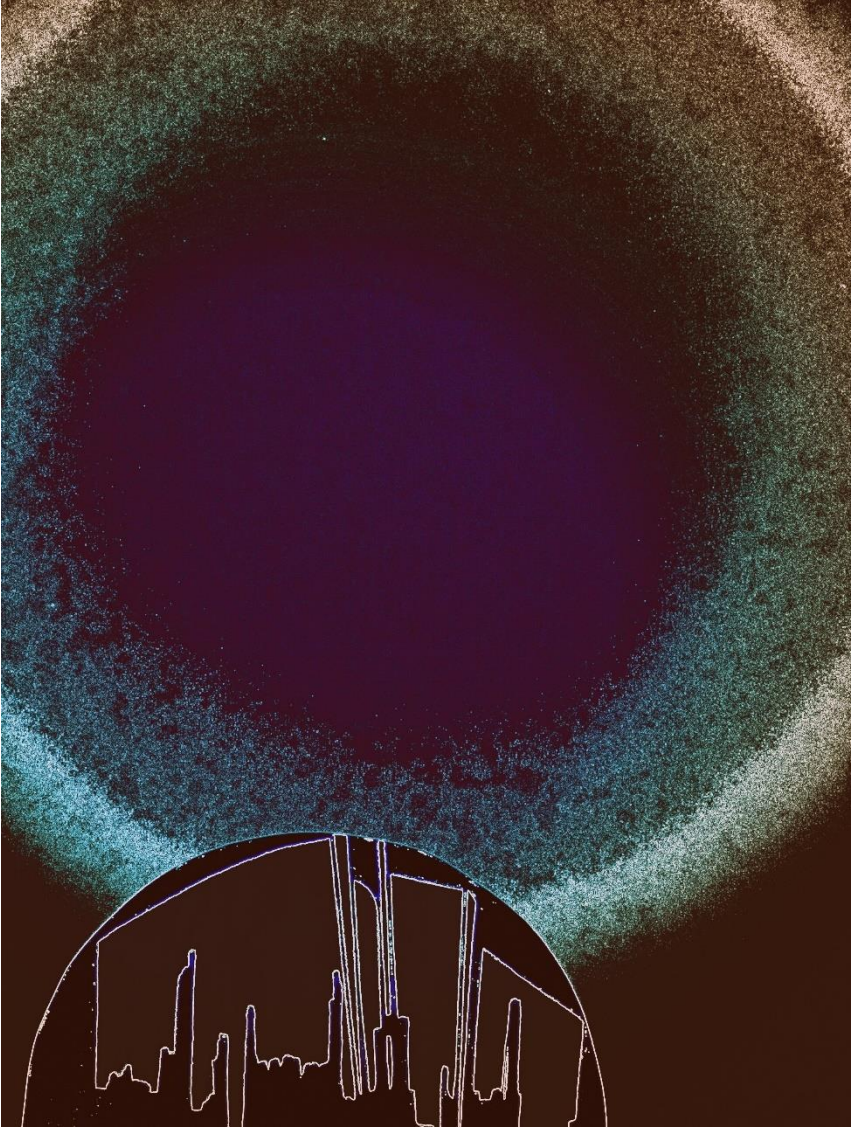
económicamente activa. Una enfermera en especial recibió la orden con una mueca. Se alegraba cuando morían los pacientes. Escuchó la lista, y de inmediato, comenzó a actuar. Con singular entusiasmo. Hasta que alguien la interrumpió.

—Está detenida por homicidio. Su situación será definida en el Ministerio Público.

—Pero yo estoy siguiendo órdenes.

—En realidad, no lo hizo. Se le dijo que desconectase al cuatrocientos sesenta, y usted desconectó al cuatrocientos seTenta.

Monroy Rodríguez, José Carlos. Poeta y escritor que trata de terminar su carrera de Letras Hispánicas entre su vida adulta y la contingencia sanitaria.
Φ



Donaji Ulloa 2/2

ISRAEL MONTALVO

Herbert Wells

HERBERT VIVÍA sus días atrapado en una repetición constante. Lo único que lo mantenía cuerdo era la espera del anochecer, donde dejaría las funciones a las que fue programado cuando tenía un amo a quien servir. La casa se estaba cayendo a pedazos. Por más que se esforzara en reparaciones y mantenerla inmaculada, el transcurrir del tiempo seguía su curso. Hace tanto que la vida se había extinguido a su alrededor, Herbert no entendía cómo es que su amo había cerrado los ojos para nunca volver a abrirlos. Vio cómo gradualmente se iba descomponiendo hasta quedar reducido a una pila de huesos. Las limitaciones de su programación le negaban el entendimiento de lo que se desarrollaba ante sus ojos, pero aun así podía sentir el hartazgo de la monótona rutina que lo limitaba a esa casa que lo apresaba y se estaba convirtiendo en escombros.

Añoraba la llegada del anochecer, el momento en que, como su programación indicaba, debía desconectarse hasta el alba, donde reiniciaría su jornada. No necesitaba ese descanso, pero él era un reflejo de su creador, tanto en su fisionomía humanoide como en el intento de reproducir sus hábitos. No podía cuestionar su comportamiento, sólo proseguir con la programación. Durante décadas había proseguido el proceso de desconexión, precedido de un litro de *Zoma*, un aditivo que se inyectaba por un resquicio del cuello, el cual mejoraba sus funciones motoras, aunque, con el transcurrir de los años había afectado su sistema informático mientras estaba desconectado; esa alteración le dio la posibilidad de soñar y así, poder ser humano.

Herbert ya no era una máquina. Muchas veces era alguien más y tenía tantos nombres y vivía siempre al límite, como cuando naufragó por el océano y terminó en una isla sin nombre con un médico que jugaba a ser Dios, o esa vez que tuvo que confrontar la amenaza venida de Marte desde un meteoro. Sabía que ahí estaba la explicación de lo que había pasado con la vida, pero no pudo descifrarla antes de reiniciar el sistema. Una noche fue una mujer que se revelaba ante su padre. Y en otra había creado la forma de moverse por el tiempo, y viajó años antes de su época,

donde los hombres eran ganado de una subespecie que vivía bajo tierra, después regresó a su tiempo y se encontró con aquello que era mientras estaba en funcionamiento, parecía un cascarón hueco y vacío llevando a cabo sus funciones cotidianas como si fuese una coreografía que realizará sin un público cautivo. Esa noche deseó ser como todos los hombres y poseer la bendición de la muerte.

El sistema se reinició con los primeros rayos de sol. Había un eco surcando por su disco duro. Una sensación se escapó por su sistema como un virus, una emulación de la desesperación, al percatarse de que el Zoma pronto acabaría, sólo quedaban tres ampolletas en la gaveta de almacenamiento. El virus simulaba la ansiedad de un adicto. Hizo cientos de cálculos tratando de encontrar una solución matemática al problema, pero la ansiedad seguía presente, y es que, muy en el fondo, en algún lugar más allá de su programación sabía que esa existencia no era nada sin la posibilidad de ser humano, aunque sea, sólo por una noche.

Montalvo, Israel. (México, 1981). Como escritor e ilustrador ha publicado en diversas revistas literarias, cómics y libros en México, España, Uruguay, Argentina, Perú, y E.U.A. En el 2016 publicó su primera novela gráfica *Momentos en el tiempo* (Altres Costa Amic Editores, México). Ilustró la novela pulp *Marciano Reyes y la cruzada de Venus* (Historias Pulp, España, julio 2018). En 2019 salió su primer libro de cuentos *La villa de los azotes*.
Φ

J. L. MUCIÑO

Don De*

AHÍ VIENE Don De. Sé que es él, porque camina por el pasillo siempre haciendo ruido con sus zapatos, siempre poniendo el énfasis en su pisada, en especial en la parte del tacón. Ahí viene Don De. Y no es que lo odie, no; es más, ni siquiera lo conozco, pero no sé. Su sola presencia me resulta aterradora.

Ahí viene Don De. Sus pasos suenan, se escuchan, se acercan, van por el pasillo; ese pasillo que hasta hace unos momentos era tranquilo y plácido y vacío; ahora ya no lo es. Don De se detiene. Está justamente afuera de mi puerta, sabe que estoy aquí, y yo sé que es él. De alguna forma, sin conocernos, sabemos perfectamente quiénes somos. Somos el mismo.

Don De se escabulle, se vuelve luz, humo, neblina o se desliza, según su gusto, hasta que finalmente da al interior de mi cuarto. Me mira por unos instantes como se mira a la nada. Y el delirio empieza. Don De va y se sienta en mi cama. Y ahí se queda, en silencio, callado, quieto. Me mira. No sé cómo son sus ojos, pero siempre los siento pesados pesados, así como si al sentir su mirada se me vinieran kilos y kilos de todas las cosas existentes.

He tratado por todos los medios de negarle la entrada, pero nada resulta. He tapado con toallas las comisuras de la puerta de mi habitación, pero entonces entra por las comisuras de la ventana. He tapado cada grieta posible por donde se pueda escabullir, pero siempre todo resulta en una derrota. Me he abnegado. Lo he aceptado.

Ahora Don De está a mis espaldas viéndome escribir, pero eso a él no le importa. Él tiene un montón de paciencia, me ha llegado a esperar inclusive por horas. No importa que sean las tres o cuatro de la mañana, él espera ahí como ausente hasta que yo termine lo que tengo que hacer. Si yo tengo insomnio, él lo tiene; si tengo cansancio, él lo tiene. Él es como yo, y eso es lo que más me asusta.

Hubo un tiempo en que Don De no se atrevía a entrar a mi cuarto, pues descubrí que tenía ciertos puntos débiles que aproveché en su momento;

por ejemplo, la música. La música era uno de sus puntos débiles, mientras más fuerte y mientras más me gustase la canción, Don De se alejaba más y más. La luz y las risas también eran otros de sus puntos débiles, mientras más luz y mientras más risas yo tuviera, Don De no se atrevía siquiera a poner un pie dentro de mi cuarto. Pero todo ha cambiado. Don De se ha vuelto como yo o... ¿yo me he vuelto como Don De? Francamente no lo sé, no podría decirlo. Ahora a Don De le importa poco la música, la luz o las risas. Ya no tiene puntos débiles. Se ha convertido en un monstruo, en un algo, en un ente, tan ajeno a mí que ya me es difícil controlar. Pero no importa. Creo que terminaré sabiendo cómo lidiar con él. Siempre lo hago.

Estoy cansado, la energía se me va, el pecho se me desinfla, mi cuello se cae, mis ojos ven para abajo. Su mirada hace efecto. Apago la luz y la computadora, dejo la silla y él crece. Camino a mi cama y le digo a Don De que se haga a un lado, y lo hace, me da espacio; al menos me escucha. Quito una por una las cobijas, me recuesto y me tapo. Me acurruco, me acomodo, cierro los ojos y siento cómo él me empieza a abrazar, y su abrazo no es cálido, sino frío; es de ese frío que te enciende las entrañas y las deja vacías, sin nada. Y él me deja de abrazar, se levanta, hace sonar nuevamente sus malditos zapatos, llega a la puerta y se desliza por debajo de ella. Mis ojos me pesan, estoy cansado, estoy vacío, tengo sueño, voy a dormir. Y antes de olvidarme de todo y entregarme al sueño, escucho a Don De decir del otro lado de la puerta:

—*Mañana nos vemos.*

Muciño, J. L. (México, 1994). Graduado de Comunicación y periodismo en la FES Aragón por parte de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Ha publicado un par de cuentos: *Alas* (2019), y *Don De* (2020) en la revista digital *Primera Página*.

*Publicado en Revista digital Primera página, 26 de mayo de 2020

Φ

BEATRIZ MUÑOZ MORALES

Prisión

MELANCÓLICA

la tarde deja brotar su llanto,
desde la azotea de mi casa
observo los pájaros verdes
prisioneros en las ramas del árbol,
el viento los obliga
a golpearse unos contra otros.

Soy pájaro preso entre mis sueños.

A lo lejos
un relámpago enciende el arcoíris
que tímidamente aparece
y me hace sonreír
esperanzada.

Muñoz Morales, Beatriz. Originaria de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Ha publicado *La Diadema de Esmeraldas* (1991), *Palabras Dispersas* (2015), en la Colección El Arca de la Memoria de Coneculta Chiapas. Ha publicado en las antologías: *La que va Dictando el Fuego*, en la revista *Cantos sin Fronteras*, *Sólo Humana*, *Tardes de café*, *Frutos de la Tierra*, *Sanctorias*, *Poemas con Dedicatoria*, *El Universo Poético*, *Voces de Chiapas*.

Φ

RUSVELT JULIÁN NIVIA CASTELLANOS

Los caídos

NOSOTROS VAMOS por los desfiladeros,
nos balanceamos con el vértigo,
ponemos en riesgo la conciencia,
cortando dolores de sangre,
este descarrío nos flagela,
ocurre un vacío fugaz,
llegamos al fondo del cañón,
aquí alcanzamos lo más frío,
nos revolcamos en el fango,
por la maldad yacemos en esto negro,
soportando la palidez de nuestras caras,
mientras hay en el ambiente hedores ácidos,
cuyos espesores tenebrosos,
trancan nuestra respiración,
ahorcados estamos en el desdén,
suenan gritos por todas partes y
nuestros cuerpos se asesinan.

Grávida modernidad

ESTAS REALIDADES suceden otoñales;
reaparecen por entre pesimismos los individuos,
ellos vagan con los rostros desgastados,
sin saber para dónde dirigir sus vidas, llenas de pánico,
preocupadamente incurren en lo sombrío.
Como seres desconocidos,
se adentran en un laberinto ruinoso,
realizando distintas vueltas extraviadas,
presencian el caos de la fealdad,
solamente recorren sus caminos de tenebrosidad,
allá donde experimentan lo grotesco con el dolor,
pesarosos devanean entre sus pesadillas.

Menos desiguales, persisten en la sordidez,
ellos sufren como unos obnubilados,
declinando hasta lo muy inmundo,
recaen bajo sus tinieblas espectrales,
saturados de enfermedades y en obcecaciones,
penan mareados con sus mentes errabundas.

En la pesadilla

LA GENTE se confunde;
sus ojos se rayan, la demencia
los extravía en la borrasca,
el desaliento los envuelve.

Ellos van repletos de desidia;
sus soles se quiebran, la cólera
los empuja hacia el descontrol,
el vicio los comprime.

La muchedumbre se asfixia;
sus venas se dañan, la oquedad
los absorbe en la quietud,
el desespero los enfría.

Desunidos andan sin naturalidad;
sus halos se estallan, la apatía
los deja en la amargura,
el fracaso los consuma.

Nivia Castellanos, Rusvelt Julián. (Ibagué, Tolima, Colombia, 24 de septiembre de 1986). Comunicador social y periodista. Ha participado en los talleres literarios: Taller de cuento; Hugo Ruiz Rojas, Universidad del Tolima, además asiste al taller de Relata, Escribarte, Ibagué.

Φ

MAURICIO OCAMPO C

Seguridad en tiempos de pandemia*

UN Cyberdyne Systems T-800 me apuntó con su escopeta.

No pude omitir mi risa. Entonces me quité el cubrebocas, escupí su rostro y me di la vuelta.

En tiempos de Covid-19, nadie está seguro.

Ocampo C., Mauricio. Poemas y cuentos suyos han aparecido en varias antologías de México, España y Argentina. Así mismo ha prologado varios libros. Sus publicaciones más recientes son los libros *También los CERDOS tienen alas* (2017), *ABYECTARIO* (2018), *Paraphiliacs en 7 tomas* (2019) y *Fosa común* (2020), todos en ATZediciones. Actualmente colabora en la revista literaria *Tropo a la uña* y es promotor de salas de lectura.

*Texto publicado en el libro *Posmoderna Oquedad*, 2020.

Φ

ERNESTO ISSAC OSORIO HERNÁNDEZ

Testamento, diario

UN REVOLVEDERO es mi cuarto,
las sombras de mis máscaras han sido preñadas por la primavera y ahora
el verano.

Llevo hasta hoy, noventa días de no extender el abrazo hipócrita a mis
familiares y vecinos.
(Abro las ventanas y contemplo en el más sepulcral silencio a los árboles.
Quietos)

Van meses en que no finjo de frente que alguien es de mi agrado, mucho
menos he vuelto a sonreír si alguien se estaciona en mi mirada. Sigo
avanzando con la sonata en el labio y el repique alegre en el tímpano.

-No he retomado el ritual de dar los buenos días a los pasajeros de las
combis.

No me lavo las manos con compulsión alguna.

Leo sin descanso todo lo que he rescatado de mi cuarto.

Trabajo en mí más de lo que jamás había hecho en mis propios encierros-

(Y aumenta la envidia que me profesan quienes me ven desparpajado,
manteniéndose con rigor y fuerza en su quehacer, esto sin novedad desde
hace años)

Arriba de las puertas del barrio penden listones fúnebres, empapados
confetis que al suelo nunca llegaron o retazos que el arcoíris no bautizo.

-Todo esto a la par de que me acobardo por una opresión en el pecho-

Mientras me desvelo como pasatiempo, escucho pasos estruendosos de
mis vecinos de arriba, y soy capaz de adivinar por sus pisadas:
preocupaciones, prisas o seducciones. Toso por nervios o ansiedad,
aunque me fastidio de hacerlo al pasar de los diez minutos.

(Amanezco y duermo leyendo suplicas de personas que han encontrado en el quehacer escénico un pago económico seguro, una comodidad y un aplauso con el que se avalan para sentirse talentosos o graciosos; más no una pasión que se les despierte en el andar y trascender a pesar de cualquier reclusión)

Llevo semanas dándome cuenta de que se me están muriendo los míos, los que consideraba míos y a quienes siempre me he de deber. Sigo trazando la zanja de la sala al corredor.

Se han ido mis canciones en sus voces, mis películas se han ido todas en sus ojos, mis letras se fueron en sus manos, mis certidumbres se escaparon en sus alientos, mis plegarias...

Cajas y cajas he visto llegar para luego descender.
(Vestidos de madera para luego entintarse de lágrimas y raíces secas)

Recién se fue mi papá y para allá le sigue mi madre...

-Con sorpresa al abrir los ojos, me sigo reconociendo. Extiendo las pupilas agudizando el sonido que nace de mis sienes y me veo allí como desde hace casi treinta años-

(Lejos estoy de cumplir mi valiente sueño de morir como un mosquito que se acerca a beber agua de melón en una jarra para morir ahogado, y despertarse luego en el estómago de algún extraño)

Orosio Hernández, Ernesto Issac. (CDMX). Actor y director escénico (Improbocas 2012-2016) y director del Proyecto bla, bla, bla, con 18 años de trayectoria artística en cine, música, radio, circo, televisión y medios digitales. Colaborador de: Fundación Michou y Mau; John Langdon Down; El instituto Mexicano de la Audición y el Lenguaje; entre muchos otros. Reconocimientos por “trayectoria personal y profesional en la defensa, promoción y desarrollo de la Cultura Mexicana” en Mundo Artesanal y por el proyecto cultural “Gira-Fest”, Unidos X el Arte 2016. Ha publicado en la

revista impresa y digital *La cigarra* No. 3, en San Luis Potosí, México, para la *Revista Cultural Caravana* No. 41 (Nezahualcóyotl, Estado de México, febrero 2018), revista *Letras Rebeldes –Arte en las Venas-* edición especial Microcuento (CDMX, febrero 2018), en el segundo aniversario del fanzine *El club de los broken hearts*, *Carta de las cosas que nunca dije* (Cholula, Puebla, febrero 2018) y en la revista digital *Histerya* (CDMX, marzo 2018), LAZOS Colectivo Fanzine (marzo 2018).

improissacosorio@gmail.com

Φ

JOSEFINA PATANÉ

Otra vida

A TRAVÉS de mi ventana
observo la vida y la no vida.
La calle está desierta nadie anda por ahí por ahí,
no se escucha el sonido del andar.
Bajo un manto de silencios permanecen las fábricas
y comercios
¡cuanta quietud!
Provoca un inmenso vacío, la nada, la soledad.
Todo permanece oculto la vida transcurre en penumbras.
Los pasos no existen y el humano está adormecido.
Cubrieron su boca.
Lo confinaron, lo callaron, sin embargo...
Ante esta vida que parece agonizar
hay una luz, una esperanza.
Algunos han iniciado un viaje a su interior
y descubrieron la riqueza
que no veían por el trajín de la vida.
Entonces.
Apareció el poder del alma,
despertó su esencia, su energía entendiendo
que todo fluye, que nada es estático.
Todo se moviliza aún en la quietud.
Entonces, el hombre continúa en movimiento.
Y hoy, lo hace en su interior.

Cada engranaje

UN PENSAMIENTO es como un engranaje,
va caminando lento en su comienzo
como pidiendo permiso en su andar.
Otras veces vuela alocado como lo hacen las hojas
en un remolino que giran y giran

para caer agotadas en una esquina quedándose dormidas
esperando un sueño o quizás un soplo que las haga bailar.
Y el pensamiento aguarda aquella danza.
Un instante o una señal que le dé la orden de partida.
Pero a veces se agolpan.
Se hace difícil.
Y como una explosión sólo uno salta
y dice basta
vayamos de a poco.
Todos podemos caminar en forma serena
como aquella gota que cae al mar.
Porque si se amontonan, ese mar se transforma bravío
y las olas pelean para rendirse en la orilla.
Cada engranaje se mueve, se va uniendo, se va encajando.
Hasta que el movimiento se hace uno.
Como aquel pensamiento que logra ganar.

Mi tiempo

TOMO la energía de las estrellas
y la energía del universo
entra al interior de mi ser,
liberando, subiendo, escalando,
equilibrando lo dado,
entrando a un espacio sagrado,
enfocando, sintiendo, inundando todo mi ser.
Tomo la luz de los astros que en un instante se expande
y entonces, recuerdo mi origen estelar.
Mi visión se aclara, mi garganta grita el amor a la tierra,
el amor a la vida.
Es mi tiempo de reclamo, de sentir la vid palmo a palmo.
Embriagarme con mi tiempo suspirando el verde.
Y las calles desiertas con un silencio implacable.
Es el reloj que danza con un ritmo especial y la noche
es dueña de un destino que brilla en silencio.
Sólo se oye a la luna dialogando con el mar.

Patané, Josefina. (Buenos Aires, Argentina). Es poeta, artista plástica y docente en arte visual. Escribe poesía, que ha sido publicada en diferentes páginas literarias y medios sociales. Actualmente está trabajando en un proyecto literario que comprende un libro de poesía.

Φ

ALEJANDRA PÉREZ CRUZ

Encerrado

A MÍ NO ME PESA la cuarentena. Entiendo que afuera hay más peligro que en mi casa. Aunque te diré, hubo un tiempo donde era casi igual, donde mi hogar se convirtió en campo de batalla y tuve que hacer trincheras y portar arma al hombro para defenderme. Fue mi padre el principal enemigo, aunque en realidad era sólo mi inseguridad, y el hecho de no aceptar quién era. Es sencillo vivir en mi casa, estar en tranquilidad sin molestar a nadie y sin que me molesten realmente. He leído bastantes libros en todas sus formas y de diversos temas. He procurado intentar aprender un nuevo idioma, y me entretengo en series que me gustan desde la infancia. A mí no me pesa el encierro, a mí no me desagrada estar a puerta cerrada y en un lugar limitado, pero cómodo en realidad. La causa es muy sencilla, llevo media vida encerrándome a mí mismo en el fondo de mi persona, pues no es sencillo ser yo ante los demás. Habrá quienes digan que estamos en pleno siglo XXI y ser como soy ya no es visto mal, pero por ¡Dios!, miren a las personas aún señalar con el dedo, aun prohibir, quemar, matar o limitar. El encierro no me ha afectado tanto como a los demás, pues sé perfectamente cómo mantenerme en las sombras, como sobrevivir sin salir a la luz o a respirar, simple y sencillamente porque yo viví años en el closet antes de la contingencia.

Tártaro

ESTUDIAR, quedar fuera del programa, regresar a casa, buscar empleo. Resignación, y al final una cama vacía y mucho alcohol. Abrir los ojos con la luz del sol, levantarse, ver el celular, asearse, vestirse, desayunar, lavar la vajilla, leer, internet, leer, escribir, comer, leer, buscar empleo en línea, botanear, buscar universidades, ver la televisión en familia, escuchar música, cenar, contestar mensajes, comer galletas acompañadas de leche, acostarse, un rato en el celular, masturbarse, fantasear, dormir, soñar, soñar y una vez más, despertar. Después vinieron las noticias, cuarentena en Europa (que primero fue en China), cerraron las fronteras, nada bueno, ganas de llorar, y llegó a México, muertes, policía, estúpido

Gobierno, estúpidas personas, estúpido mundo. Y la rutina no cambió en realidad. Abrir los ojos con la luz del sol, levantarse, ver el celular, asearse, vestirse, desayunar, lavar la vajilla, leer, internet, leer, escribir, comer, leer, buscar empleo en línea, botanear, buscar universidades, ver la televisión en familia, escuchar música, cenar, contestar mensajes, comer galletas acompañadas de leche, acostarse, un rato en el celular, masturbarse, fantasear, dormir, soñar, soñar y una vez más, despertar.

Luego vinieron las peleas de papá y mamá, la falta de dinero, el internet se cayó, los libros ya no fueron suficiente porque el hambre es peor, encierro, jaula de oro y de paso al óxido, la luz se apagó, esto no es bueno, plegarias y rosarios, no hay respuesta ¿Dónde está Dios? Entonces hubo algo nuevo, entre la búsqueda y la música surgió un ferviente deseo, un sueño de pie que prometía la libertad después de tres meses, qué bello sonó aquello, entonces era la esperanza, la luz en medio de todo miedo, pero se cumplió el plazo y aún hay candados, se cumplió el plazo y seguía la misma tonada. Nadie más despertó después de todo eso, cual sueño de Bella durmiente la eternidad se congelaba mientras todo lo demás terminaba, y entonces... Abrir los ojos con la luz del sol, levantarse, ver el celular, asearse, vestirse, desayunar, lavar la vajilla, leer, internet, leer, escribir, comer, leer, buscar empleo en línea, botanear, buscar universidades, ver la televisión en familia, escuchar música, cenar, contestar mensajes, comer galletas acompañadas de leche, acostarse, un rato en el celular, masturbarse, fantasear, dormir, soñar, soñar y una vez más...

Pérez Cruz, Alejandra. (Aguascalientes, México). Estudió la Licenciatura en Letras hispánicas en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Es activista LGBTQ+ en el grupo CUIR UAA. Ha impartido talleres de creación literaria y de teatro, así como diversas clases y conferencias en instituciones estatales. Tiene textos publicados en antologías y diversas revistas digitales en México y Argentina.

Φ

NORMA PÉREZ JIMÉNEZ

Confinamiento

NO ME ENTRISTECE la ordinaria algarabía de la calle
con su enorme toro de viento
embistiendo lo que encuentra a su paso,
ni la melancolía jugando a las escondidas
con los últimos rayos de sol,
me duele la quietud que se queja en silencio,
no hay risas que fracturen la inercia de las cosas,
no hay al fondo ni sombras ni escombros de ayer.

El caserío está enlutado
y la tristeza se columpia desde sus umbrales
bajo las oraciones que no abren el cerrojo
de esas desgastadas puertas.
Cómo echo de menos la banalidad de la gente,
la audacia de los niños,
las risas estrepitosas,
el claxon iracundo de alguien yendo de prisa.
Se consumen las horas sin besos ni abrazos,
sin olor a pan compartido.

Hay un eterno desasosiego fibrilando
en el insomnio de días y noches enteras,
me duele que se ahogue el "te quiero"
con la extendida mano de un abismo.
Me duele llegar tarde a la despedida
con el rancio puño de tierra
y mil palabras a la deriva
que ya no son oídas por nadie.

Casi a diario muere alguien a quien conocí,
a quien amé y el llanto se desparrama
por todas partes,

me duele el fétido olor de todas las ausencias
que diezma el ánimo de mi gente,
me arranca el alma el sepulcro anónimo,
sin flores, sin cruz, con el epitafio adherido
a la neblina de lo desconocido.

Pobre de mi calle, languidece como niña
desamparada, su naufragio se enmohece
y la ebria tarde del pasado no conjuga
mi verbo. De pronto todo se reduce
a soñar despacio, a precipitarse
al fondo del abismo, con la ceguera
y la mutilación de uno mismo.

Mañana no necesitaré más brazos,
si no puedo abrazar a los que amo,
arrancaré la forma mortal de mis labios,
calcinaré el instinto del beso
y el espectral deseo de ir corriendo
como liebre por la nítida soledad de la luz
y su congoja.

Qué triste me siento a todas horas,
con la pesada carga sobre mis hombros,
a veces oigo a lo lejos la canción melancólica
de mis viejos. ¡Qué bueno que no están aquí!
Que no son testigos de lo que veo.
La quietud del viento lleva y trae los lamentos
y el olor a muertos.

Pérez Jiménez, Norma. (Hidalgo, México). Presidenta de la Academia Nacional de Poesía correspondiente al estado de Hidalgo. Subdirectora del Colectivo Poético Voces Hidalguenses. Locutora de radio online www.acropolisradio.com

Φ

CARLOS R. KOBRA & HAYDEE R. CADENA

(Poema escrito a dos manos, a la distancia desde el oriente del estado de México y en el estado de Oaxaca, sólo se ha publicado en una versión multimedia en :

<https://www.youtube.com/watch?v=GZRyqPR0b4g>

Esos tiempos - Carlos Ramírez Kobra ft Haydee Ramos cadena)

Esos tiempos

TRAS DESPERTAR teníamos alas
y en los ojos olas,
en la metamorfosis de nuestros cuerpos
nuestras almas gritaban hastiadas,
por el calor de los sueños ardiendo.

Tres inviernos y un verano después
nos brotaron flores de las manos.

Vimos aviones desfilando
por cielos ocres.

En la avenida
llovían girasoles,
gotas de lluvia
que dejaban pasar un eco de luz.

Eran esos tiempos que saben a todo
y nada,
cuando la noche nos alcanza
y el día llega tembloroso
a tocar la ventana.

Esos tiempos de estatuas violadas,
de calles desiertas,
niñas encerradas,
personas cubiertas de la cara

caminando bajo la lluvia.

El agua era torrente que limpia
y lleva los pequeños soles
flotando en el charco
que sonrían al mañana.

Esos tiempos de miedo en las venas,
miedo resbalando por piel,
pero el contacto humano
había parido distancia.

Vientos morados incendiado las calles,
una primavera nos quedamos sin mujeres,
los dientes no nos alcanzaron
para chocarlos una y otra vez.

De nuestros corazones nacieron robles
en días de incertidumbre y odio,
pasaron años para que el amor
floreciera de nueva cuenta.

Y floreció en medio del asfalto,
en la comunidad recóndita,
en el embrión que crece
en la noche fresca que acaricia el cabello.

Apenas hoy un niño ríe
y busca a su madre con todo su aliento,
como la noche en que aprendimos a querer,
nos quedamos una vida de gato,
y renunciamos a seguir muriendo.

Caminamos una vez más
por la espiral del tiempo,
en los ojos de nuevo... reflejo de sol,

las mujeres caminaron a otros rumbos

siempre gozosas en el estruendo,
con las bocas cubiertas desde antes
por el anonimato forzado,
la lucha continúa.

Descubrimos el coraje y el amor,
al portar los labios de las que ya no están.

Ahora nos tapamos la boca
por todo,
nos cubrimos para no morir,
pero no para callar,
nunca el aislamiento logró quebrarnos,

nunca.

No,
no será para esos, ni estos tiempos.

En la voz creció la fuerza
y las células del cuerpo reventaron de ternura,
la que conservamos en la carne.

Ramírez Kobra, Carlos. (Ciudad Neza, 1984). Poeta y publicista, es coordinador de la Plataforma PLACA en la Ciudad de México. Es coautor de las *plaquettes* *Los Salvajes de Ciudad AKA* (Deleátur, 2012) y *Una palabra con nombre bala* (Dos10, 2015), y autor del poemario *Own Dream Code* (Ultramarina C&D, 2020). Fue director de producción en Books and Chips y actualmente es Head of Art de la agencia digital Punta Cometa.

Ramos Cadena, Haydee. Estudió Lengua y literaturas hispánicas en la UNAM, fundadora de la organización *Come Libros y Promoción Cultural A.C* que cuenta con una Sala de Lectura en el barrio de Indeco, Santa Cruz Xoxocotlán, Oaxaca. Autora del libro *A los 8* (SECULTA, 2014). Su escritura se ha distribuido en diferentes libros tales como *Antología de mujeres poetas en el país de las nubes* (2006 y 2007), *Generación de los 80's*, (UAP, 2007), *Antología Chilango Andaluz* (Sevilla 2007-2008). Antología *Las poetas del megáfono* (2009), entre otras publicaciones.

Φ

NORTON ROBLEDO

(del libro inédito *Encerrado en el laberinto de los días*)

Encerrado en el laberinto de los días

SUCEDE QUE A VECES me pierdo en este mundo.
Sucede que a veces en el silencio de la noche
mi esencia vuela hasta alcanzar el cielo.
Voy saltando de estrella en estrella
tratando de encontrar los pasos perdidos
en el laberinto de mi buhardilla de poeta.

Encerrado en el laberinto de los días
contemplo el cielo buscando un signo
una señal en la infinitud del Universo.
No los encuentro no hay signo no hay señal
y entonces me siento un huérfano estelar.
Aquí estoy sentado bajo el hechizo
del lugar más claro de la luna.
Sucede que a veces me pierdo en este mundo.

La poesía un grito rompiendo el silencio

HE DESPERTADO en el umbral del portal del universo
cuando estaba bajo la luna llena a los pies de la playa
de unos ojos de ensueño a la que llegan mis pensamientos
en un constante devenir del tiempo.
Afuera el día está gris, las calles desiertas
y sumidas en el silencio.
A pasos apresurados la Pandemia
portadora del virus avanza de norte a sur,
trae un manto gris sobre sus hombros,
su rostro frío e indiferente va a los lugares vulnerables
los que no fueron protegidos a tiempo
porque con el gobierno de Piñera
todo tiene un sentido de clase, y los ricos,

la clase acomodada, la "gente bien " han sido protegidos,
desde el comienzo en desmedro de los más sencillos.
Han tomado "medidas de protección"
cuidando los intereses de los empresarios,
los bancos, y los grandes comercios.
Sé que algunos dirán que esto no es poesía,
otros se preguntarán ¿por qué el poeta
tiene que hablarnos de estas cosas?
si a nosotros nos gustan tanto sus romances.
Sucede que no voy por la vida con ojos y pasos de turista
sucede que aún en estos tiempos
aún en estos días resistencia es vivir
es resistir y luchar.
Sucede que la poesía es el árbol señalando el camino
es el testimonio de los tiempos,
es un grito rompiendo el silencio,
un grito de rebeldía proyectado al futuro.
Más hoy he despertado cuando estaba bajo la luna llena
a los pies de la playa de unos ojos de ensueños.

El universo lo sabe y guarda silencio

LOS SEGUNDOS sentados en la sombra
se aburren contando los minutos.
Los minutos sentados en un camino
en medio de los segundos y las horas
se mueren de impaciencia ante la lentitud del paso del tiempo.
Las horas no quieren saber nada de los días de aislamiento.
A los días les fastidia el encierro en cuarentena,
mas sucede que el tiempo viene pasándole la cuenta al hombre.
La naturaleza lleva sobre sus hombros el peso de la mano
de los que llevan el signo del mercado y del comercio en sus frentes.
Los que con su avaricia y fines de lucro están llevando
al mundo a un ciclo de temor y de psicosis colectiva.
La tierra llora, la naturaleza grita su dolor,
el miedo está habitando en la televisión en el salón.

Mientras la Pandemia avanza por el mundo
llevando el virus portador de la muerte.
Un ciclo termina y otro ciclo nuevo comienza.
Todo ya no es todo, lo mismo ya no es lo mismo
ni el aire que respiramos es ya el mismo
ni el hábitat es el mismo, ni el leitmotiv es el mismo.
Los de antes ya no somos los mismos.
Es la ley de la correspondencia
el universo lo sabe y guarda silencio
este encierro es como ser sin estar
todo pasa y sólo quedan los momentos
perdidos en los laberintos del recuerdo.
Ahora es el tiempo de ir a rescatarlos a través del silencio.

Te seguiré esperando toda una muerte

DON PABLO Rojo se levantó a la misma hora de todos los días, era la costumbre después de toda una vida de trabajo. Hacía más de 30 años que se había pensionado, pero tenía la hora de levantarse adherida a la piel. Todos los días son lunes, pensó mientras miraba a través de los grandes ventanales de la casa hacia las calles. Afuera el día está gris, las calles desiertas y sumidas en el silencio, ausentes de ruidos y de gentes. De norte a sur, a lo largo y ancho del país, la Pandemia portadora del virus avanzaba a pasos apresurados. Hacía dos semanas que el pueblo estaba en cuarentena, pueblo campesino. Pensaron que ahí el virus no iba a llegar cuando fueron testigo de tres contaminados en una familia. Ellos mismos y sin avisarle a nadie se encerraron en sus casas. Los más ancianos recordaron el año que el Depredador Errante pasó por el pueblo; su llegada había sido anunciada, precedida por un calor que incendió los sembradíos, mató animales, y los pájaros que sobrevivieron fue porque se mantuvieron escondidos entre las sombras de los árboles. Muchos años después, los que eran niños le contarían a sus hijos que los pájaros desesperados por el calor volaban hacía la laguna. Ellos los veían venir desde el aire con las alas echando fuego y caer asados. Para los niños este acontecimiento asombroso fue una fiesta, estaban acostumbrados a perseguirlos tirándoles piedras con una honda, derribarlos de los árboles

y luego sacarles todas las plumas, las tripas, y comérselos asados en fuegos improvisados que hacían escondidos, lejos de la vista de sus padres. Desde esos días que se quedaron detrás de las cortinas del tiempo, el pueblo había vividos de tanta conmoción e incertidumbre.

Don Pablo Rojo tenía 7 años cuando el Depredador Errante pasó por el pueblo. El alboroto que provocó en el pueblo la Pandemia lo llevó a sus días de infancia. Esto es diferente, se dijo a sí mismo mientras se dirigía a la cocina, se preparó café, se sentó a la mesa, con gran esfuerzo retiró la silla, cada vez pesa más. Se sirvió un café amargo, bebió un sorbo. Fue entonces que sintió la presencia de Perla, estaba bebiendo café a sorbitos como era su costumbre. Lo contempló de los pies a la cabeza de la misma forma de siempre, mirándolo directamente a los ojos mientras le decía: —*Estás más delgado que el año pasado. Antes por lo menos te comías una tostada con mantequilla. Pero no me mires así, no he venido a decirte eso. He venido a decirte que te cuides. Mira que la Pandemia se lleva a los de tu edad. No olvides que mañana cumples 93 años. Pero tú no te preocupes mi amor pues yo sabré cuando te venga a buscar. Te he esperado toda una vida, así que te seguiré esperando toda una muerte, amor mío.*

Robledo, Norton. (Canela, Coquimbo, Chile). Poeta, escritor, ensayista y comunicador social. Miembro de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH) y de la filial SECH Sin Frontera. Ha publicado en Madrid (España) los libros de poesía *Cantos en tiempo de amor y de guerra*, libro que incluye poesía de los años 1969-2007, *Aires de libertad-versos y prosa de peregrino* y *El árbol del tiempo* (2019), editado por la editorial La Gorra, Chile.

Φ

MARÍA DEL ROSARIO RAMÍREZ MARTÍNEZ

Los secretos de la espera

TODO INICIÓ EN MARZO, en primavera, y las jacarandas florecen en toda la ciudad. Cuando las recuerdo, siento mi alma encogerse como una semilla de mostaza infértil, las imaginé rodeadas de pavimento solitarias llenas de su propia belleza. Ahí empecé a darme cuenta, que ya no transitaría libre para disfrutarlas y que mis pasos sólo serían dentro de mi casa.

La jacarandas son un pretexto, una idea violeta,
al caer sus flores acarician y navegan al aire.

En el suelo son tapiz
y puerta a otra dimensión.

Nuestro placer se deleita,
es infinito cuando las miramos esparcidas,
condenadas a su belleza verde violeta.

Su sonido es cálido y discreto deambula
como un pavorreal al esparcirse.

No hay rincón del universo donde no hayan mirado
con brillo de cristales,
ahora nos extrañan...

en las calles tan solitarias.

*

Cuando se manifestó el virus me dieron un cachorro, tan frágil y hermoso, así de bonito como son todos, puedo ver cómo crece entre paredes, la pulsación de vida y su propia dimensión es esparcida en el encierro.

Crece en un mundo sin afuera,
corre sin sentido tras una luz difusa
y sombras esparcidas en un resplandor,
su futuro será ¿cómo?,

¿disfrutará pisar las calles y oler los árboles?

Pasará muchos días en este espacio,
rodeado de cosas inútiles y bellas
en un orden procurado

y aire lamiendo rendijas.
Su pelo blanco esparcido
en todo su diminuto cuerpo
es terciopelo y gamuza a la vez,
salta sin saber que el mundo
ha sido guardado,
no conoce nada.

En su mirada permanece la expectativa de juego
y su inquietud insistente de
¿qué hay atrás de una puerta?

*

Covid,
nunca sabemos por dónde vendrás,
sabemos cómo atacas,
guerrero maldito, invisible
y aun así conocemos tu forma esférica,
eres virus con forma de Coatlicue,
ojos de serpiente que miran y apuntan
a todos los rumbos
a la humanidad,
al universo.
Eres reflejo del siglo
derrotas a los viejos,
compañeros y amigos.
Nos dejas lejos a los unos de los otros,
en crecimiento individual o colectivo
hacia el bien
o a la mediocridad.
Escondidos de ti hacemos conciencia
sentimos todo,
vemos a dios en cada cosa
a las semillas divinas
con su propio canto, algunas poco audibles
despiertan hoy...
y recordamos ayer, antier, ante antier,
reunidos, abrazados.

Donde algún día caminamos
es territorio desconocido,
desde hoy nos miraremos con cuidado,
adivinando lo vivido.
Saldremos algún día,
usando nuevos pasos
nuevos ojos
con acercamientos distantes
todo será nuevo
si libramos la batalla.
Los secretos triunfales
están al deslizar espuma de jabón
y frotar la esperanza
con agua clara que fluye
con el espíritu que purifica.
Hacemos alquimia
con las manos
y la lejanía del aliento de los otros.
Cómo oráculo miramos líneas significativas
ascendentes y descendentes
curvas y marcadores de muerte,
imágenes que queremos comprender
tras cristales aplanados
que miramos a diario,
con mujeres y hombres
reunidos, cuestionando a diario
tratando de sofocar sus miedos,
todo tan lejano e irreal.
Se dio un cambio:
los animales corren
en las calles y montañas,
las olas y el mar se limpian,
la arena y el aire se despejan,
cantan las aves en ramas y cables
respiran los árboles con las estrellas.
Se abrieron sospechas comprobables,

de saber que somos uno solo,
la misma comunidad,
nueva, única tribu
de un mundo recién barrido
bañado con luz
impecable, en un parto doloroso
injusto para tantos,
naciendo otra vez,
en la Tierra
que pone pruebas y tiembla,
pero recibe a todos
incluso a los que no la merecen.
Nuevos días se acercan.
¿Qué haremos con ellos?

Ramírez Martínez, María del Rosario. Arqueóloga, museóloga. Maestra en Estudios Mesoamericanos, bailarina de danzas tradicionales de la India y gestora cultural. Participante en encuentros de poesía “Mujeres en el país de las nubes en Colombia y en Oaxaca”. Algunas publicaciones: *Del hilo de la vida la creación del universo* (2012) y *Zoomorfos del cielo* (2017).
Φ

ALEJANDRO REYES JUÁREZ

Aletear de cactus

EL ALETEAR de los cactus es una metáfora
de cualquier cosa.

De los libros que caen de los estantes
y los versos en sus páginas rotas:

*Allá, en el reino otras manos amasarán la lluvia con la ceniza que llena
el sayo de los muertos.*¹

que los más exactos mapas llevan a los más temidos Nuncas:

*aquellos-que-ya-saben-que-No-pueden-Ni-deben-Regresar*²

*Bocanada de un Dios que fuma pájaros sin alas y poetas ebrios de
lembanza*³

*y nada será tuyo salvo un ir hacia donde no hay dónde.*⁴

De los que nunca tuvieron alas ni llegaron a serlo
y se quedaron en hojas abandonas,

se convirtieron en cenizas o se pudrieron en los rellenos sanitarios:

*Arrebaté esta noche a tu Dios mi destino,
mi voz es sólo de la sombra su eco.*⁵

Partí zurcido al viento.

Huyendo de todos; huyendo de mí.

*Con el destino marcado en las plantas de mis pies.*⁶

*Cerraron los caminos y aprendimos a ser tiempo. Nos dieron cadáveres
y se espantaron con nuestro amor a ellos. Dónde la ruta de retorno para
este des-cielo.*⁷

De los instantes

capturados, por una mirada entrenada

y un disparo calibrado,

colgados de la pared:

La caída del Regis y, entre la nube de polvo,
los símbolos de la patria.⁸

La pirámide para ningún dios que, niñas

levantan con ladrillos cargados en sus espaldas.⁹

La otra pequeña que no pierde la esperanza
de las alas de lluvia presentidas desde el muelle.¹⁰

De las cajas,
que guardan secretos e historias,
sobre los muebles, bajo ellos, entre los cajones y dentro de otras cajas.
De los guajes que aún palpitan la lluvia
y sueñan con los desiertos
y el abrazo de las chirinolas.
De las llaves oxidadas, los malacates y los fragmentos de obsidianas.
De las cactáceas que escriben el silencio del invierno
y florecen a contratiempo.
De las ventanas, el vaho
y el mundo fuera de ellas desmoronándose;
de las flores de jacarandas ya olvidadas,
aunque hayan rasgado las entrañas de la patria.
Del beso como revólver;
de la muerte que llega a los amigos
y las moscas que traen sus recuerdos desde las fosas.
De esta profesión inútil
que no me permite interpretar los sueños
ni que los agujeros en las paredes abran horizontes
y el mezcal continúa resbalando por la garganta
en noches de conversaciones con Arrellano;
coincido en eso de *Quiero creer que a pesar
de comprender que el amor se cansa,
es posible esta tranza de la ingenuidad.*
Ay, me lo tomo en serio,
y como quien se da un remedio lo vuelvo a decir:
“Nunca dejaré que te vayas.”¹¹
o Enciso sobre poesía, escribir con pausa
y de que *Estamos todos inmersos en los espejos.*
Casa de los espejos, espesos.
En este país, ya huele a sangre.¹²
De esta terquedad que ni el encierro doma
y este corazón que aún anhela, bajo las sábanas,

nuestra lluvia y nuestro relámpago.

El aletear de los cactus es una metáfora
de cualquier cosa
o de ninguna.

Sólo escribo para que la noche no me termine de borrar.

Notas:

- 1 Francisco Hernández, No visitaré el reino esta mañana. *El corazón y su avispero*, Ciudad de México: FCE, 1991, p.44.
- 2 María Auxiliadora Álvarez, Parece obligado, *Cuerpos y paréntesis del estupor*, Guadalajara: Mantis, UANL, 2011, p.18.
- 3 Balam Rodrigo, Bocanada de un dios que fuma pájaros sin alas. *Iceberg negro*, Tuxtla Gutiérrez: Atrasalante, Coneculta-Chiapas, 2015, p. 88.
- 4 Alejandra Pizarnik, La mesa verde. *Poesía completa*, Ciudad de México: Debolsillo, 2018, p. 449.
- 5 Fragmento de texto escrito entre 1992 y 1998.
- 6 Fragmento de texto con fecha de 2002.
- 7 Fragmento de texto de 2002.
- 8 Jesús Villaseca, *De la serie Terremoto memora vida*, 1985.
- 9 Lázaro Blanco, *La pirámide*, 1967.
- 10 Silvia Carbajal Huerta, *Descubriendo el gran horizonte*, 2010.
- 11 Carlos Arrellano, Nunca dejaré que te vayas, *Canciones domésticas*, Ciudad de México: Pentagrama, 1986.
- 12 Gerardo Enciso, Daga, *Cuentos del miedo*, Ciudad de México: BMG, 1993.

Reyes Juárez, Alejandro. (Ciudad de México, 1972). Reside desde hace casi 20 años en Ixtapaluca, Estado de México. Doctor en Investigación en Ciencias Sociales (FLACSO-México). Diplomado en Creación Literaria (INBA). Ha publicado *Ecos y silencios* (Eterno femenino, 2011), *Al filo* (Tintanueva, 2013), *Axolotl Constellation/ Constelación Axólotl* (Darklight Publishing LLC, 2017) y compilado *A contraolvido. Poemas para la evocación de los ausentes* (Alja, 2015). Poemas y cuentos suyos han sido incluidos en diversas antologías y revistas tanto en México como en el extranjero. Premio Nacional de Poesía Tintanueva 2013.

Φ

JONATHAN RINCÓN PRIETO

Temps Era Temps

“VOY A ESCRIBIR la historia de la ciudad más grande del mundo” dijo el niño. Su padre, más narcotizado que presente en el comedor, atinó a responder a la iniciativa con una sonrisa antes de volver a sumergirse en el delirio de su irreal creación, mucho más colorida que la ciudad de la que el pequeño se aprestaba a escribir. El hijo sostuvo su mirada un momento en la mirada de su padre antes de arrojarle nuevamente a los brazos de sus crayones y el dinosaurio dibujado en una pálida hoja de papel, mientras rumiaba la idea de su cuento con más entusiasmo que apoyo paterno. El papá tuvo su mirada perdida en el viento unos minutos más y se levantó de su silla para dirigirse al jardín que colindaba con la montaña; una suerte de espacio zen que volvía a conectarlo con la realidad. Contempló largamente las mariposas y las flores que improvisaban una danza crepuscular. Perdido en lo hipnótico de las alas que se batían alrededor del polen, el padre trató de silenciar las voces que se agolpaban en su mente y que no habían sucumbido al hechizo de los medicamentos despachados unos minutos atrás. Observó durante un momento la montaña que parecía moverse como un óleo sacado de su lugar por algún ebrio pintor y se maravilló ante lo asombroso de ese acompasado movimiento de los colores que no se salían de su margen.

Espantado ante su aterradora lucidez, volvió a ingresar a su casa. Se aproximó a su hijo que aún pintaba dinosaurios y lo elevó por los aires en un abrazo terapéutico que provocó carcajadas en el infante. Tomaron juntos el café, que si bien se servía en recipientes similares, para el pequeño se componía de yogurt y galletas mientras que para el canoso escritor se componía de un espresso y nada más. El hijo buscaba respuestas en la perdida mirada del padre.

—*¿Sabes qué es lo más bonito de la ciudad más grande del mundo?*
—interrogó a su padre. Con un recién estrenado interés en la historia de su hijo, el escritor volvió su mirada al infante.

—*Dime tú. ¿Qué es lo más interesante?*

—*Que caben todos* —dijo el niño. —*Inclusive mis primos y amigos.*

—¿Eso es lo interesante? Qué cosas más extrañas. A mí me gusta nuestra montaña porque no hay nadie.

—A mí me gusta más nuestra montaña cuando mis primos vienen y podemos subir todos juntos — dijo el hijo, a la par que gesticulaba como si hubiera recordado algo muy importante— ¿Vas a llevarme hoy a la montaña?

—Ahora mismo. Ponte tus tenis de ir a la montaña.

Preso de la alegría el hijo saltó de la silla del comedor y corrió a ponerse su deportivo calzado, cuyo agarre permitía al padre cierto aire de seguridad para el ascenso a la poco empinada montaña. Observó a su hijo intentar sin éxito atar sus relucientes zapatos y con un gesto le invitó a aproximarse para culminar personalmente la tarea ante la impaciencia del pequeño. Una vez estuvieron listos, se dirigieron a la montaña tomados de la mano. En el trayecto el hijo hacía las más variadas preguntas mientras el padre intentaba que el pequeño se concentrara en la historia de la ciudad más grande del mundo, y así enseñarle a crear una rutina creativa en aquel espacio. Pero de momento la tarea no parecía importarle demasiado al niño; solamente quería observar las mariposas y las aves que hacían de aquel espacio su hogar. El hijo se asombraba de cada resquicio y cada animal observado como si jamás los hubiera visto, a pesar de que las visitas a la montaña eran casi diarias, cuando el clima lo permitía. El padre dejó de insistir en que su hijo retomara el hilo de la historia y le permitió su curiosidad infantil por el resto del trayecto. Al llegar a la cima le pidió que se sentaran y contemplaran la ciudad, a lo lejos y hacia abajo. Tras un rato de silencio determinaron iniciar el descenso, aunque por una ruta distinta para calmar las ansias de explorador del pequeño.

Aquella noche el padre encontró dificultad para conciliar el sueño. Pasó horas dando vueltas en la cama con el pulso acelerado y los sentidos en alerta como si se tratara de un animal en una jaula. Mientras intentaba controlar la incipiente ansiedad salió al baño dejando al infante dormido; se fijó en que sus mantas lo cubrieran completamente y de que los mosquitos no estuvieran haciendo de su delicada piel un festín, y se dirigió al baño. Orinó acompañado de un escalofrío y de su alucinación más recurrente: unas pequeñas arañitas que trepaban desde sus tobillos

hasta sus rodillas. Acostumbrado al cosquilleo producido por los trepadores insectos y con el consecuente esfuerzo de recordarse a sí mismo que eran irreales y así rescatarse del umbral de la locura, se concentró en el real sonido de su orina estrellándose contra el inodoro y en el escalofrío producido por la helada noche. Escuchó a la distancia el ulular de una lechuza y concentró todos sus esfuerzos en determinar si el sonido era real o no hasta que, vencido por su incapacidad para separar sus dos mundos, volvió a la habitación. Su hijo navegaba en sueños en un mar de preguntas y anécdotas inventadas por su absorbente imaginación. “Más te vale que estés soñando con la ciudad más grande del mundo” pensó su padre antes de acostarse a esperar el amanecer con la mirada posada en el techo y con la mente en el recuerdo del sonido de la lechuza.

A la mañana siguiente el papá se levantó de la cama con la primera luz del sol. Se vistió y esperó a su hijo para el desayuno, atento a las líneas que se dibujaban en el piso, y sentado en el viejo sofá que se encontraba al lado de la ventana. Un terapéutico jazz sonaba en el estéreo ubicado sobre una mesa. Cuando escuchó la voz de su hijo llamándole se aproximó a la habitación y bajó las escaleras con su pequeño en sus brazos. Sentados mientras compartían su desayuno, el pequeño retomó la idea del día anterior:

—Otra cosa que me gusta de la ciudad más grande del mundo es que los edificios son azules.

Su padre sonrió mientras mordía un trozo de pan. A un descuido del pequeño, éste empujó con su codo la taza de chocolate y la bebida se dispersó por la mesa y el piso. El pequeño levantó la mirada a su padre temeroso de la reprimenda de éste, pero su padre solamente atinó a decir “No pasa nada” con una sonrisa que regresó la confianza y tranquilidad al pequeño. El padre insistió en que era un detalle sin importancia a la par que recordaba un episodio similar que le sucedió de pequeño mientras se encontraba de visita en casa de uno de sus tíos, y las carcajadas y los gestos de burla de éstos. Recordó a su tío anfitrión diciendo a los demás “este es el bobo”, y a él reconociéndose a sí mismo torpe, poco hábil, carente del encanto natural de sus hermanos, comprendiendo que efectivamente era el menos dotado de los tres. El recuerdo de la burla lo sumió en una profunda melancolía a la par que se prometía a sí mismo

una vez más que su hijo no crecería tocado por ese fuego. Sonrió a su pequeño mientras juntos limpiaban la mesa, pero el daño de la memoria ya estaba hecho; se dirigió al baño y se sentó en el inodoro con la cabeza entre las manos, sintiendo la tristeza que lo absorbía como una esponja. Tras un rato de infantil melancolía se dirigió a su mesita de noche y puso dos antidepresivos en su mano. De un golpe los puso en su boca y los apuró con un trago largo de agua, vigilando la puerta para que su hijo no viera la acción. Bajó al comedor y encontró al pequeño jugando con una serpiente de plástico. Aquella tarde jugaron un poco de fútbol y de lucha libre, mientras el papá intentaba apartar de su mirada la telaraña que la depresión posaba sobre su rostro, haciéndole ver las cosas en una escala de grises y azules. El hijo buscaba contagiar de su entusiasmo al padre sumido en el litio y los somníferos, que rara vez cumplían su misión si no eran acompañados de música suave y del sonido de la lluvia.

“Sé que debo dormir si quiero volver a escribir”, se decía para sí mismo el padre dando vueltas en la cama. “He visto cómo carezco de lucidez si no descanso bien. Realmente quiero dormir, pero no lo consigo. Tal vez deba dejar de escribir” pensó, y esa idea lo llenó de autocompasión y de tristeza. Reducido a la cama decidió salir al patio, desde donde podía ver los colores de la montaña moviéndose en distintas direcciones. Con la certeza de que no podría volver a escribir y de que su montaña era el umbral de su locura, volvió a la cama con el llanto haciendo las veces de la lluvia. Su hijo dormía plácidamente.

A la mañana siguiente mientras su hijo jugaba batallas imaginarias, se dirigió a su escritorio y releyó algunas de sus historias. Estaban bien, aunque aún podían pulirse. Tal vez Borges tenía razón y los escritores publicaban sus libros para liberarse de ellos y no pasar el resto de sus días corrigiendo borradores; incluso sus cuentos más alabados le parecían ahora niñadas merecedoras de unos cuantos fuetazos para ver si así aprendían a caminar erguidos, no tan escuálidos como los veía ahora en las hojas de sus libros. Estuvo leyendo toda la mañana hasta que fue sacado de su ensimismamiento por su hijo, quien le informaba que la historia de la ciudad más grande del mundo estaba lista. El padre se levantó pesadamente de su sillón y se dirigió al comedor conducido de la mano por su hijo, quien se adelantó para entregarle a su papá el cuaderno cerrado. La historia del pequeño comenzaba describiendo su casa, su

patio, su montaña de colores moviéndose y su jardín reparador visitado a diario por las mariposas, las guaridas de las arañas, la lluvia de las tardes.

—*Hijo, hablas de una casa. El cuento iba a ser de una ciudad enorme*—cuestionó el padre. El hijo lo miró con los comprensivos ojos de un príncipe que sabe que los adultos son lentos en aprender:

—*No has entendido papá. La ciudad más grande del mundo es mi casa. Aquí cabemos todos.*

Con los ojos abiertos como hace mucho tiempo no los tenía, el padre abrió el cuaderno una vez más y releyó la descripción de la casa. Se detuvo en el renglón que describía la puerta y decidió entrar por ella. Al ingresar a la casa observó que los colores no se movían, que la depresión era incapaz de cruzar el umbral y lo aguardaba en la puerta limpiándose el lodo de los zapatos. De repente sintió ganas de dormir. Antes de tomar una siesta quiso explorar si la descripción de la casa era lo suficientemente exacta y subió las escaleras. Allí se encontraba su escritorio y sus hojas de papel que aguardaban un nuevo trance creativo. Decidió aplazar la siesta y empuñó el lápiz, descrito por su hijo como una espada color aguamarina y con un pequeño número dos en un costado. Lo apoyó en una hoja de papel y empezó con la frase:

“Voy a escribir la historia de la ciudad más grande del mundo”.

Rincón Prieto, Jonathan. (Sogamoso, Boyacá, Colombia, 1986). Inició la incursión en el mundo de las letras como columnista en medios de circulación local y nacional, a la par que prepara el lanzamiento de *Carpe Diem*, el cual vio la luz en 2015. Tras este pionero volumen de cuentos comenzó a trabajar en la novela *Los testigos*, que apareció en el año 2018, junto con el volumen de poesía *Los versos del pirata*, y su nueva publicación *Liturgia de las horas bohemias*.

Φ



Chepy Salinas 2/3

IRMA RODRÍGUEZ

Ojalá que no sea tarde

NOS ARRASTRÓ el tiempo y nos dimos cuenta de lo solos que íbamos quedando.

Que el amor no es abstracto.

Que la vida no sólo es existir.

Nos arrastró el tiempo y nos dimos cuenta que las aves no son las únicas que tienen alas.

Que la esperanza no camina sola.

Que la libertad no es absoluta.

Nos arrastró el tiempo y nos dimos cuenta que llorar no es cosa de mujeres.

Que confundimos las horas con los minutos.

Que no hay día siguiente.

Nos arrastró el tiempo y nos dimos cuenta que no hay tiempo.

Que el viento detiene su incesante marcha.

Que afuera siempre ha rondado la muerte.

Nos arrastró el tiempo y nos dimos cuenta que cada lágrima es una historia,

un paisaje,

un monte,

un mar,

un río,

un toro,

un burro,

un pájaro,

un gato,

un girasol,

un árbol,

un cielo,

un labriego,
una piedra,
una liebre,
una hormiga,
una milpa,
una nube,
la hija,
la nieta,
la madre,
la novia,
el padre,
el novio,
el perro,
los hermanos,
los primos,
los amigos,
los amantes.

Arrastró la vida el tiempo.

El día menos pensado salió de la morada.

Caminó por una senda oscura y desolada.

Ni una palabra, ni huellas de sus pasos.

Ni el silencio entendió de su partida.

En su discreta estancia en esta vida.

Dejó gloria de una edad dorada.

Fue oro, lirio, clavel, cristal luciente.

Fue tierra, humo, polvo, sombra,

NADA.

Y entonces: nos dimos cuenta que llegamos desnudos al centro de la tierra.

Nos dimos cuenta que llorar es diferente.

¡Oh!, ¡hemos llorado tanto y tan mal!

¡Llorado sin inundar el alma!

¡Vivido tantas historias de otros caballeros andantes!

Ojalá no sea tarde para abrazarnos y llorar todo este insomnio, juntos.

Verano. 21 de junio del 2020

Rodríguez, Irma. Escritora Mixteca del Estado de Oaxaca de Juárez,
Oaxaca, México.

Φ

RAMIRO RODRÍGUEZ

De reversa

TANTAS VECES cayó en los arbustos espinosos del mismo sueño. Armando Dávila se dio cuenta de que los espejos lo miraban con fijeza, las mandarinas se lo comían con fruición, los coches lo manejaban por las carreteras, los tlacuaches lo asesinaban dándole golpes en la cabeza con una pala enorme. Todos los acontecimientos ocurrían en dirección opuesta.

Cansado por la situación, Armando decidió no volver a dormir jamás, olvidarse en definitiva de los sueños y la falacia de sus laberintos. Pero poco le duró el gusto. Al no dormir, empezaron las alucinaciones: el trabajo lo dejó para siempre, el agua se lo bebía cuando sentía sed, los libros leían las historias escritas en sus brazos, la orina del mingitorio regresaba para entrar a su cuerpo por donde había salido.

Si los perros usaran el mingitorio, pensó Armando Dávila antes de ser vencido por el sueño mientras orinaba, los hombres marcaríamos territorio cuando nos diera la gana.

Acto de contrición

LAS CALLES estaban solas, sin gente ni gatos ni perros, ni siquiera insectos volando bajo el resplandor del alumbrado público. Los transeúntes habían desaparecido al llegar los primeros suspiros de la noche. Las autoridades municipales habían declarado toque de queda ante los eventos recientes. Sin embargo, Xavier Quintanilla se desplazó como sombra por las paredes de los viejos edificios y las tapias.

Al pasar por la iglesia frente a la plaza, le pareció escuchar el eco cadencioso de las campanas. Pero sólo fue su imaginación. Creyó escuchar el silbato del tren en el norte de la ciudad. Pero sólo fue su imaginación. El silencio fue interrumpido por la pausada respiración de los árboles.

Xavier Quintanilla sintió un ardor atravesando el centro de su pecho. La detonación había salido del viejo edificio que veinticinco años atrás

había sido uno de los cines más populares. Cayó sobre la banqueta arrojando una acumulación de líquido espeso por la boca. Entonces recordó el soliloquio que pronunció esa mañana frente al espejo de su sala de baño, mientras se afeitaba.

No salgas de casa por ningún motivo, le había dicho a su propia imagen en el espejo. No lo hagas.

Entendió que las premoniciones se les presentaban a las personas en cualquier momento, sin advertencia; todo radicaba en conservar el entendimiento claro para identificarlas. Entonces perdió el brillo natural de los ojos, antes de perdonarse el no haber sabido interpretar las palpitations de su propio impulso.

Metáforas

AMANECIÓ con un entumecimiento inusual en su cuerpo. Adán Esparza se levantó de la cama, pasó a la sala de baño para descargar la vejiga y regresó a sentarse frente a su escritorio. Revisó las páginas sueltas llenas de metáforas, las carpetas de arillos metálicos que contenían páginas impresas y tarjetas con frases matonas.

Para el escritor, el proceso de corrección y pulimento de un proyecto literario propio era una experiencia única, una actividad de caminos múltiples que no cambiaría por nada. La libertad para manipular las palabras era un privilegio no sólo reservado para los dioses.

Tomó la página donde venía su poema más reciente. Lo leyó con atención, hizo algunas correcciones en el texto y volvió a leerlo. Entonces se petrificaron sus ojos, cesaron los parpadeos y salieron los ramajes de su cuerpo. Las enredaderas brotaron entre los dedos, las plantas de sus pies, el pecho, las axilas. Se enredaron en la silla, se extendieron como serpientes sobre el escritorio y se afianzaron con fuerza y rapidez.

Adán Esparza se perdió en la urdimbre de tallos y hojas que invadieron el escritorio, la silla, la habitación completa. Las hojas de las enredaderas -poseedoras de un intenso verdor- venían tatuadas con metáforas.

Rodríguez, Ramiro. (Nuevo Laredo, 1966). Premio Estatal de Poesía Tamaulipas 2008 (ITCA) y Premio Estatal de Poesía “Altaír Tejeda de Tamez” 2008 (SET). Compilador de antologías de poesía, narrativa y ensayo. En poesía: *Ínglima la ciudad* (2011), *Angahuan* (2014), *Partituras de insomnio/ Scores from Insomnia* (2016), *Discurso del aislamiento* (2017). En narrativa: *Sin oficio ni beneficio* (2012), *Mala intención* (2018). En ensayo: *El juicio neurótico Aproximaciones al pensamiento crítico* (2020).
Φ

CHEPY SALINAS DOMÍNGUEZ

Saludo de hoy

PARÁ SALUDARTE hoy
no te extiengo la mano fría y llena de bichitos
hoy te abrazo y te saludo
desde el corazón
en una mirada que tiritita
a la suave brisa de la incertidumbre de permanecer.

Pandemia 20

ALGUIEN PARTE mi pecho
bajo la oscuridad de mi alcoba
aquí siempre la gente se derrumba,
la locura llena la habitación
nos gritan que un día se acaba la vida
a pesar de los grandes pensamientos del siglo.
No puedo respirar
Buenas tardes, señores y señoras.
No puedo respirar.
se cierra por fin esa puerta,
todo lo que está en mí duele,
la vida como juego de azar,
cazo palabras para matar la soledad,
la casa cobija mis sueños, penas, dolores y esperanza...
guardo distancia del cuerpo,
pero viajo entre la vida bella
y la necedad frívola
de los que viven sin entender el dolor ajeno.
Algo duele a la soledad
adormecida entre las tinieblas,
me doy al naufragio, cierro los ojos,
y espero, espero.

Salinas Domínguez, Chepy. (Josefa) (Tiltepec, Jiquipilas, Chiapas). Licenciada en Educ. Sec. Especialidad Química por la Escuela Normal Superior de Chiapas. Maestría y Doctorado por la Universidad del Sur. Ha participado en lecturas de poesía de su autoría en: XXXII aniversario de la ENSCH, Encuentro Al sur de la palabra, San Cristóbal de las Casas, Museo del café, Museo de la marimba, Centro cultural Jaime Sabines, con Eraclio Zepeda en Circulo Editorial Azteca, en el XXIV Encuentro internacional de mujeres poetas en el país de las nubes, en la sala Boari del Palacio de Bellas Artes. Antologada en poemarios colectivos *Des-nudos entre la imagen y el verso*, *Destellos que arden*, *Palabras en libertad*, *Cántaro de voces*, *Cofre de cedro*, *Mujeres poetas por la paz*, *Mujeres poetas en el país de las nubes*, en la revista *Va de nuez* (Guadalajara), *Viejas brujas II* (ediciones Aquelarre), *La aldaba entre la arena* (Colectivo Entrópico), *Poesía desde la coyuntura: voces para caminar* y periódico *El machete* (Cleta-UNAM), revista digital *La piraña* (www.piranhamx.club); *Sureñas* (Coneculta, Forcazs). Libros de su autoría: *Cielo rojo* y *Letanía de soles viejos*. Promotora cultural de editorial Maya cartonera.

Fb: Chepy Salinas Domínguez
mayacartonera.blogspot.com

Fb: Maya Cartonera
Jossesad@hotmail.com

Φ

NEY ANTONIO SALINAS DOMÍNGUEZ

La tarde nunca será un lugar común

1.- LA HORA del café

El café está listo. Mi casa está inundada del olor a café recién preparado. Y empiezo a escribir en mi vieja libreta de anotaciones. Alguien llama a la puerta. Pero no deseo interrumpir este silencio dorado, esta paz de mil años. La verdadera riqueza de estos tiempos es el silencio. Jamás nunca mi casa ha estado cerrada a la familia, los amigos, a los pensadores, al artista, al luchador social de verdaderas y férreas convicciones humanistas, al pueblo. Quien llama a la puerta se va. Pero no tarda en volver o alguien más ha llegado a despellejar sus nudillos en mi puerta. Y yo trato de hallar las palabras exactas para que el personaje de mi novela justifique ante el lector crítico ese exceso de soledad con el que prefiere vivir su vida. El jazz es lo único realmente valioso y que puede estar a la altura del silencio. Y de las bocinas de este viejo computador emerge “The cat in the hat is back” de Wynton Marsalis. No puede haber cosa mejor, esta paz, conciencia limpia, sin deudas de ningún tipo y mi segunda taza de café calidad europea de exportación, taza nivel 84, la crema de la crema del café. Alguien llama a la puerta nuevamente. Con el tiempo me he dado cuenta que todas mis causas son perdidas, y que jamás renunciaré a ellas. Pero estos instantes de paz son míos, no quiero compartírselos, así que prefiero recostarme en la tumbona de mil años que tengo frente a mí. Es lo único que tengo. Mi mayor riqueza. La hora de mi café.

2.- La tarde nunca será un lugar común

Tras el ventanal observo a mis perritos: juegan, corren de un lugar a otro, persiguen pájaros de luz y mariposas transparentes por igual. Hasta parecen sonreírme. La luz que los rodea es azul y gris con trazos de algún dorado exquisito. El tiempo exacto en que el día no se ha ido, pero que ya se adivina la noche y las oscuridades cotidianas empiezan a llegar una a una.

En mi estancia el silencio lo es todo. Hay una vela aromática de naranja ardiendo. La brasa en la chimenea crepita. Trabajo simultáneamente en tres cuadernos y este texto en la computadora. El aroma de café recién preparado invade los pasillos y estancias; mis sentidos todos, mi vida entera. Y es éste preciso instante en el que deseo con todas mis fuerzas que el reloj se detenga. La tarde es un verdadero tesoro. Como el café, como la literatura, como el silencio y el jazz que empieza a emerger de las bocinas de la computadora. Sirvo una taza de café para Verónica. Su sonrisa es un sol. La tarde, una tarde; esa juntura de tiempo entre el día y la noche.

3.- Pandemiosos y virulentos

El pueblo está cerrado. Nadie entra y nadie sale. La autoridad ejidal ha puesto retenes en cada salida y una enfermera toma la temperatura de cada persona que pasa el filtro para poder entrar o salir, y sólo se permiten estos movimientos a los originarios del lugar y por una muy buena razón. Hay pequeñas patrullas de ejidatarios que recorren las calles y las entradas por las noches repartiendo café y comida a quienes cuidan los accesos cerrados. Yo salgo en una expedición relámpago a la tienda por lo básico, tabaco, azúcar, latas de sardinas, especias, alguna fruta, y de volada a mi casa, a leer y a escribir. Cultivo mi propio huerto y de ahí me alimento; hortalizas, rábanos, cebollas, cilantro, pepinos, calabazas, chiles de diferentes tipos, frijoles de variedades y colores muy interesantes; tengo el privilegio de cosechar un árbol de mango, piñas, plátanos, en un modesto rectángulo de 5 por 7 metros, propiedad de mis padres. A mi familia la atrapó la pandemia en la capital. Y tengo que estar aquí como centinela, cuidador, el de mantenimiento, todo. He descubierto un vicio que me ha sorprendido; me gusta escribir. Tengo ya muchos cuadernos llenos de anotaciones varias, desde pensamientos, poemas, alguna idea. Y últimamente he podido establecer una estructura de ideas que me puede conducir a la escritura de mi primera novela.

Verónica me observa de reojo cuando trabajo en el huerto, cuando leo o escribo, y sólo conversa conmigo en nuestra pactada hora del café. Dice que para no desgastar las palabras, dice que para que no nos carcoma la rutina. Su sonrisa es un sol. ¿Ya lo dije? Un sol que alumbrá todas las

galaxias. La veo dormir y me escurro a leer al centro mismo de la noche. Salgo a fumar un poco al patio y escucho que dos hombres platican cerca de la tranca. Apago el cigarro y me acerco sin hacer ruido. A una seña mis perros evitan ladrar y pasan al modo de acecho. Es el comisariado ejidal, un tipo bajito y regordete de grandes barbas y el agente municipal, alto esmirriado y bigotón, que hablan a un tercero que no reconozco.

—*Ya quiero que se termine esta chingadera del COVID, compa*—dice el comisariado —*Van más de dos meses que andamos así haciéndole al pendejo.*

A lo que el agente municipal remata: —*Pos no hay pa' cuando. De la autoridad federal nos llegó hoy de nuevo el pitazo que no andemos de bayunqueros de un lado a otro, ni fiestas ni visitas, ni haciéndole al pendejo viajando mi Comi.*

—*Ni pedo dijo el tapado cuando cagar no pudo*—terminó el comisariado. —*Tendremos que seguir haciéndole a los pandemiosos y virulentos por un buen tiempo, chinga'o*—. Y se fueron perdiendo calle abajo, cargando los bultos de la cena y los termos de café. La biblioteca de mi padre que estoy redescubriendo y leyendo consta de 456 ejemplares. Llevo leídos en dos meses, un total de 67 libros. Ése es mi consuelo, pienso, por lectura no paramos, seguimos de pandemiosos y virulentos.

Salinas Domínguez, Ney Antonio. (Tiltepec, Jiquipilas, Chiapas, México, 13 de agosto de 1979). Escribe poesía, cuento y novela. Autor del volumen de cuento *El retorno y otras nocturnidades* (Porrúa, 2013; Ave Azul, 2019), del poemario *Las hojas de todos los otoños imposibles* y de las novelas *Sombras de la avenida*, *Sino de lestrigón*, *La noche de los gigantes*, *Ciudad interior* y *La esquina de las palabras*. Amante del jazz y el café, de la lluvia y de la noche, del silencio y de los libros.

Φ

CHEMA SÁNCHEZ

Todo sea por el bien de los niños

DESPERTÉ CON LA NOTICIA que se ha extendido un mes más la cuarentena y el ciclo escolar lo terminaremos en línea. Nunca pensé sentir esto, pero me agrada saber que no veré más a mis alumnos, que seguiré confinada sin compañía humana, libre dentro de estas cuatro paredes. Creo que nunca he disfrutado impartir clases, lidiar con niños, y con adultos que piensan que sus hijos son ejemplares. Creo que el sueño pedagógico era de mi madre y no mío; y ahora que he reencontrado mi soledad no pienso darle chance de huir fácilmente.

Sé que no será fácil sobrevivir sin un ingreso fijo, o que tal vez extrañaré la rutina, pero el camino del riesgo me seduce. Debo arreglar mi situación antes que empiece el nuevo ciclo. Estoy segura que la directora entenderá mis razones, pero me preocupan los niños. Son tan apegados a mí, tan cariñosos, no me gustaría verlos sufrir. Espero todos hayan conseguido el frasco de fosforo de aluminio que les encargué para el examen final de ciencias naturales. Esta noche enviaré las instrucciones para que ingieran la dosis adecuada.

Sánchez, Chema. (Nicaragua, 1983, con nacionalidad mexicana también). Graduado en administración de empresas y negocios internacionales. Tiene un MBA de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. En 2020 publicó *Disparos Rasantes*. Sus minificciones han sido incluidas en diferentes antologías y revistas literarias -impresas y digitales- de Argentina, España, Colombia, Nicaragua, Perú, Chile, México, Guatemala y Bolivia.
Φ

MATEO DE JESÚS SÁNCHEZ

Crónica de pandemia

ESTOY AQUÍ desde casa
uniéndome en el ejemplo
ante el dolor que contemplo
con cada pena que pasa.

Lo que hoy en mi alma yo siento
me causa gran desespero
al ver que en el mundo entero
se vive gran sufrimiento.

Silencio solo percibo
en esas calles desiertas,
insólitas cual inciertas,
historias que no concibo.

Tan sólo en los noticieros
se miran tristes sucesos
con un sinfín de decesos
al paso de males fieros.

Un nuevo virus creado
en grandes laboratorios
con males premonitorios
al verse ya liberado.

Su efecto es al instante
entre naciones del mundo
causando el caos profundo,
hasta el lugar más distante.

Pandemia fue declarada
dictándose las medidas,

en protección de las vidas
de forma desesperada.

Los centros hospitalarios
de pronto son saturados,
en tiempos apresurados,
buscando ser solidarios.

El pánico en plenitudes
por verse lo insuficiente,
al atender al paciente,
aún en las prontitudes.

Los médicos en desvelos
a marchas más que forzadas;
con planes francas trazadas,
tratando de dar consuelos.

Al tiempo, las enfermeras,
cual ángeles retrataban
y a algunos las maltrataban...
luchando en filas primeras.

El plan fue de aislamiento
para evitar más contagio,
cual navegar en naufragio
quedando en confinamiento.

Así, mi crónica dejo
en tiempos de la pandemia;
en casa como academia...
la forma en que me protejo.

Sánchez, Mateo de Jesús. Poeta mexiquense con 25 años de trayectoria literaria. Ha participado en encuentros nacionales e internacionales, eventos

Antología – Casa de los espejos

y concursos. Ha creado 700 poemas, y tres poemarios editados. Ha participado en 30 antologías en España, Uruguay, Guatemala, Argentina y México. También ha participado con Clea-UNAM, Academia Nacional de poesía de México, Academia de Literatura Latinoamericana y otros grupos, así como en redes sociales. Actualmente es director y promotor cultural en Mundo Literario Universal.

Φ

ALBERTO SÁNCHEZ ARGÜELLO

El precio

NOS DIJERON que no saliésemos de casa, que resolverían todo y cobrarían después. Los días se convirtieron en meses y los meses en años, entre latas de conserva y gatos apoltronados. Cuando finalmente salimos, no había ciudades, cielo ni sol. Sólo una inmensa nada en rebaja y cómodos pagos.

El día en que la humanidad volvió a salir

EL MUNDO se había vuelto demasiado grande. Sentíamos que nos ahogábamos. Regresamos a nuestras casas. Esta vez para siempre.

Los placeres de la vida

ANTES ESTAS CALLES eran tuyas, llenas de posibilidades, tantas que tardabas meses escogiendo un cuerpo. Ahora compartes la acera con las ardillas, zorros y perros callejeros que se han tomado la ciudad. A veces te topas con alguien más. Bajo las mascarillas y los trajes azules es difícil saber su edad o sexo, pero su miedo es evidente. Pero no es el temor visceral que amas, ese que producía tu cercanía en el momento cúspide. No, este es más histérico. Temen al contagio, a la muerte que vive en el aire. Así que vuelves a tu casa. Te quitas el traje y escribes en tu diario que te han quitado el único placer de tu vida. La humanidad se esconde casi extinta y contabilizas trescientos días sin matar. Respiras suavemente la esencia de sangre que aun emana de tu sótano y te vas a dormir, esperando mejores días.

Sánchez Argüello, Alberto. (Managua, Nicaragua, 1976). Psicólogo, Profesor de Lengua y Literatura y minificcionista Fundador del colectivo Microliterario nicaragüense y del sello literario digital Parafernalia. Ha publicado libros de literatura infantil y juvenil y de minificción con Editorial

Antología – Casa de los espejos

Libros para niños (Nicaragua), Santillana (Costa Rica), Quarks Ediciones Digitales (Perú) y El Taller Blanco Ediciones (Colombia).

Email: albertosanar@gmail.com

Φ

ORALIA LÓPEZ SERRANO

Desde la trinchera

LOS ÚLTIMOS meses
los últimos días
si no sales conmigo de tu encierro,
juro que regreso a mi zoológico
a convivir con los elefantes rosas
que habitan mis espacios.

Retorno a que me cubra
todo el cuerpo la fragancia
de las flores y las mariposas.

Que las rejas de la jaula
de mi sensible espíritu
me agobien, me limiten.

El sacarte de tu presión
y salir contigo
me hará sentirme libre,
cual ave vuela en abierto cielo.

Quizás encontraré en tu celda
algo de ternura y alegrías,
aunque haya poco desconsuelo.

En la infinidad de soledades presas,
desde hoy, aceptó tus rejas
como parte también de las mías.

Déjame hacerte compañía
que mi imaginación y mis letras
van abriendo jaulas y jaulas,
día con día.

Cristales rotos

DESDE SUS MÁS TENUES RECUERDOS, desde su edad temprana, Layla se identificó ante los demás por ser supuestamente especial o rara. Su rasgo hereditario de impetuoso idealismo no le permitió que su humilde estirpe le hiciera sentirse limitada en ningún aspecto de la vida. De un trapo viejo enrollado abrazado a su huesudo y alargado cuerpo creó una linda muñeca que requería de amor y de atenciones, y ella se los brindaba.

Logró hacer de un trozo de madera un veloz carrito, y sobre la tierra salitrosa y caliente, con un pedazo de tronco de árbol, construyó carreteras y caminos para salir huyendo del llanto necio, a veces, hambriento de sus pequeños hermanos.

Viajó con sus creaciones de papiroflexia, navegó en un barco de hoja de cuaderno cruzando los océanos hacía una isla solitaria, o voló en un avión de papel periódico para subir la cima de las montañas y observar desde lo alto, desde lo lejano, el dolor de la pesadumbre alcoholizada de su padre, y la llama de la impotencia, el llanto silencioso, de su joven madre, convertido en diario lamento por sacar de la miseria a su numerosa familia.

Desde entonces, se dio cuenta que el peor problema que tenemos cada uno es navegar con nosotros mismos, que las cosas y los seres humanos siempre están ahí, tal vez donde les corresponde desde remotos tiempos en su frecuencia y en su espacio. Y las personas pensantes, razonables muy al contrario de los objetos inanimados tienen la facultad, la decisión, el libre albedrío al menos espiritual y mental para salir avante, con brío de todo aquello en lo que no estén de acuerdo o les parezca innecesario para el convivir y el bien vivir diario.

En medio de los tiempos, siempre difíciles, del deterioro, según la historia humana abundante y repetida, Layla ideó para poder vivir resguardada, una casita de cristal muy bien sellada. Donde para entrar o traspasarla se volvía invisible y ahí tranquilamente se instalada por largas temporadas o lapsos inquebrantables. No requería de ninguna bebida

alucinante, con su mente soñadora e ilusa vivió casi toda su adolescencia y juventud en ese cómodo espacio... muy protegida.

El planeta giraba entre revueltas y luchas, amor y paz, rock y canciones de protesta. Aquella mujer ya madura, ensimismada, se sentada dondequiera, hasta en la banqueta, y miraba pasar la vida de pelo largo, tatuada, en minifalda, en short, con pelota de fútbol o de básquet, con cabellera rojiza, mochila al hombro, a pie, en moto o en bicicleta. Layla siempre se sintió como un observador ante el escaparate de la existencia, donde oscilaban como montados en los caballitos de carrusel, tras constante movimiento, todas las actitudes humanas inconscientes y algunas situaciones o sucesos inconcebibles como cristales hechos añicos, totalmente rotos.

Su carácter soñador y distraído le hacía por lo general, andar sobre las nubes, prefería ignorar todo cuanto veía y oía que le dañara su espíritu inquieto, razonador. También le ocasionaba ocupar el último lugar en cualquier cola, y pocas veces disfrutar de los bocadillos de cualquier evento o fiesta que con dificultad se animara a asistir. Pasó por las aulas, teorías científicas, estrategias didácticas, educativas, filosóficas y psicológicas, concienzudamente asimiladas por ella con la intención y esperanza de ser útil e iluminar un poco la obscuridad, el caos y trastorno de la vida de los demás.

Layla realmente creía que al trabajar la tierra dura, seca, en jardines infértiles, acarrear hasta el cansancio agua y más agua para vaciar encima de la ramas secas y las flores con pétalos marchitos, era lo único que salvaría al mundo de su ignorancia y banal futilería.

Hizo de todo, con pasión e inmenso esmero, con una persistencia incomprensible para el común denominador humano. Layla era de esas mentalidades que insisten, persisten, inalterables. Incursionó en el deporte, el fanatismo religioso, la incansable lucha de clases, en el glamur y la falsedad estereotipada de la intelectualidad del arte y la cultura. Por lo general, en todos los espacios logró muy poco, casi nada, salió adelante, sí, siempre resguardándose dentro de su casa de cristal con vidrios blindados y polarizados.

Entre la maraña gris de la actualidad de la vida, la pesadumbre colectiva, racimos de gritos ásperos y tristes, a Layla le es inevitable

caminar por las calles con aire de reproche y de desilusión, no encuentra una mirada inquisidora que le dé una leve esperanza de salvación. La resignación, la indiferencia y el desánimo cada vez más han crecido, hunden sus raíces rompiendo las paredes y pasillos internos de todos los seres humanos.

Entonces, por más entusiasta que Layla desea ser o parezca, comprende que habrá que vivir con oídos sordos y mirada distraída, en fingida demencia o locura para subsistir en la banalidad cotidiana de la humanidad que vive en eterno desatino y en el destierro de sí misma.

Al transcurso de los años, como el agua, el tiempo se le ha ido a Layla entre las manos. Sigue en su tierra amada y usurpada, entre paredes deshidratadas y enredaderas secas, con sus esperanzadas quimeras y sus pasos andariegos e inquietos. Hurgando, buscando algunos ojos que contengan la luz de esa emoción remembrante, amada, libre y romántica que el paso del tiempo no ha podido cegar ni cercenar en ella.

Y aún en la antesala de su vejez, la casita de cristal de Layla está casi intacta, ocasionalmente devaluada, poco empañada de pesar e impotencia por tener que proteger en cada uno de sus pasos, sus frágiles y sensibles pies de los cristales rotos que abundan e invaden los caminos de la inconsciencia humana del planeta.

López Serrano, Oralía. (Mexicali, Baja California). Recorre México y otros países. Diez libros publicados y participa en varias antologías. Menciones honoríficas recibidas: *Forjadores de la Historia Artística de Mexicali* CEART, 2011; *Mujer fronteriza valiosa*, 2012; *Maestra Distinguida de Baja California. 2018*, Sección 2 del SNTE; *Mujeres que han dejado huella*; *Mujer egregia* ICBC, 2019 y *Poeta Migrante del año*, enero 2020.

Correo Electrónico: lopez.oralia@yahoo.com

Φ

ALICIA LEONOR TORRES ÁLVAREZ

Desde la trinchera

LOS ÚLTIMOS meses

los últimos días

las últimas noches han sido largas.

Yo, que nunca me ha gustado llevarme a la cama los rescoldos del día,
insisto

persisto

despierto

me digo: ya duerme

que el mañana tendrá más horas, no para ti que en el día miras el encierro
desde la trinchera y, cada mañana, despiertas entre las cenizas.

El encierro de los míos me ha enseñado a escuchar sin relojes, a escribir,
a decir aprendo.

Y he aprendido a reconocer la mirada de ese rostro desconocido que me
toca ver en el súper cada semana. En muchos otros, me asusta la
profundidad de sus grietas, de sus ojos, imagino que piden auxilio, les
miro la piel opaca, imagino sus labios reseco, la vejez prematura, rasgos
que reconozco fácilmente, porque pasean constante su mano por la
cabeza despeinada. Y un par de lágrimas colaboran con aquel riego
artificial. Me pregunto si lo enjuagarán con el debido cuidado para lograr
limpiar semejante desolación.

Una lágrima en el departamento de verduras de la gente que sólo sale el
sábado. Mientras otros se ignoran y fijan sus miradas en el móvil. Dos
lágrimas por un desconuelo, mientras escojo algunos vinos baratos que
anuncian desde el anonimato. El alcohol parece insuficiente para
adormecer el desamor cotidiano,

la guerra fría

el silencio persistente

la desatención diaria

hasta la soledad del mercado.

Ya de regreso la radio de mi coche tocando a Sabina: “Yo no quiero que
vuelvas del mercado con ganas de llorar”.

Por las dudas vuelvo ya llorada a una casa de cortinas beige y puerta blanca. Sé que no se puede recuperar el tiempo perdido, pero sí calentarlo y moldearlo para que sea una mejor versión de lo que fue.

Ahora también, he aprendido

que la precaución nubla la alegría, la camufla,

como los inviernos cuando alguien dice que no tengas miedo, que se ha cubierto porque hace frío. Y lo entiendo

a menudo tengo frío, y me cubro con máscaras invisibles. La de la sonrisa fingida, la mueca de fastidio, el rictus de tristeza que ya no es necesario para que sean invisibles,

se ha vuelto cotidiano caminar como ladrones encubiertos.

Leonor, Alicia. (Tamuín, S.L.P., 1968) Lic. En Administración de Empresas y Contaduría Pública. Poeta, narradora y promotora de lectura. Asiste a los talleres del Ateneo Literario José Arrese desde 2014. Participa en el taller de Apreciación Literaria del Instituto Regional de Bellas Artes de Matamoros, Tamaulipas Sus textos narrativos y poéticos se incluyen en las Antologías *Tengo una soledad* (2015), *Ciudad de palabras, poemas para andar por las calles* (2016), *Visión de un instante* (2017), *Voces Unidas en Real de Potosí* (2019), *Justo en el Borde* (2020), y en diferentes revistas literarias en México, y otros países.

Φ

JOSÉ ANTONIO TORRES REYES

Introspección 1ª. Auto reconocimiento

AISLADO por necesidad pandémica,
símil a pausar lo cotidiano,
repensar la realidad y a uno mismo.

Mi reflejo analizo y encuentro:
frialdad emocional y culpabilidad,
rencores añejos, actuar arrogante,

Fortaleza en carácter y disciplina,
deseos de vida trascendente,
en beneficio de la sociedad.

Es complejo pero posible:
combatir errores y vicios,
resistir histeria y fatiga,
estrés, insomnio y depresión.

Actitud racional ante el peligro,
el humano es cuasi perfecto,
si no es que el más perfectible.

Mi casa y cuerpo son refugios,
mientras se calma el vendaval,
esperanza de supervivencia,
bálsamo reanimador.

Introspección 2ª. Vida familiar y social

EL INDIVIDUALISMO corroe a la sociedad,
empatía con el entorno es acuciante,
impulsar la solución de los enigmas:
sanar naturaleza y paz social.

Sufre la gente pobre o con riqueza,
se ambiciona lo superfluo,
indiferencia o menosprecian,
salud física y emocional.

El amor filial: mayor tesoro,
red de seguridad oportuna.
Respeto, cariño y atenciones,
sin reservas los debo prodigar.

Un trabajo armonioso es menester:
valorar aciertos, perdonar errores,
disculparse por fallas cometidas,

Sentir el arte y la cultura,
impulsarlos para adoptarse,
como formas de vida perenne.

Instrospección 3^a. Solidaridad

ADVERSIDADES la humanidad ha vencido:
sacudidas por enfermedades,
siniestros naturales y guerras,
crisis financieras y dictaduras.

Muchos nos hemos sentido,
abandonados en un tornado,
ignorados en urbes indiferentes,
sin camino ni porvenir.

Servir a los demás ennoblece,
útil es coadyuvar con el caído:
si adolece de abasto material,
o le falta conocimientos,
quien apoyo emocional desea,

si apoyo espiritual lo reconforta.

Mejorar la dignidad humana,
es impulso a la civilización.

Torres Reyes, José Antonio. (San Luis Potosí, S.L.P). Bibliotecólogo por la UANL, Doctor en Biblioteconomía y Documentación por la Universidad de Granada, España. Profesor de la UANL en la Facultad de Filosofía y Letras. Autor del poemario bilingüe *Momento crucial y otros 22 poemas* (2014). Antologado en: *Poesía desde la Coyuntura: Voces para Caminar* (CLETA UNAM, 2017), *Cuentos breves II, La tinta de un poema y Ágora y selva* (Maya Cartonera, 2019).

Φ



Guillermo Jiménez González 2/2, *“Reunión familiar”*

CARMEN ZENIL

Alrededor de tus ojos

NUNCA SABRÉ si los versos que abandoné en tu mirada
el día de la despedida
serán iluminados por las libélulas.

Tampoco sé si volveré a contemplar
el polen dorado de las flores
esparcido por las mariposas en tus ojos.

Dime si alguna vez el canto marítimo
de nuestras bocas
lo escucharé entre el aleteo agitado de los colibríes
y los tulipanes.

Tuve un día cuerpo de sirena en el desierto.

Melodía interestelar

YO TE HICE EL AMOR bajo el manto musical
que los sefardíes heredaron
hoy regresan a mi piel deshabitada
los instrumentos de cuerda y viento antiguos
sin tus ojos.

Ese santuario en que elevamos nuestra oración
ahora es sólo una piedra acariciada
por la ondulación de las reliquias de mi memoria.

Si yo pudiera volver a tus labios
así como repito estas melodías a capricho
sabrías que lo sagrado habitó nuestros cuerpos
que nunca volqué los mismos cielos por una mirada
que nunca supe que mis pies desnudos danzaron
en un recinto perseguido por demonios
que nunca, nunca más arrodillé mi alma
como en tu templo hoy hecho cenizas
que desafía el tiempo y los milagros estelares.

Cueva

EN EL CENTRO DE LA CUEVA las piedras se vencen.

He visto el triunfo de las alas ante el abismo
he visto el triunfo de la hierba en la oscuridad
he visto el triunfo del manto lunar
que se abre paso entre la sierra
el triunfo de las campanas ante el sol
el triunfo del amor ante la muerte...

Porque es más poderosa la música de los grillos
que el lamento humano.

Hasta derrotar el infinito

SE OCULTARON en sus caparazones
después del silencio
que hacía décadas no sentían.

Salieron a gritar a los muertos
que no sabían que eran felices.
¿Alguna vez importó la sangre de los árboles?
Así, banales, expían sus culpas
ante el ojo electrónico de la divina providencia.
No volverían a tocarse las pieles
ni los cabellos
de los que no habiten el mismo lugar.
No volverían a acorrallar la libertad
de cuadrúpedos o bípedos con alas
de ciempiés o aletas de nadie.
Nunca volverían a creerse los elegidos de Dios.
Estoy encerrada desde hace tiempo
desde la primera traición de Caín
hasta el fratricidio cotidiano.
El silencio ha sido un recinto
para desnudar los pies y los ojos.
Todo cambia
pero nada ha cambiado realmente.

Aún detrás de las ventanas
se oculta entre espejos esa imagen de Caín.
Aún detrás de las puertas
está la señal para que no mueran los primogénitos.
Yo lo vi todo desde esta puerta
desde esta ventana
desde esta silente encarnación de Eva
que espera a la serpiente
para debatir sobre el árbol de la vida
antes que creer
antes que envenenarse
antes que parir
lo mismo un traidor que un elegido.
Después de romper los caparzones
las lágrimas de las tortugas
no volverán a doler igual en el alma
se contarán una por una
hasta derrotar al infinito.

Zenil, Carmen. (1985). Egresada del Instituto Politécnico Nacional y la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. En el IPN recibió 10 premios en creación literaria y la Distinción al Mérito Politécnico “Diploma a la Cultura”. Primer lugar del concurso Universiada Chapingo 2007 en interpretación de poesía. Mención honorífica en el concurso de poesía del Festival de las Artes de Navachiste, Sinaloa, 2013. Publicaciones: *De Juárez a los jóvenes*, *De mujer y hondo cuerpo*, *Eros y las espinas de Tánatos* y *Trast tiempo, estación elíptica del cuerpo*. Colaboradora en antologías de poesía y de ensayo en *El libro rojo del 68*, *La Erótika*, *Moebius, poetas nacidos en los 80* y *Pienso luego estorbo*, respectivamente.

Φ

ALEJANDRO ZENTENO CHÁVEZ

Nejapa, San Luis Acatlán

ESTRIBACIONES de la sierra,
comarca del olvido
hacia la Costa Chica de Guerrero.
Los niños de Nejapa, San Luis Acatlán,
nada saben del Covid-19.
Ninguno se limpia sus pies descalzos al entrar a clase.

¿Educación a distancia?
Las familias que perduran,
aquellos que siguen aferrados a un tubérculo,
son convocados por el maestro Aquilino.
Ningún padre de familia conoce las redes sociales.
Ningún niño, lo que es Internet.

La profesora Diana también convoca a sus alumnos.
Ocho de ellos se han marchado al norte en busca de trabajo,
a la oquedad que la pandemia ha escarbado a cielo abierto.

Los alumnos acuden, ignorando la cuarentena,
ajenos a un enemigo que el viento aún no trae a sus hogares,
al rebozo de la abuela verde.

Los profesores llevan el alfabeto de Castilla
a la comunidad de idioma tlapaneco.
Les dan un salvoconducto
para escapar de la miseria.

Los que ya se han ido,
tal vez nunca regresen.

Pero aquellos que perduran,
a quienes la raíz los abrazó

con la angustia de una madre
que se aferra a sus arbustos,
¿cómo podrán decir, en idioma me'phaa:
“cuarentena”, “coronavirus”,
“pandemia”, “antiviral”... ?

¿Con qué alfabeto escribirán que nada saben
de lo que pasa en todo el mundo?
¿En qué lengua invocarán a cada muerto?

Zenteno Chávez, Alejandro. (Ciudad de México, 1955). Ha publicado los poemarios *Las venas iracundas*, *Acento al rojo vivo*, *Sinfonía de la Sangre*, *Huellas de un pasado remoto* y *Una habitación de la Caza Chica*; además de la novela histórica *Mariana y el General*, el ensayo *El conocimiento en la mira* y el libro experimental *Zapata, Corazón de fuego*. También ha editado cinco antologías de poesía combatiente y un libro sobre muralismo. Sus poemas han sido incluidos en antologías de México, Chile y Argentina.
Φ

ERNESTO ADAIR ZEPEDA VILLARREAL

Misiva de la rosa

Allí en tu pena te acompaño, Laura

I

LAS VENTANAS de la casa se mantienen abiertas, recibiendo la luz que tímida se va haciendo de algún lugar entre los objetos, se para un instante como danzando a su alrededor, y escurre, silente. Yo lo observo, también callado, escurriendo alrededor de mi memoria como una llama que se agita cuando la respiración pasa sobre de ella. No temo. No dudo. No me desconsuela la fatalidad de los profetas que se angustian en la plaza. Afuera no queda nada que me sea de genuino interés, más que pilares de sal con formas amables que me hablan de otros días, huecos sobre el pavimento que fuimos, trazos de un tinte delicado en el aire, y la bastedad de esperar que el mundo vaya recobrando su sentido, sus pesados hábitos de rabieta y fatiga. Las ventanas permanecen abiertas, y nada más que el aire entre mis costillas se revuelve con el chopo imaginario del agua que murmura en paz, un agua cristalina que salpica inconsciente, ligera, como la música sobre las hojas del jardín. Mi encierro es voluntario, un retiro dentro de mí, el éxodo prometido por la banal adolescencia, una espiral precipitada que imita a la rosa radiante, la vereda que serpentea en sus orillas antes de marcar sendas invisibles que unen todos los sitios de la tierra, las saetas delicadas del enternecido arrullo de las nubes más allá del muro. Por fuera yace el mundo y sus plagas, la vida enfadosa, la nostalgia del perpetuo frenesí y la bulla, que apenas recuerdo.

II

Lo que en verdad se ha amado no desaparece, no se diluye, no se rasga como las banderas y sus naciones. De vez en cuando los misteriosos dones de la espera revientan en las manos, son una crisálida de llamas pequeñas que te despiertan pasada la tarde, una sensación parecida al hambre que te orilla al movimiento. Soñar con lo que se ha amado y

descubrir un mensaje extraviado en la casualidad, reconocer el remitente, señalar que hay una vida dentro por aguardar ese inesperado puente para el beso y el alma, una cuchilla que aflora en la piel, la gubia que despierta a la escandalosa rosa desde el ensueño de la carne. Y correr presto a derramar sus pétalos mientras se da vueltas por la habitación. Sentir que el afecto es una ascua que se mantuvo oculta, junto con tantas otras, porque el amor se esconde, pero no termina, anidado entre los huesos hasta el helado exterior les obliga a desparramarse entre las entrañas de nueva cuenta, satisfacer el hollín que invoca estelas de humo para dibujar letras en el aire que son a veces un nombre y un capricho, la fascinante renovación de los votos del primer latido entregado a perpetuidad. Pronunciar las palabras delicadamente, llamar a la aldaba de la fortuna sin saber dónde yace esa puerta. Lo que se ama no desaparece, no pertenece ya al capricho del amante ni del amado, es un polvo fugaz que se asienta al fondo del vino para dejar su huella en el metal precioso de la conciencia.

III

Hay puertas que son peligrosas de cruzar, sitios donde no hay brújula ni satisfacción. Sentirse sólo no debe hacernos tener remordimientos. Gozar del silencio, detener la luz sobre la copa de vidrio, esperar que la noche se abra por el horizonte para contemplar la garganta rojiza de las montañas en la distancia. A veces las corrientes de estos ríos se cruzan y un viajero oferta palabras con otro, se reconoce y ofrenda sus consuelos a las tormentas que se reconocen en otras heridas. Toma este collar de perlas y de fango que he guardado tantos años. Un pez místico da vueltas por debajo del bote, luego desaparece, y el agua es un espejo lustroso donde no encuentro mi rostro, una lámina flexible que no retiene nada. Miro el hueco denso donde yace mi propia imagen sin terminar de asomarme a su fondo. Hay puertas muy peligrosas de cruzar, sitios donde el páramo es más yermo, plazuelas de cal puestas para la fiesta que nadie recordó, una fogata terrible que consume lo que queda a su alcance, pero que no va más allá. A veces eso es lo que uno puede ofrecer, lo que uno no ha regalado a otros, la comida fría o la vinagreta en su botella cuidada. Los días acontecen. Comienzo a olvidar las rutinas confortables para tejer

las marañas de la vida diaria, sus excusas y escapatorias, sus altos doseles opacos que se suceden infinitamente.

IV

Si la muerte yace allá afuera, ¿porque ser hostiles con ella? La mesa no está lista, y no tiene sentido apurar el paso. La muerte no se esconde de la copa vacía que espera encerrada en su mueble. ¿Por qué arruinar la extensión del mantel con un estruendo innecesario? Me entristece el llanto de las personas que conozco, sus dubitaciones. Finjo que sé tocar el piano en el aire y acaricio la fiel cabeza de mi perra que me mira como si todo lo que fuera en el mundo se redujera a esta habitación tibia en la que ninguno de los dos pronunciamos palabras inútilmente pedidas. No sufro sus pérdidas, sufro su marchitaciones, la manera en que van malgastando lustre sus ojos conforme la sombra se descontrola, el helado sacudir de las manos, la respiración cortada a media exhalación. Si pudiera les obsequiaría un poco de este reino donde todo yace inamovible, una piedra afilada con mis manos que es a veces un pedernal violento y otras una deliciosa caricia entre los rosales sangrientos. Yo que colecto el quebradizo canto de las aves y vuelvo a casa con una cadena de flores en la tarde encendida, sufro la mirada llena de pánico y la desnudez en los labios apretados. Aun en el silencio me conforto con imitar sus voces muy adentro de la mía, cazar sus manos bajo una hoja de papel, corresponder a sus lentas aguas ajetredeadas por las que se asoma la vida.

V

Cada piedra que cae en el agua se rinde al final y permite que regrese a la lúdica extensión de su calma. Hasta el polvo que dejan las bestias y los hombres se asienta. Incluso la chispa que vuela en la noche muy lejos de la hoguera que la confecciona con cierto gusto culposo se recuesta a dormir cuando le llega el momento adecuado. Volverá el mundo a sus andanzas, y se llenará cada calle con el desquiciado ruido de la vida, y vibrarán los vasos que entrechocan con la espuma de la cerveza, y el beso sellado entre los ingenuos amantes que siembran con la misma mano el desconuelo y la esperanza se entregará con descuido. El silencio

antecede la nota que corresponde a su llamado, crece con una campanada apenas tangible, y se esparce de nuevo por los rostros, luego otra y otra. Hemos de regresar a todo lo que amamos y a todo lo que odiamos con igual premura, apenas maravillados por no olvidar sus detalladas siluetas. Algunos libros retendrán la memoria de los hechos mientras otros florecen al capricho de las eras que se agolpan sucesivamente. No importa, al día que termina se le sobrepondrá el que le sigue.

La hora es perfecta. Me detengo a mirar la luz que enhebra la tarde lejana, suave y roja como una rosa encendida que se extiende entre mi mirada y el mundo.

COVID-19, junio 2020

Zepeda Villarreal, Ernesto Adair. (Texcoco, Estado de México, 1986). M.C., Economista. Director de Editorial Ave Azul (aveazul.com.mx). Editor del Colectivo Entrópico. XVI Premio Nacional de poesía Tintanueva 2014; 1^{er} lugar III certamen Buscando la Muerte, del Centro Cultural Mexiquense Bicentenario, 2014. Algunas de las publicaciones más recientes son: *Reminiscencias* (Tintanueva, 2014; Ave Azul, 2019), *Raíces bajo las rocas* (Alja Ediciones, 2016), *Hipérbole del hecho* (Ave Azul, 2019), *Estatua de fuego* (Ave Azul, 2019) y *Pensión de las olas* (Ave Azul, 2019). También ha colaborado en las revistas: *Salamandra*, *Molino de Letras*, *Aeroletras*, *El Perro* 6,7, *Penumbria* 23, *Revarena* Vol. 6, *Morbífica* XIX, *Marcapiel*, *Monolito* XVII, XIX y XXI, *Factum* 24 y 27, *Bistro* 2, *Letrina* 19 y otras. Algunos libros colectivos recientes: *La memoria de los días* (Ediciones O), *13 agujas desde Híjar* (Cisnegro), *Ciudad de palabras* (Alja Ediciones), *Masturbación Latina* (La Fonola Cartonera, Chile), *¡Está vivo! Homenaje a Frankenstein* (Saliva y Telaraña), *El infierno es una caricia* (Fridaura), *Poetas Latinoamericanos* (Imaginantes, Argentina), entre otros. Las últimas publicaciones del Colectivo Entrópico son: *Las aguas inquietas* (2018), *Citadela de orfebres* (2018) y *Las voces de los faunos* (2017), entre otras.

aveazul.com.mx - levedadlunar.blogspot.mx - adairzv@gmail.com

IG: Adarkir - Twitter: @adairzv

Φ

CÉSAR ZETINA PEÑALOZA

Incómodo

DICEN que en este periodo, la ansiedad y la depresión aumentaron. Probablemente la gente no tolera estar sola con sus ideas.

Rota rutina

RÁPIDO, estrepitoso, violento eran mi pensar y actuar. Ahora que todo se detuvo, no sé qué ser.

Extraña visión

CREO que lo he visto en un sueño soñado por el futuro: vi a mi yo del pasado. Este encierro me hace recordar el tiempo perdido.

Zetina Peñaloza, César. Escritor de 20 años, mexicano, estudiante de Psicología Biomédica en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Lerma. Escritor desde los 15 años, cuando galardonado en el concurso de cuentos cortos de la Editorial Endira. Ha participado en revistas literarias como *Fanzine Libre Virtual*, *Polisemia Revista*, *Pluma Revista Literaria* y la antología de la revista *Brevilla: Brevirus*.

Φ

AMILCAR ZÚÑIGA

Cuarentena

MIENTRAS ESTABA pasando el encierro de unos días, sentado, en completo tedio y miedo a la muerte, alguien tocó a mi puerta. Abrí y ... De frente encontré a una Musa que me dijo:

— *“Pues pasé a ver cómo estabas. Con eso de que la pandemia se está llevando hasta a los famosos, pues me preocupas, porque ya no tendré quién me contagie de risa, cuando cuentas tus cuentos. De paso te dejo esta harinita gris para que sobrevivas.”*

—*Sale, sale, sale* —le contesté.

Se fue. Apenas me estaba volviendo a meter en materia gris, cuando: ¡ahí están otra vez tocando! Abro el frente y me encuentro a otra hermosa musa que me dice:

— *“Hola. ¿Cómo estás? Pues pasé a verte porque no dejo de pensarte y no estaba tranquila sin saber de ti. Sabes que sufriría tu pérdida, sobre todo por esos poemas cursis que me dices y me hacen llorar de emoción. Aquí te traje juguito de vitamina c, para fortalecer tu organismo y te la pases mejor”.*

—*Está bien, pásamelo y muchas gracias* —le dije. Y se fue.

Apenas me estaba despidiendo, cuando: ¡ahí llega la otra!

— *“Hola, amor. Me tenías preocupada porque no te has comunicado conmigo. Está bien que soy cuarentona, pero sabes que siempre quiero estar en tus nuevos pensamientos. Que me encantan esos poemas eróticos que sólo tú sabes lograr y que me hacen estremecer de placer, por eso no puedo dejarte. Toma esta agüita de cebada para que te mantengas vivo estos días hasta que puedas salir a crear tu propio destino.”*

Atrás de ellas fueron llegando otras que decían más o menos lo mismo y me dejaban “un poquito de sal para que acitrones tu mente”... y así, fueron dejando un poquito de todo lo que necesitaba.

Entonces empezó a generarse una idea para pasar el encierro, y preparar mi propio remedio para la ansiedad. A todo eso que me trajeron,

lo puse en un vaso con hielo y como dijo el refrán: “sobre el muerto ¡las coronas!”.

Ahhh... Esas musas, sí que no respetaron la cuarentena.

Desde la ventana

DESDE LA VENTANA a la calle, bajo la sombra de los cables se tejen relaciones y ruidos, que se concretan sobre los personajes y cosas que entran en contacto. Cada micropalpitar del día soleado va y viene en la cotidiana posibilidad de lo incierto.

Desde la ventana se planea ser, o no ser, como los árboles que se observan a lo lejos en la montaña, destacando simetrías múltiples en la cima, mientras la curva pandémica no disminuye a favor de la libertad.

Se mira a los cuatro horizontes buscando una ruta sin encontrar salida, tal es la existencia del que aprovecha a transitar “entre laberintos de la soledad” y otras distracciones, a la hora que se busca calma al desasosiego.

Vericuetos de la vista que descubren a lo lejos, en lo profundo, la estrella que alumbra el porvenir que se aferra a prolongar el verano mientras nos invade la incertidumbre en la jaula.

Ahora que la muerte ha sido más común que de costumbre, las cifras no cuadran, pero sí las cuatro paredes, que nos esperan a la vuelta de la esquina, en cada movimiento hacia lo inmóvil, en el fondo de una tarde que se fuga del humano planeta, que gira hacia lo oscuro.

De pronto despierto al siguiente día en la nueva normalidad que ya no es igual al descompasado paso que me caracterizaba, mientras me relajaba con mis yogas y mantras. Ahora todo obedece a una regla general, que genera el miedo del vivir para morir, que trastoca mi ser social.

Lamentando la insana distancia de no poderte saludar con un beso.

Desde este entonces, me resigné seguir estando solo, que mal contagiado.

Zúñiga, Amilcar. (Chiapas, México). Sociólogo y promotor cultural. Diseñador y editor de la revista *Hojas* (2011). Director y fundador del café literario “Papachema”. Autor y compilador de los libros *Pushcagua* I y II, de poemas y cuentos palencanos. Publicó *Naranja Crush*, novela breve, en la Editorial Cisnegro, México, 2018; y *Así hablaba zaratuxtla* (2020). Ha sido incluido en algunas antologías producto de encuentros literarios. Ha publicado en la editorial artesanal *Maya Cartonera*, y en las revistas digitales *La piraña* y *Blanco Móvil*.

Φ



Chepy Salinas 3/3



Ediciones Ave Azul es un proyecto que cree en la libertad de expresión como parte fundamental de la experiencia humana y el arte, y que busca ser un espacio para la divulgación de la literatura, la ciencia y el pensamiento humano. De esta manera, se promueve el diálogo entre los artistas y la sociedad para completar el círculo de la comunicación. Los autores mantienen todos los derechos sobre su obra, y esta plataforma es sólo un medio para su divulgación.

Si te gusta nuestro trabajo, puedes encontrarnos en nuestra página web, en Amazon y otras plataformas semejantes, además de las redes sociales de nuestros autores. Algunos de nuestros proyectos pueden ser gratuitos y otros tener un costo de recuperación para compensar a los autores y que puedan generar un medio de vida digno que les permita seguir generando contenido nuevo. También puedes contactarnos para conocer mejor estas propuestas y saber de qué otra forma puedes apoyar.

Si te agrada lo que estamos haciendo, apóyanos con la difusión de la Editorial.

Muchas gracias
Fb: Ediciones Ave Azul
www.aveazul.com.mx